

# DESDE QUE TE ENCONTRÉ



LANDER DEL CAÑO

LANDER DEL CAÑO

DESDE QUE TE ENCONTRÉ

Título: Desde Que Te Encontré  
Autor: Lander Del Caño  
Portada:  
Olatz Salaberria  
Diseño de portada: Olatz Salaberria  
Lander Del Caño

[www.landerdelcano.com](http://www.landerdelcano.com)

@landerdelcano

© Lander Del Caño, 2015

*A todos los que me han apoyado desde que publiqué mi primera novela, a todos los lectores de mi blog y, en especial, a mis amigos y mi familia por su apoyo incondicional.*

Qué rápido pasa el tiempo. A veces, hay horas que pasan en cuestión de segundos, meses que nos parecen días y años que han volado sin que nos haya dado tiempo a asimilarlo.

No hay nada más bonito que una tarde de primavera en Donosti. El sol iluminando, ninguna nube acecha y una agradable brisa que anima a llevar chaqueta. Pasear por Cristina Enea escuchando las risas de los niños que corretean de un lado a otro, plantas y árboles floreciendo y un delicioso aroma que solo la primavera puede regalar... es el plan perfecto para una de esas tardes que acaban siendo inmejorables. Así estaban Javier y Laura: sentados en un banco, hablando de todo y de nada, de cosas importantes y de otras que no lo eran tanto. Lo importante no era la conversación, sino el hecho de estar los dos juntos, disfrutando de una tarde libre que ambos se merecían. Miraban a los niños que tenían delante, eran una chica y un chico, jugando juntos aunque sin compartir los juguetes. «Hijos únicos», pensó Javier sonriendo.

Él también era hijo único, pero no recordaba haber sido egoísta a la hora de compartir sus juguetes con otros niños. Aunque después de haber cumplido treinta y cinco, poco importaba ya.

Miró a su amiga y sonrió sin saber muy bien por qué, aunque tampoco necesitaba un motivo concreto para sonreír. Hacía tiempo que había conseguido salir del bache que supuso la muerte de David y, si algo había aprendido, era que siempre hay que sonreír, aunque parezca que no quedan motivos. Siempre hay una razón por la que dibujar una sonrisa, aunque nos cueste llegar a verla en la oscuridad.

—Bueno —dijo Laura, estirándose—, recuérdame por qué tengo que ir a una cena con tu novio y su ex. Es muy incómodo y no me apetece nada.

—Porque eres una buena amiga y no creo que te guste sentirte mal por decepcionar a tu mejor amigo —Javier sonrió con malicia.

—Recuérdame ahora por qué soy amiga de alguien que es pura maldad.

Los dos se rieron.

Es curioso, cuando dos personas tienen tanta complicidad, a veces ni siquiera necesitan hablar para saber lo que está pensando el otro. Así era su amistad; desde que eran niños habían compartido todos los momentos que creían relevantes: suspensos, primeros cigarros y primeras borracheras, de las que ninguno de los dos había salido demasiado bien parado.

Javier no sabía qué hubiera sido de él sin el apoyo de Laura. Después de haberse distanciado de Julia, ambos se habían unido más que nunca.

—Creo que es hora de merendar —dijo Laura mirando el reloj.

—¿No es un poco pronto?

—Cinco y cuarto, Javi. Si lo retrasamos más, a ver quién cena luego.

—Tú mandas —respondió Javier con tono teatral.

—¡Uxue! —gritó su amiga—. ¡Venid a por la merienda!

Los dos niños que tenían delante corrieron hasta ellos. Laura sacó dos bocadillos de su bolso y pidió un beso a cada niño como pago por la comida.

—Te has vuelto muy besucona desde que eres madre —comentó Javier, entre risas.

—Siempre he sido besucona —contestó su amiga, fingiendo estar ofendida—. Deberías saberlo mejor que nadie.

Laura se acercó a él y empezó a besuquearle sin parar. Después de unos minutos sin poder parar de reír, los dos amigos volvieron a mirar a los niños jugando.

—No puedo creer que Uxue tenga ya cinco años —dijo Javier—. Cómo pasa el tiempo.

—Dímelo a mí, que tengo que aguantar a las madres del cole en las tardes de parque.  
—Seguro que no son tan malas.  
—Gracias por intentar animarme. Pero créeme, la peor parte de ser madre es tener que aguantar a otras madres. Yo reconozco que soy pesada con mi niña... —empezó a decir.  
—Es que es la más bonita de todas —la interrumpió Javier.  
—Lo sé —Laura miraba a Uxue sonriendo.  
—¿Qué decías de las madres del cole?  
—Que si yo te parezco pesada, deberías ver a algunas de ellas.  
—No seas tan arpía —dijo Javier, riéndose—. Seguro que esto te trae mal karma.  
—No soy arpía, solo realista. Deberías oírlas hablar, es desesperante.  
—Seguro que hay alguna maja.  
—Bueno —empezó a decir Laura con la mirada perdida—, digamos que las hay con conversaciones muy poco interesantes y otras que parecen incapaces de hablar de algo que no sean sus hijos.  
Javier no pudo evitar reírse. Su amiga siempre se quejaba de que las madres de los compañeros del cole de su hija solo hablaban de sus niños, pero lo cierto era que ella también lo hacía, aunque no parecía ser consciente, y no iba a ser él quien se lo dijera. Al menos, no en ese momento.  
Javier sacó su teléfono móvil del bolsillo para hacer fotos a los niños. Se levantó y fue hacia ellos. Ambos posaron sin protestar y luego miraron qué tal habían salido en las fotos.  
Volvió al banco, se sentó junto a su amiga y vio que esta metía la mano en el bolso. Sacó lentamente algo y se lo llevó a la boca con rapidez.  
—¿Qué es eso? —preguntó Javier, desconcertado.  
—He traído Aspitos —susurró Laura—. Si quieres te doy alguno, pero que no te vean o se los comerán todos.  
—No me lo puedo creer —respondió atónito.  
—No me hables en ese tono. Seguro que tú también has comido alguna vez chucherías a escondidas.  
—Eso es distinto —protestó Javier.  
—¡Ja! De distinto nada, guapo. Así que menos juzgar o se lo digo a Gaizka.  
—No te atreverías.  
—¡Claro que no! —respondió Laura riéndose—. Porque entonces se lo dirías tú a Uxue.  
El teléfono de Laura empezó a sonar, ella descolgó y se alejó unos pasos para hablar mientras Javier se quedó mirando a los niños jugando.  
Sonrió por sentirse tan afortunado. Nunca hubiera imaginado que su vida daría ese giro y que todo cambiaría tanto con Gaizka. Era hijo de su pareja, que compartía la custodia con la madre. Como los dos vivían relativamente cerca y se llevaban relativamente bien, el niño pasaba bastante tiempo con ambos y también con Javier, que nunca pensó que sería capaz de actuar como un padre.  
Laura volvió a sentarse a su lado con cara de pocos amigos. Durante unos minutos no quiso preguntarle qué le pasaba, por miedo a llevarse una mala respuesta. Pero al final sacó valor y preguntó:  
—¿Qué te pasa?  
—Álvaro —dijo ella exasperada—. Es muy cansino.  
—No es que vaya a ponerme a defender a tu ex, pero ¿por qué es cansino?  
—Dice que quiere volver a intentarlo por el bien de Uxue. Pero no parece entender la palabra «no».  
—¿Y a qué viene eso? —preguntó Javier, extrañado—. Rompisteis hace meses, podía haberte dicho eso antes.

—Bueno —empezó a decir ella, visiblemente nerviosa—, no sé por qué lo dice ahora, pero me hace sentir un poco incómoda.

—¿Un poco incómoda? Creo que me he perdido algo.

—No, qué va... —se apresuró a decir—. ¿Qué harás hoy para cenar?

—¿De verdad intentas cambiar de tema de una forma tan cutre?

—No quiero hablar de ello, Javi. Me arrepiento y no volverá a pasar.

—Ni siquiera sé de qué me estás hablando.

—Bueno, vale —dijo Laura con tono de derrota—, te lo cuento. Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie. En especial a Nekane, que no es capaz de guardar secretos.

—Lo prometo —dijo Javier con tono solemne pero con dos dedos cruzados.

—Hace un par de sábados dejé a la niña en casa de mis padres —empezó a contarle—. Ya sabes, para ir a la cena que preparaste en tu piso.

—Continúa.

—Bueno, la cosa es que Álvaro apareció antes de que saliera de casa para darle una cosa a Uxue. Yo le dije que la había dejado en casa de mis padres y él me dijo que estaba muy guapa.

—Es que lo estabas —Javier la interrumpió, asintiendo con la cabeza.

—¡Gracias! —contestó su amiga—. La verdad es que con lo que me ha costado recuperar la figura después del embarazo, me sienta muy bien que alguien me diga que estoy guapa.

—No nos desviemos del tema.

—Pues nada, que una cosa llevó a la otra, y, en fin... ya sabes...

—¿Ya sé qué?

—Javi, por Dios, no me hagas decírtelo.

—No lo pilló.

—¡Nos acostamos! —Laura chilló desesperada—. ¿Lo pillas ahora? Me tiré a mi ex.

—¿Y qué tal estuvo? —preguntó Javier con curiosidad.

—Estuvo mal —respondió ella—. Por supuesto que estuvo mal.

—Qué pena. Ya que te lo habías tirado, esperaba que al menos hubiera merecido la pena.

—No, no —dijo Laura, negando con la cabeza—. Si estuvo genial.

—¿Entonces?

—Pero estuvo mal. Es un picor que no teníamos que habernos rascado. Ahora las cosas se han complicado más todavía. Y está Uxue en medio. Además, rompimos hace meses, eso quiere decir algo.

—También quiere decir algo que te hayas acostado con él.

—Llevaba meses en sequía —empezó a decir Laura, intentando justificarse—. Hubiera merecido un premio si llego a resistirme.

—El premio te lo llevaste precisamente por no resistirte.

Los dos amigos empezaron a reírse. Estaban tan absortos en su conversación que no eran conscientes de la hora. Distinguieron a una chica morena acercándose, con paso decidido. Javier miró la hora y se maldijo por no haberlo hecho antes.

—¿No es esa...? —empezó a preguntar Laura.

—La madre de Gaizka, sí —respondió Javier visiblemente nervioso—. Nunca le he caído bien y ahora voy y me olvido de llevarle al niño.

—Tampoco es tan tarde. ¿Qué clase de amargada puede enfadarse por un retrasito de nada?

—Hace más de media hora que tenía que haberle llevado al niño.

—Bueno —dijo Laura—, entonces le concedo el enfado. Has sido muy irresponsable.

—Hola —saludó Nuria cuando estaba a pocos pasos del banco—. Marcos me ha dicho que estabais aquí.

—Lo siento mucho —se apresuró a decir Javier—. No volverá a pasar. Es que estábamos aquí tan bien que se nos ha ido el santo al cielo.

—No te preocupes —contestó Nuria sonriendo—. Pero avísame la próxima vez, que me tenías preocupada.

—Normal —dijo Laura asintiendo—. Yo estaría histérica. Seguramente hubiera llamado ya a la Ertzaintza y todo.

—¿Eso no es un poco exagerado? —preguntó la madre de Gaizka.

—Bueno —intervino Javier—, entonces, ¿el fin de semana el enano se queda con nosotros?

—Sí —respondió Nuria—. Podéis ir a recogerle el viernes a la salida del cole si queréis. El domingo me pasaré yo a buscarlo por vuestro piso.

—¿Haces algo el fin de semana? —quiso saber Laura.

—Una amiga ha reservado en un restaurante y luego ya veremos qué nos depara la noche.

Nuria llamó a su hijo y le dio un fuerte abrazo al tiempo que le cubría la cara de besos. Le dijo que se despidiera de Laura y Javier. El niño se abrazó a él con fuerza, le dio un fuerte beso y se despidió de Laura con un gesto.

Javier sonrió al niño, que se giraba cada pocos pasos para decirle adiós con la mano. Le había sorprendido la actitud de Nuria. Nunca habían tenido mucho trato, pero siempre que la había oído hablar era muy seria, casi seca, y ahora le había parecido simpática, incluso divertida.

—No sabía que Nuria era tan maja —dijo Laura.

—Yo tampoco.

—La he visto pocas veces, pero me ha parecido una chica maja. Si no fuera la ex de tu novio, te diría que la trajeras más veces.

¿Cuánto puede cambiar una persona con el tiempo? Hay quien con el paso de los años madura, se hace más responsable e independiente y llega a ver más allá de lo que la vida le plantea. También hay quien se queda congelado en la vida que cree haber elegido, y quien, simplemente, no se preocupa por ello y se adapta a las circunstancias. Nekane nunca había sido una persona difícil de tratar y tampoco le resultaba demasiado complicado adaptarse. El mundo pasaba a su alrededor, cada día el sol salía para volver a ocultarse y ella permanecía intacta, siempre adaptándose. De hecho, era una persona con mucha facilidad para amoldarse a lo que le tocaba vivir y lo hacía sin quejarse demasiado, aunque de vez en cuando su voluntad flaqueara.

El nacimiento del hijo de Marcos y Nuria había conseguido unir a sus amigos, aunque la brecha formada entre ambos resultara irreparable. Durante un tiempo, Nekane se sintió en medio de una situación que no le resultaba nada agradable, y, al final, simplemente dejó de preocuparse después de leer en una revista que el estrés y las preocupaciones provocan arrugas. Bastante tenía que soportar con acercarse peligrosamente a los cuarenta, como para tener que aguantar, además, llegar a ellos arrugada como una pasa. Disfrutaba del niño y también de los padres —siempre por separado— y de ese modo todos salían ganando. Evitaba hablar de Nuria cuando estaba con Marcos y viceversa, aunque su costumbre de hablar primero y pensar después le había jugado malas pasadas en varias ocasiones.

Adoraba a Gaizka más que a sus progenitores juntos, cosa que se había encargado de hacerles saber desde el momento en que lo vio por primera vez en el hospital. Sus amigos se habían reído del comentario, aunque ella lo hubiera dicho totalmente en serio.

Aquella mañana había salido temprano para ir a casa de Nuria. Algunos días (si no tenía que trabajar), acompañaba a su amiga a dejar al niño en la puerta del colegio y después se tomaban un café. Nuria entraba a trabajar hacia las diez de la mañana, lo que les daba casi un par de horas de margen para contarse chascarrillos.

Para Nuria, la peor parte del día era conseguir que Gaizka desayunara, se vistiera y saliera de casa a su debido tiempo y sin rechistar. Nunca lo conseguía, pero no dejaba de intentarlo cada mañana.

Miró el reloj y vio que eran casi las ocho de la mañana. El niño entraba a las ocho y cuarto y vivían relativamente cerca del cole, pero se ponía muy nerviosa si no salían de casa antes de las ocho. Respiró hondo y preparó su garganta para soltar un grito, con la intención de que su hijo se vistiera más rápido. De pronto, sonó el timbre. Fue a la puerta y al abrirla se encontró a Nekane sonriendo, vestida con un traje vaquero y una flor blanca en la cabeza.

—¡Buenos días! —canturreó alegremente—. ¿Cómo va el enano?

—Tarde, como siempre —respondió Nuria con un resoplido—. Pasa.

—Me he encontrado a un señor supersimpático en el portal. Leopoldo, me ha dicho que se llama. Si no fuera tan viejo, le pediría una cita.

—¿Cómo de viejo?

—Calculo que unos setenta y algo. Aunque muy bien conservado.

—Claro —dijo Nuria, aguantándose la risa—. Menudo bombón desperdiciado.

—¿Le conoces? ¿Sale con alguien?

—Ni siquiera sé cómo se llama la vecina de enfrente.

—No sabes vivir en comunidad —empezó a decir Nekane—. Deberías vivir en el monte, rodeada de vacas y ovejas.

—Tienes razón. Soy lo peor que puedes encontrarte como vecina.

En ese momento, el niño apareció corriendo y fue directo a abrazar a su tía Nekane, que le besó la cara hasta que él se apartó.

—¿Estás listo para el cole? —canturreó Nekane.

—En el cole me aburro —respondió el niño, haciendo pucheros.

—Pues haz que sea más divertido.

—¿Cómo hago eso?

—Gástale alguna broma a la profesora —empezó a decir Nekane—. Puedes ponerle chinchetas en la silla...

—Venga —intervino Nuria—, que llegamos tarde.

—Estaba dándole consejos.

—Estabas buscándole un castigo en el cole y otro en casa.

Salieron de casa y bajaron hasta la calle, con el niño agarrando una mano a cada una. Siempre que Nekane les acompañaba, Gaizka iba entre las dos, agarrándoles las manos y dando saltos. Muchos se habían imaginado al verlas las primeras veces que eran pareja, hasta que el padre de un compañero de clase del niño lo preguntó y Nekane se le insinuó delante de la mujer.

Como estaban en primavera, ya había amanecido cuando salieron de casa, y la temperatura era tan agradable que Nuria disfrutaba del paseo hasta el centro. Dejaron al niño justo a tiempo y caminaron durante un rato, hablando un poco de todo y comentando el último capítulo de una serie que ambas veían. El teléfono de Nuria empezó a sonar; lo sacó del bolso y vio que tenía varios mensajes de Marcos. Abrió el último de ellos y leyó:

«Estoy en la puerta de tu piso. ¿Dónde estáis?»

Respondió a su ex que iba a tomarse un café con Nekane en un bar cercano a su trabajo y él le contestó que iba hacia allí y que quería contarle algo. Durante un rato, no pudo pensar en otra cosa. ¿Qué querría decirle Marcos? Al fin y al cabo, no se llevaban mal, pero su relación era exclusivamente cordial, por el bien de Gaizka. Si el padre de su hijo quisiera hablar de algo serio, lo haría con Alex o con Nekane, pero no con ella. Daba vueltas a todo lo que le había dicho la última vez que lo vio, intentando encontrar alguna frase en la que ella le hubiera dado pie a pensar que podía contar con ella para contarle sus penas, pero no recordaba haber hecho tal cosa. No, no le había dado a Marcos esa libertad y no pretendía dejar que se la tomara. Después de todo lo que había pasado entre ellos (tanto como pareja como siendo padres), ella se merecía más respeto y consideración.

No se había alegrado de que Marcos conociera a Javier, aunque, después de haberlo conocido (siempre por el bien de su hijo), el chico le había caído bien. Sin embargo, ella demostraba lo contrario, pues quería mantener las distancias con la pareja de su ex. Bastante complicada había sido su relación con el padre de su hijo y su posterior ruptura, como para tener que añadir a todo eso al nuevo novio de Marcos.

Igual que una autómatas, sin ser plenamente consciente de a dónde le llevaban los pies, entró en el bar y se sentó en la mesa que ocupaba todas las mañanas. Tenía la mirada perdida y la mente en algún lugar muy lejos de allí, por lo que Nekane pidió por ella. Cuando el camarero dejó los dos cafés sobre la mesa, Nuria miró a su amiga, puso cara de disculpa y dijo:

—Perdona, estaba pensando en otra cosa.

—Me he dado cuenta —respondió Nekane sonriente—. ¿Y en qué estabas pensando?

—Marcos me ha dicho que tiene algo que contarme.

—Creía que habías superado lo de Marcos. Y si no lo has hecho aún, siento tener que decirte que es gay, así que no tienes posibilidades. Yo una vez me lié con un chico que era gay sin saberlo y la cosa no salió bien.

—¿Me estás hablando en serio?

—Claro que sí —dijo Nekane con tono solemne—. Siempre lo hago.

Nuria la miró perpleja.

—Bueno —dijo su amiga—, casi siempre. Pero cuando miento es por buenas razones.

—No eres capaz de mantener una mentira más de cinco minutos.

—¡Lo sé! Siempre me acordaré del día en que llegué a ese récord.

Marcos entró en el bar y buscó a la madre de su hijo con la mirada. Estaba sentada en una mesa con Nekane y ninguna parecía haberse percatado de su entrada. Se acercó con paso lento y decidido. Necesitaba hablar con Nuria y el hecho de que Nekane estuviera con ella era algo que le alegraba. Cuando ella estaba cerca, siempre resultaba más fácil enfrentarse a las cosas que parecen complicadas.

Cuando llegó a la mesa, su amiga se levantó para darle un fuerte abrazo y su ex sonrió y le hizo un gesto con la mano a modo de saludo.

—¿Qué tal, corazón? —preguntó Nekane a su amigo.

—Bien, hoy tengo el día libre —contestó él—. Luego iré a hacer un par de recados.

—Te acompañaría, pero tengo que trabajar.

—No pasa nada, el sábado vienes a cenar, ¿no?

—¡Sí! —El grito de Nekane provocó la mirada de varias personas—. Me llamó Javi el otro día y me dijo que me pasara a cenar y que también estará Laura.

—¿De qué querías hablar? —Nuria no podía con la curiosidad.

—Bueno —Marcos tragó saliva y respiró hondo—, voy a soltarlo directamente y me das tu opinión.

—Cuenta, cuenta —Nekane miraba atentamente a su amigo.

—Voy a pedirle a Javi que se case conmigo.

Nuria se quedó con los ojos como platos, sin poder retirar la mirada de la cara de su ex. No podía creer lo que acababa de oír, aunque tampoco se sorprendía; hacían buena pareja y sabía que las cosas les iban bien.

Cogió aire y miró a los lados. Escuchó de fondo el grito de emoción de Nekane y distinguió el abrazo que ella y Marcos se dieron, pero su mente parecía estar muy lejos de allí, en algún lugar probablemente imaginado por ella misma y que ni siquiera existía. Paseaban por su mente versos de canciones, frases de libros e incluso alguna escena de la última película que había visto en el cine con su hijo.

Tragó saliva y bajó la mirada a la taza de café, que había agarrado con una mano, dispuesta a darle un buen sorbo y despertar de aquel estado. Se alegraba (y mucho, en el fondo) de que a su ex le fueran bien las cosas, pero no podía evitar pensar en ella misma: su elenco de citas era deprimente y rozaba lo ridículo. Había salido un par de veces en los últimos meses con un compañero de trabajo, que había terminado pareciéndole muy pesado.

Dio un trago de café y dibujó una sonrisa en su cara —o eso creía ella—, intentando disimular su estado. Por suerte, Nekane y Marcos apenas habían reparado en su gesto de asombro gracias a los gritos de emoción de su amiga.

—Cuánto me alegro —dijo con voz apagada.

### III

Después de despedirse de Nuria y Nekane, Marcos se arrepintió de haber contado delante de su amiga sus planes de pedir matrimonio a Javi. Se llevó una mano a la cabeza y maldijo el ser tan tonto (aunque de poco sirviera), y fue hacia la joyería en la que planeaba comprar la alianza con la que declararse.

Aún a riesgo de resultar empalagoso, incluso cutre, había leído un par de libros de poesía y se había visto alguna película romántica de la que sacar ideas. Quería ser original, aunque de poco serviría si al final su novio decidía rechazarle.

Empezó a ponerse nervioso. Un hormigueo recorría su estómago y empezaba a sentir mucho frío. Se llevó las manos a los bolsillos e intentó tranquilizarse (sin demasiado éxito), controlando su respiración. Respiraba y espiraba, intentando mantener la compostura aunque solo fuera para sentirse un poco más seguro de sí mismo. «No te dirá que no», se decía una y otra vez. «Él te quiere, seguro que te dice que sí». Pero, ¿y si Javier le decía que no? Se detuvo en mitad de la calle y se quedó mirando a la acera fijamente, como si se hubiera fumado algo y viera duendes correteando por el suelo, y recordó que si su pareja le rechazaba no sería la primera vez.

Hacía casi seis años que conocía a Javier. Los había presentado Nekane, ya que él necesitaba un abogado y el nuevo amigo de su amiga resultaba ser uno bastante bueno. La primera impresión había sido buena, aunque no la que se llevó Javier de él.

—Imagino que la madre del niño te habrá mandado alguna propuesta para solucionar el tema de las visitas —le dijo el joven abogado muy serio.

—Sí —respondió Marcos con la voz cortada—. Iba a traer los papeles, pero se me han olvidado.

—Es que es un poco desastroso el chico —intentó defenderlo Nekane—. Ya sabes, alguien que se acuesta con un chico y luego deja embarazada a su novia no brilla precisamente por ser muy ordenado en la vida.

—Gracias —susurró Marcos—, pero creo que puedo arreglármelas solo.

—Bueno —empezó a decir Javier—, ¿qué es lo que quieres conseguir?

—¿Qué quieres decir?

—Podrías intentar pelear por la custodia total, pero si te soy sincero es muy poco probable que la consigas.

—Sabía que lo de ser infiel te acabaría pasando factura —comentó su amiga mirando al techo.

—No creo que mi vida privada tenga que ser un condicionante para mi abogado.

Marcos se había sentido muy bien después de decir esa frase. Había parecido un hombre maduro y determinado, seguro de sí mismo. Ese abogado no sabía con quién estaba tratando. Si tenía algún problema en pasar por alto su infidelidad, buscaría a otro.

—Tu vida privada me interesa más bien poco —contestó Javier con mordacidad—. Es muy difícil quitarle a una madre la custodia de su hijo. No me gusta usar la palabra imposible, pero es una de las cosas que podrían calificarse como tal.

Marcos no sabía dónde meterse.

—Entiendo —respondió avergonzado.

—Tráeme la propuesta de tu ex y estudiaremos qué camino tomar.

—Ya te dije que Javi es genial.

—Gracias.

No podía dejar de pensar en su abogado. Nekane no le había dicho si era gay o hetero, solo que había pasado por una etapa difícil y que estaba empezando a salir del bache.

Volvió a la realidad y se dio cuenta de que una mujer estaba parada delante de él, mirándole sin ningún disimulo. La señora, que llevaba un plástico a modo de gorro a pesar de que no llovía, tenía cara de pocos amigos y no se molestó en disimular el gesto de desprecio cuando él le sonrió (con la esperanza de que ella se avergonzara). Al final sus amigos iban a tener razón y era un poco ingenuo a pesar de todo lo que había vivido, aunque Javi siempre le decía que eso era algo que adoraba de él.

Siguió andando, sonriendo sin motivo aparente, sin saber exactamente a dónde iba. Se paró en mitad del Boulevard y tuvo que pensar durante unos segundos hacia qué dirección tenía que ir para llegar a la joyería en la que quería comprar el anillo de pedida.

Fue hacia el centro, intentando disfrutar de su paseo sin pensar en la posibilidad de que el amor de su vida le dijera que no quería casarse con él (aunque, en el fondo, no podía pensar en otra cosa). Era como si intentase acallar sus pensamientos escuchando música a todo volumen: podía distraerse durante un rato, pero al final, entre canción y canción, los pensamientos nunca se callan.

Cogió el teléfono y llamó a Alex.

—Qué raro que me llames a estas horas.

—Menuda forma de saludarme.

—Es que me ha pillado por sorpresa —contestó su amiga, riéndose—. ¿Hoy no trabajas?

—Me he cogido el día libre para comprar la alianza.

—¡Es verdad! —Su amiga no pudo disimular la emoción—. ¿Cuándo se lo vas a pedir?

—He pensado en llevármelo un fin de semana por ahí, en plan romántico, y pedirselo durante una cena.

—¿Desde cuándo eres tan ñoño?

—Desde que estoy enamorado —dijo Marcos con solemnidad.

—No, en serio —insistió su amiga—. ¿No habrás intentado coger ideas viendo alguna peli?

—¿Es tan evidente?

—Un poco —Alex no pudo aguantarse la risa—. Pero no hace falta. Tienes que ser tú mismo, pedirselo como Marcos se lo pediría, no como un guionista de Hollywood.

—Yo que sé, nunca se lo he pedido a nadie.

—Lo que nos faltaba, que fueras también el exmarido de alguien.

—Voy a colgar.

Cortó la llamada en el momento en que estaba frente a la catedral del Buen Pastor. Miró hacia arriba y, sin saber por qué, se paró a pensar en cómo hubiera sido formar parte de la construcción del templo. Después recordó imágenes de obreros mientras construían los rascacielos de Nueva York y se le ocurrió la genial (y nada barata) idea de llevarse a su novio a Manhattan para pedirle matrimonio allí. Se sentía tan sumamente bien por haber tenido una idea tan genial que se le subió el ánimo a la cabeza. Su ego estaba hinchado. Tanto, que durante unos minutos iba con la cabeza levantada creyéndose el hombre más original del mundo, hasta que se dio cuenta del cliché que era en realidad y se le bajaron los humos igual de rápido.

—¿Te gustaría casarte? —había preguntado Marcos a Javier en su primera cita.

El chico se atragantó, pues la pregunta era demasiado intensa como para asimilar mientras se bebe, respiró hondo y dijo:

—Puede que algún día, sí.

—¿Alguna vez te lo has planteado?

—Fue algo a tener en cuenta —empezó a decir Javier con un hilo de voz— cuando estaba con mi última pareja.

—¿Por qué se acabó la relación?

—Murió en un accidente de coche hace casi dos años.

—Lo siento —Marcos nunca se había sentido peor—. No tenía ni idea.

—Tranquilo. No es que sea un secreto, pero tampoco me gusta hablar del tema.

El ambiente había sido un poco raro lo que siguió de noche, aunque Javier se esforzara por aparentar normalidad. Era evidente que la pregunta le había incomodado, aunque Marcos no sabía si lo que le había incomodado era la pregunta o el hecho de haber tenido que responderla.

Después de la cena, se llevó al chico a dar un paseo, con la intención de que el aire fresco se llevara la incomodidad. Hablaron de todo un poco mientras andaban por el paseo de La Concha. El momento era muy romántico: paseo nocturno por la bahía y con la temperatura justa para estar cómodo en la calle. Llegaron hasta la playa de Ondarreta casi sin darse cuenta, y Javier se sentó en un banco. Al cabo de un rato, Marcos se sentó a su lado y, mientras hablaban, se iba acercando poco a poco a él. Durante unos segundos, en los que ninguno de ellos dijo una sola palabra, se miraron directamente a los ojos. Parecía que habían conectado, que eran capaces de hablar sin decir una sola palabra, y Marcos supo que había llegado el momento. Llevaba toda la velada conteniendo las ganas de besarle y se armó de todo su valor. Empezó a acercarse poco a poco, como si algún movimiento brusco pudiera romper el momento, y, justo cuando podía sentir la respiración de Javier pero no estaba tan cerca como para sentir el tacto de sus labios, el chico apartó la cara.

—Perdona —dijo, acto seguido—. Es que no sé si estoy preparado.

—No pasa nada —mintió Marcos—. Bueno, ¿vamos yendo?

—¿Seguro que no pasa nada?

—Sí, tranquilo.

En cuanto llegó a casa, llamó a Alex muy alterado.

—Marcos, ya sabes que te aprecio, pero no son horas de llamar.

—Me ha hecho la cobra.

—¿De qué me estás hablando?

—Javi —respondió muy alterado—, me ha hecho la cobra.

—Son casi las dos de la mañana —protestó su amiga—. ¿Y qué más da que lo haya hecho?

—Nunca me habían hecho eso.

—¿De verdad?

—Nunca le entro a alguien si no estoy seguro de que también quiere.

—No le des importancia.

Y ahora, tanto tiempo después, allí estaba él, pensando en pedir matrimonio a la primera persona que no había querido besarle en la primera cita.

A los pocos minutos se encontró frente a la joyería que tenía en mente y entró con paso decidido.

Era una tienda bastante pequeña. Junto a la puerta estaba el mostrador, sobre el que estaba apoyada una señora de pelo rojizo, sonriendo, y frente a él un par de estanterías protegidas por puertas de cristal cerradas con llave.

Marcos se acercó a la dependienta y le dedicó su mejor sonrisa (había pensado que si quería conseguir la alianza más adecuada, lo mejor era una buena sonrisa). La señora lo miró extrañada, ya que el gesto era bastante forzado, y preguntó:

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

—Sí —respondió, emocionado—. Quiero pedir a mi novio que se case conmigo y estoy buscando una alianza que regalarle.

—Me encanta cuando alguien entra para comprar alianzas o anillos de compromiso

—respondió la mujer—. Me hace creer en el amor y no hay nada más bonito.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Marcos, manteniendo la sonrisa.

—Veamos qué tengo por aquí...

La dependienta se dio la vuelta y empezó a buscar en unos cajones que había detrás del mostrador. Susurraba cosas mientras buscaba, aunque Marcos solo distinguía cuando decía «sí» o «no». La búsqueda de la que se suponía iba a ser la alianza perfecta se demoró unos minutos, que fueron suficientes para que la cara de Marcos recuperara su aspecto normal.

—¿Qué le parece? —preguntó la señora, visiblemente emocionada.

Marcos miró detenidamente. Era una pareja de anillos de oro no muy anchos. Su cara cambió por completo al verlos. Sintió mariposas en el estómago y supo que esos eran los anillos. Esa era la alianza con la que iba a pedirle a Javier que se casara con él.

## IV

Si había algo en su vida que Laura valorara (además de su hija), era su piso. Hay gente a la que no le importa la forma en la que está decorada su casa, personas que pueden vivir prácticamente en cualquier parte y quienes no se preocupan de buscar con calma el sitio al que llamar hogar. Pero Laura no era una de ellos. No, ella había dedicado más tiempo a buscar su piso ideal que la mayoría de la gente. Conocía de memoria todos los pisos disponibles en la zona en la que estaba interesada, había visitado los que le interesaban (que era un porcentaje bastante elevado) y se había recorrido todas las agencias de la ciudad.

Pero si había una razón para todo eso, era que Laura valoraba, por encima de todo, su independencia. La primera vez que vivió sola llevaba un par de años buscando piso. Había ahorrado desde adolescente con el único propósito de comprarse un piso, pues si algo tenía claro era que no estaba dispuesta a pagar un alquiler.

El primer sitio en el que vivió después de salir de casa de sus padres era un estudio, situado cerca del centro de San Sebastián. Javier y ella habían llegado a un acuerdo varios años atrás: cuando uno de los dos se independizara, el otro le regalaría una coctelera, dos copas y todos los ingredientes de sus bebidas favoritas. Y así fue: ella se independizó y él le compró lo prometido.

De entre todas las cosas que se pueden hacer cuando se vive solo, había una en particular que le encantaba y la cumplía como si de un ritual se tratara: una vez al mes, cuando Uxue estaba con su padre, llenaba de agua caliente la bañera, echaba sales y aromas, se llenaba una copa de vino y se tumbaba durante varios minutos. Ese era el único momento en el que podía dejar de preocuparse de sus quehaceres, el único momento en el que su única preocupación era ella misma.

Estaba tumbada disfrutando de su baño cuando le pareció escuchar que llamaban a la puerta. Ignoró el ruido, pero al cabo de un rato volvió a oírlo y decidió levantarse para ir a ver.

Se puso una toalla rodeando el cuerpo y salió del cuarto de baño, cuya entrada estaba en un largo pasillo, que Laura recorrió a oscuras. Avanzó por el salón hasta la puerta y se acercó a la mirilla. Fuera quien fuese, no había encendido la luz del portal, por lo que no era capaz de distinguir nada.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Soy yo —contestó una voz masculina que le resultaba familiar.

—Sigo sin saber quién eres.

—Álvaro.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se quedó sin aliento durante unos segundos. Se le pasó por la cabeza fingir que no estaba en casa, pero ya era demasiado tarde para eso. Su ex tenía muchos defectos, pero no era tan tonto. Cogió todo el aire que sus pulmones eran capaces de contener y espiró. Empezó a contar hasta diez para tranquilizarse, pero como no daba resultado elevó la cifra hasta cien.

—¿No piensas abrirme? —gritó Álvaro al cabo de un rato.

—Lo estoy meditando —respondió ella.

—¿Me estás vacilando? —El chico no daba crédito—. También es mi casa.

—¡De eso nada! —chilló ella mientras abría la puerta—. Este piso lo he pagado yo.

—Lo sé —Una sonrisa maliciosa decoraba la cara de su ex—. Pero sabía que al decirte eso acabarías abriéndome. Te gusta discutir cara a cara.

—¿Qué quieres?

—Verte.

—¿Dónde está Uxue?

—Con mis padres. Les he dicho que tenía que hablar contigo.  
—Estuvo mal.  
—¿El qué?  
—Lo que hicimos. No teníamos que habernos acostado.  
—¿Qué tal si me dejas pasar y lo discutimos dentro? No creo que quieras que se entere todo el vecindario.  
Laura se apartó de la puerta para dejarle pasar. Lo miró inquisitivamente y la cerró. Se cruzó de brazos y esperó a que su ex hablara, pero lo único que hacía era mirarla con cara de tonto y sonreír. Estaba a punto de acercarse a darle una bofetada cuando empezó a hablar.  
—Estás muy guapa.  
—Esa frase no va a darte el resultado que esperas —Intentó sonar seca, aunque le hacía ilusión que Álvaro la viera guapa.  
—Lo único que quiero es recuperarte —dijo él, ignorando lo que ella le había dicho—. ¿Tan complicado te parece?  
—Es una mala idea y trastornaría la vida de la niña. Ya sabes que a estas edades tantos cambios no son buenos y bastante malo ha tenido que ser para ella que te fueras de casa como para estar ahora liándole con nuestros asuntos de pareja.  
—No tenemos que decirle nada hasta estar seguros... —empezó a decir él.  
—Es que no quiero que intentemos nada —Laura le interrumpió con severidad—. ¿Acaso no te acuerdas de por qué decidimos dejarlo?

Hacía varios meses que Laura y Álvaro, la pareja perfecta a los ojos de todos sus amigos, habían decidido poner punto y final a su relación. Y es que todas las parejas parecen más bonitas cuando se ven desde fuera. La convivencia se estaba volviendo insoportable; Álvaro trabajaba muchas horas y ella estaba harta de tener que ocuparse de todas las tareas de la casa, además de la niña, después de trabajar. Él evitaba las discusiones haciendo pucheros y dándole un beso, pero la táctica dejó de funcionar a los pocos días de empezar a usarla.

Cuando un aspecto fundamental de nuestra vida no está bien, es innegable que el resto se ve afectado. El enfado de Laura había dejado de estar motivado por tener que hacerse cargo de todo y pasó a estar formado por todo lo que rodeaba a su pareja. Discutían por lo que iban a cenar, por los planes del fin de semana y por cuándo cogerse las vacaciones. El amor parecía haber salido volando por la ventana, como si Cupido hubiera arrancado la flecha que clavó en ellos por error.

Ambos supieron que había llegado el final después de una discusión en la que se perdieron el respeto por completo. Pasaron de gritarse a insultarse y, aunque ninguno había querido que las cosas llegaran tan lejos, sabían que no podían seguir así. Laura le pidió que se marchara y él no puso trabas. Durante unos días (el tiempo que él tardó en empaquetar sus cosas), procuraban no coincidir. Sonreían delante de Uxue, pero no se dirigían la palabra. En realidad, ya no les quedaban. Las habían usado todas y no para bien.

Laura se había llevado una mano al pecho y no quitaba ojo a su ex, que estaba de pie frente a ella, mirándola fijamente.

—Hemos cometido errores... —empezó a decir.

—No queremos resucitar una relación así —Una lágrima recorrió la cara de Laura, que ella se apresuró a secar.

Álvaro dio un paso al frente. Sentía la necesidad de consolarla. Sabía que ella era la mujer de su vida y se culpaba cada día que pasaba por haberlo estropeado todo. Cada vez que la veía, tenía que controlar sus impulsos para no besarla y sentía que no podía seguir controlándose.

Avanzó otro paso, con la mirada fija en la cara de Laura. Poco a poco, su mirada fue

bajando de la cara al cuello y de ahí hasta el borde de la toalla que ella mantenía fija con una mano. Respiró hondo y dio un paso más.

Su ex estaba acercándose y Laura se sentía dividida. Por una parte, deseaba lanzarse a sus brazos y por otra quería darle una bofetada y echarlo de allí. Pero no hizo nada. Solo lo miraba, expectante.

A los pocos segundos, estaban tan cerca que podían sentir el calor del otro. Álvaro tragó saliva y Laura intentó controlar las mariposas que empezaban a revolotear en su interior.

El primer roce de sus labios fue suave, como si ninguno de los dos supiera si de verdad querían besarse. El siguiente tuvo más fuerza y con los que vinieron después empezaron a devorarse mutuamente.

Cuando se quiere a alguien es difícil mantener la cabeza fría y eso era algo que ellos sabían a la perfección. Poco tiempo necesitaron para lanzar la toalla que tapaba el cuerpo de Laura. Se apoyaron en la pared, junto a la puerta. Él empezó a besar su cuello y lamió cada centímetro suavemente, provocando que se le erizara la piel de todo el cuerpo. Ella no pudo reprimir un gemido.

Volvió a besarle los labios al tiempo que le sujetaba las manos contra la pared y siguió bajando, besando cada trozo de su cuerpo.

Un par de horas después, tumbada en la cama y pensando en lo que había pasado, cogió el teléfono y llamó a Javier.

—Dime —respondió alguien que no era su amigo.

—¿Quién eres? —preguntó atónita.

—Marcos —contestó el chico confuso—. Aunque es extraño que seas tú quien llama y pregunte quién soy.

—¿Está Javi por ahí?

—Claro. Te lo paso.

—¿Qué te pasa? —preguntó su amigo con tono vacilón.

—Nada —se apresuró a decir ella—. ¿Por qué asumes que me pasa algo? Y, ¿por qué responde Marcos en tu teléfono?

—No es mi teléfono. Le has llamado a él.

—Entonces es normal que haya respondido él.

—En serio, ¿qué te pasa?

—No sé si contártelo.

—Suenas rara.

—¡Que va! —Laura tragó saliva—. Cosas tuyas.

—¿Quieres decirme de una vez lo que te pasa?

—Álvaro se ha ido hace un rato.

—¡Por Dios! —Javier no pudo controlar el grito de sorpresa—. Creía que no querías volver con él.

—Un polvo no quiere decir nada —se defendió ella.

—Es el segundo en poco tiempo.

—Los ex están para eso.

—Muy bonito...

—Ha sido genial, Javi.

—Creo que no quiero saber los detalles.

—Me ha empotrado contra la pared —empezó a contar.

—En serio, no necesito detalles.

—Ha sido superporno —siguió contando ella, sin hacerle caso—. Lo hemos hecho contra la pared y hemos terminado en el suelo, fornicando como animales.

—¿Todavía usa alguien la palabra fornicar?

—Me siento satisfecha y avergonzada, ¿tú qué harías?

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea.

Cuando Javier colgó a su amiga, se acercó a Marcos y le dio un beso al tiempo que le devolvía el teléfono. Se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo.

—¿Qué le pasaba? —preguntó su pareja con curiosidad.

—¿Crees que los ex están para tirártelos?

—No lo sé. Aunque no es algo que me preocupe.

—¿Y eso?

Marcos se acercó y le besó la mejilla. Después le susurró:

—Porque tú eres lo único que me preocupa y nunca serás mi ex.

El tiempo todo lo cura (o eso es lo que dicen). Y en el caso de Javier era verdad. Superar la muerte de David no había sido tarea sencilla, sino todo lo contrario. El bache en el que se encontraba era tan hondo que ni siquiera él sabía si podría salir en algún momento. La oscuridad que empezó a crecer en su vida el día en que su pareja había sufrido el fatídico accidente había llegado a hacerse tan grande y fuerte que Javier no creía tener los medios para enfrentarse a ella.

Nunca se lo había confesado a nadie, pero había pensado en acabar con su vida poco después del primer aniversario de la muerte de David. Había ido al sitio en el que mejor podía recordarle, el único lugar que seguiría siendo suyo, el único en el que el paso del tiempo no había borrado sus recuerdos. No había ido al faro para suicidarse, pero estando allí empezó a parecerle una buena idea. No veía motivos por los que levantarse y alejarse de las rocas, hasta que una desconocida empezó a hablar con él. Sí, Nekane había sido una parte importante en la superación de su duelo, aunque ella ni siquiera lo sabía. Se convirtieron en buenos amigos después de aquello y gracias a ella conoció a Marcos.

Tenía que reconocer una cosa: su novio no le cayó demasiado bien la primera vez que lo vio. Sabía de su infidelidad y del embarazo de su ex (Nekane se había encargado de ponerle al día) y le parecía bastante inmoral todo lo que había pasado. Pero había algo en él que le producía curiosidad.

No todo el mundo provoca en nosotros las mismas sensaciones. Hay quien nos interesa más y quien nos interesa menos, incluso hay quien no nos despierta interés alguno, pero Marcos había conseguido colarse en sus pensamientos. Poco después de conocer a Nekane, Javier había puesto punto y final a su relación con Dani. Él le parecía un buen chico, pero necesitaba estar bien consigo mismo para poder estarlo con otra persona, lo que provocó que la situación con Julia (que era amiga de ambos) se volviera cada vez más tensa. A pesar de las buenas intenciones del chico, se habían conocido en un mal momento y ella no lo entendía, por lo que el tema acabó siendo foco de incómodas discusiones. Primero empezaron a dejar de verse todas las semanas y poco a poco fueron perdiendo el contacto, hasta llegar a un punto en el que solo se felicitaban el cumpleaños.

Hay un refrán que dice «hasta el cuarenta de mayo, no te quites el sayo». Y es que, la primavera, por bonita que sea, nos da siempre una de cal y otra de arena. Pasamos de estar tumbados al sol a taparnos con un paraguas. Aquella era una mañana lluviosa, de esas en las que lo único que apetece es tomarse una taza de café caliente, tumbarse en el sofá y ver alguna película.

Javier salió de la cama y avanzó hasta la puerta de su dormitorio. Hacía ya tiempo que había dejado el piso que compartió con David, pero aún había momentos en los que echaba de menos vivir allí. No era porque su actual vivienda fuera más pequeña o más fea; simplemente se había acostumbrado a vivir allí, aunque sabía que había hecho bien en mudarse.

Avanzó por el pasillo hasta llegar a la cocina. Era bastante grande; en la pared de la derecha estaban los armarios y electrodomésticos y frente a ellos una mesa y cuatro sillas (que rara vez se utilizaban, ya que solían comer y cenar en el salón). Con los ojos aún sin abrir del todo se acercó a la cafetera, cogió la jarra y maldijo su suerte al encontrársela vacía. Echó agua y café molido en la máquina y se sentó a esperar a que el café estuviera listo. Tenía la mirada perdida en el suelo y bostezaba cada pocos segundos.

Aquella noche tenían una cena en casa con Laura y Nekane y, aunque tuviera ganas de que llegase el momento, Javier nunca podía arrancar hasta que se tomaba el café de la mañana y en ese momento le podía la pereza.

La cocina se inundaba del olor a café recién hecho y una sonrisa se dibujó en su cara. Es curioso lo que puede transmitir un olor y aquel le devolvía a la infancia, cuando su abuelo preparaba café a primera hora de la mañana y él se levantaba para desayunar juntos, mientras este le contaba historias de su juventud y Javier se recreaba en ellas. Se levantó, fue hasta el armario en el que guardaban las tazas, cogió una y se sirvió un café bastante cargado. Estaba saboreándolo cuando Gaizka entró en la cocina.

—¡Enano! —dijo Javier con una sonrisa—. ¡Buenos días!

El niño fue hasta él con los brazos levantados y lo cogió en brazos. Le dio un fuerte beso y le preguntó:

—¿Quieres Colacao para desayunar?

—Y tostada —respondió Gaizka.

—¿Con mermelada?

—De fresa.

—¿Te pongo dibujos en la sala mientras te preparo el desayuno?

El crío asintió y Javier lo llevó en brazos hasta el salón. Era una habitación más pequeña que la cocina; junto a la puerta, en la parte derecha, había un mueble que ocupaba la mayor parte de la pared, sobre el que estaba apoyada la televisión, y frente a él, dos sofás. Sentó al niño en uno de ellos y lo tapó con una manta que tenían sobre el asiento. Estaba en la cocina preparándole el desayuno cuando Marcos entró, se acercó a él, lo abrazó y susurró:

—Buenos días.

—Buenos días, dormilón —respondió Javier, sonriente.

—Huele a café —dijo Marcos, bostezando.

—¿Quieres café o prefieres Colacao?

—No estoy seguro, ¿me das algún tiempo para pensármelo?

—Tengo que ir a comprar algo para cenar esta noche.

—Yo me llevaré al enano al parque.

—Está jarreando —dijo Javier—. Me parece que tendrás que aguantar esos dibujos animados que tanto te gustan.

—Eres malvado. Podría ir yo a comprar.

—Ni hablar. La última vez me quedé yo a ver los dibujos.

—Ten novio para esto... —contestó Marcos con tono teatral.

—Eres el rey del drama —Javier no pudo reprimir la risa—. Voy a llevarle el Colacao al niño, ¿puedes hacerle una tostada?

Marcos miró a Javier saliendo de la cocina y sonrió al sentirse el hombre más afortunado del mundo. Fue a coger pan de molde y estaba metiéndolo en la tostadora cuando su teléfono empezó a sonar. Corrió al dormitorio, cogió el teléfono y respondió:

—¿Diga?

—¿Cómo que diga? —contestó Nekane—. ¿Cuántas Nekanes hay en tu vida?

—No he mirado quién me estaba llamando.

—¿Para eso quieres un teléfono tan caro? Creo que estarías mejor con uno de esos que hacen ahora para los abuelos. Ya sabes... los que solo tienen unas teclas enormes con números.

—Eres un poco exagerada.

—Puede ser. Pero he tenido un sueño que me tiene alterada.

—No sé si quiero saber lo que sueñas...

—Te lo contaré de todos modos.

—Eso pensaba —dijo Marcos, riéndose.

—Ha sido un poco fuerte. Espero que no sea una premonición...

—¿Quieres contármelo?

—Era el día de tu boda y yo no era la madrina. Os veía a todos caminar hacia el altar del Buen Pastor y yo sentada como una invitada más. Lo he pasado muy mal, estoy alterada.

—No creo que vayamos a casarnos en el Buen Pastor. Además, todavía no se lo he preguntado, así que intenta no irte de la lengua.

—Espero que no me llevéis a una iglesia cualquiera para celebrar vuestra boda —dijo Nekane, ofendida—. Ya he pensado en el traje y todo.

—No vamos a casarnos por la Iglesia.

—¿Por qué no? —preguntó, extrañada— Ya sé que no sois muy fans de la Iglesia, pero siempre queda más mono. Además, ya lo estoy viendo, el sol brillante y los pájaros cantando. Espero que no se ahoguen con el arroz.

—La Iglesia no casa a parejas homosexuales —empezó a decir Marcos—. Además, todavía no me ha dicho que sí.

—No creo que te diga que no. Y tengo la obligación como madrina de ayudarte a organizarlo todo. Porque seré tu madrina, ¿no?

—Claro. Bueno, no lo sé. Todavía no se lo he preguntado.

—¿Con quién hablas? —preguntó Javier desde la puerta—. Casi se quema la tostada.

—Nekane está alterada por una pesadilla.

—¿Quién era? —preguntó Nekane asombrada—. Como le hayas puesto los cuernos a Javi, juro por Lucifer que te cortaré las pelotas y las tiraré al mar.

—Era Javi —respondió Marcos—. Y tengo que colgar, hablamos por la noche en la cena.

Colgó a su amiga, dejó el teléfono en la mesita de noche y fue a la cocina a prepararse el desayuno. Se encontró sobre la mesa una taza de Colacao caliente y un paquete de galletas Dinosaurio (sus favoritas). Se giró y se encontró a Javier sonriéndole en el pasillo.

—Para que cojas fuerza —dijo su novio con ternura.

Se acercó a su pareja y le dio un apasionado beso, que detuvo al darse cuenta de que su hijo los miraba con curiosidad desde el salón.

Volvió a la cocina, cogió el Colacao y las galletas y fue a sentarse junto al niño, que no tardó en explicarle lo que había pasado en el capítulo anterior de los dibujos que estaba viendo.

Se despidieron de Javier cuando este salió a hacer la compra y padre e hijo se acurrucaron juntos bajo la manta, viendo la tele.

—¿Ponemos una peli? —preguntó Marcos.

—Pero esperamos a Javi para verla.

—No sé cuánto tardará en volver. Podemos ver una ahora y otra cuando vuelva.

—Pero yo quiero ver con él también.

—¿Te gustaría que Javi y yo hiciéramos una fiesta para estar siempre juntos?

—Claro —dijo el niño con mucha convicción, aunque no entendía a lo que su padre se refería—. ¿Veremos una peli en la fiesta?

—No —respondió Marcos, con una sonrisa dibujada en la cara—. Pero habrá un montón de chuches y vendrán la tía Nekane y la tía Alex.

—La tía Alex tiene la Wii.

—Sí, pero no la llevará a la fiesta.

—Yo quiero jugar a la Wii.

—Después de la fiesta —respondió Marcos—. Además, mañana iremos a su casa. Puedes decirle que te deje jugar.

—Siempre me deja —dijo el niño—, porque es mi tía.

—¿Te gustaría entonces que hiciéramos una fiesta y Javi fuera también tu aita?

—Javi es mi aita y tú también. Tengo dos aitas y una ama.

Sábado noche. Para algunos, el mejor momento de la semana, con alcohol, baile y fiesta, y para otros simplemente una noche más. Nuria nunca había sido especialmente fiestera. En realidad, le gustaba más estar en casa, disfrutar de una cena en buena compañía y charlar sobre cualquier cosa. Sí, cada uno tiene en mente un «sábado bestial» distinto, al igual que cada uno lo vive y disfruta de la mejor manera posible, pero hay ocasiones en las que nuestra mente se queda atascada por algo. Algunos pensamientos pueden llegar a pesar más que un árbol y hacer más daño que cualquier golpe. Mantener la mente fuerte, sana y salva parece importante a la vez que imposible y no hay mejor excusa que un mal día para pagar los platos rotos con la primera persona que nos encontremos.

Nuria nunca se había considerado especialmente neurótica. Ni siquiera se veía a sí misma como una persona obsesiva. Pero no podía quitarse de la cabeza las palabras de Marcos cuando le dijo que iba a pedir a Javier en matrimonio. Le molestaba, pero no porque sintiera algo por él, sino porque su ex había conseguido rehacer su vida antes que ella. Había momentos en los que se recriminaba ser tan egocéntrica y otros en los que creía que ella también merecía prometerse con alguien genial, vivir felices y comer perdices (además de tener algún otro retoño).

Estaba sentada en el sofá, mirando la tele apagada y dándole vueltas al tema. ¿Encontraría algún día al hombre de su vida? Desde luego Marcos ya había encontrado la respuesta a esa pregunta y no podía evitar pensar que era totalmente injusto.

Se abrazó a un cojín, pensando que ella era la que debería estar prometida y él quedarse soltero para siempre.

Sonó su teléfono móvil y fue a cogerlo. Maite la estaba llamando.

—Hola —respondió, arrastrando cada letra de la palabra.

—¿Qué te pasa?

—Nada —mintió—. Estoy medio dormida.

—Acuérdate de que tenemos mesa reservada esta noche.

—Claro. A las diez.

—Estás muy seca. ¿Qué te pasa?

—Te lo cuento cenando.

Colgó la llamada y volvió a sentarse en el sofá, acurrucada con un cojín. Miró a su alrededor y vio varias fotos de su hijo. Sonrió al pensar en Gaizka y todas las cosas buenas que habían llegado a su vida desde que supo que estaba embarazada. Fue a por su móvil y abrió la bandeja de entrada de mensajes recibidos. Nada interesante. ¿Estaría volviéndose una solterona aburrida y sin vida? Siempre le había aterrado esa idea y parecía que estaba haciéndose realidad. Ya había pasado la época de salir de fiesta hasta la hora de desayunar y todo lo que quedaba de aquello era el recuerdo de más resacas que otra cosa. Pero aquel iba a ser un sábado diferente. Uno de los que se recuerdan varios años después, en los que se pierden los papeles por completo.

Estaba decidida a salir a bailar, emborracharse y ligar con algún hombre de verdad (aunque realmente no supiera qué significaba esa expresión) y sabría que seguía siendo la de siempre. Sí, ella era una madre soltera, trabajadora y sexy y no iba a permitir que el anuncio de un compromiso le hiciera pensar lo contrario. Marcos y su boda podían irse a tomar viento.

Después de ducharse, llegó el problema que siempre había tenido: un armario lleno de ropa y nada que ponerse. Resopló mientras repasaba con la mirada toda su ropa.

Había vestidos que no volvería a ponerse y otros que no le habían vuelto a caer después del embarazo. Cogió uno negro y ceñido, de gran escote y con una falda que no tapaba mucho más que el trasero, y decidió probarlo.

Abrió la cremallera, se quitó la toalla que le cubría el cuerpo y empezó a meterse en el vestido. Hacía mucho tiempo que no usaba ese tipo de ropa, tan ajustada que incluso apretaba, y se sentía rara. Pero una sonrisa se dibujó en su cara al mirarse en el espejo. Se veía guapa, sexy y elegante (dentro de lo sensual del vestido). Fue al cuarto de baño a peinarse y maquillarse y estuvo lista justo a tiempo para salir.

Pisó la acera con cautela. Los zapatos de tacón eran bastante altos y no estaba tan acostumbrada como antes a llevar ese tipo de calzado. Pero después de unos pasos, en los que se le fue el miedo a acabar boca abajo en el suelo, empezó a andar con seguridad en sí misma. Hacía un poco de frío y no iba precisamente abrigada, pero no le importaba. Varias personas se giraban para mirarla pasar y eso le gustaba. Necesitaba algo así para levantar el ánimo. Se sentía segura de sí misma y nada ni nadie iba a estropearle la noche.

Se encontró con Maite en la puerta del restaurante en el que habían quedado. Su amiga iba espectacular, como siempre. Llevaba un vestido blanco que dejaba muy poco a la imaginación y el pelo recogido en un moño. Al verla llegar, fue a darle dos besos y dijo:

—¡Mírate! Creía que nunca volvería a ver tu lado porno.

—Hay que apostar para la noche.

—¡Qué guarrona! —dijo su amiga en tono juguetón—. Estás que echas humo, ¿eh?

—Más o menos.

—No te preocupes, llevo condones en el bolso. Puedo darte alguno si te entra el apretón con alguien.

—No esperaba llegar tan lejos... —dijo Nuria.

—Sí, me lo imaginaba —Maite no pudo reprimir una risita—. ¿Entramos ya?

Las dos amigas entraron al restaurante. Era bastante grande, con un amplio ventanal que daba al puerto. En la parte izquierda estaba la barra y frente a ella varias mesas, algunas vacías y otras con gente que había cenado en el primer turno. Varios comensales se giraron para mirarlas. Algunos, sobre todo personas mayores, las miraban inquisitivamente, y otros con deseo. Siguieron al camarero hasta su mesa, que estaba junto al ventanal, y se sentaron. Pidieron una copa de vino blanco y esperaron a que se lo llevaran.

—Cuéntame —empezó a decir Maite—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Marcos va a casarse.

—¿Qué dices?

—Bueno, en realidad no sé si se lo ha pedido aún, pero no creo que Javi vaya a decirle que no.

—Sí —empezó a decir su amiga—. Hacen tan buena pareja que me dan ganas de aporrearles con un palo cada vez que les veo. Pero, ¿qué tiene eso que ver contigo?

—Nada —respondió Nuria sin demasiada convicción.

Guardaron silencio mientras el camarero llenaba sus copas y les dejaba un par de cartas para que decidieran lo que iban a comer.

—Si no fuera nada, no estarías tan desanimada.

—No estoy desanimada.

—¡Claro que no! —dijo Maite con fingida alegría—. ¡Eres la reina de las fiestas!

—A veces eres un poco cruel.

—No cielo, lo que soy es realista. No entiendo por qué te molesta que tu ex vaya a tirar su vida por la borda casándose. Ya ves, yo conozco a muchos casados que desearían no haberse prometido nunca.

—No seas cínica.

—¡No soy cínica! Dos de cada tres matrimonios acaban en divorcio. Es pura estadística. Aunque tengo que reconocer que esos dos no tienen pinta de ir a divorciarse.

—No quiero que se divorcien.

—Solo intento animarte —dijo Maite a modo de disculpa.

—Lo que pasa es que no entiendo por qué a él le van tan bien las cosas y yo estoy tan estancada.

—¿A qué te refieres?

—Mírame —empezó a decir Nuria—. Es el primer sábado que salimos a cenar en meses.

—Eso no significa nada. No pienso dejar que te deprimas porque el asqueroso de tu ex vaya a casarse con su pareja perfecta.

—¿Sabes ya lo que van a pedir? —intervino el camarero.

—No —respondió Maite con una amplia sonrisa—. ¿Por qué no vuelves dentro de un rato, guapetón?

El camarero sonrió y se alejó unos pasos.

—No me puedo creer que vayas a ligarte al camarero.

—Es el especial de la casa, y menudo culo tiene.

—No me he fijado.

—¿Ves? Ese es tu problema. No sales al mundo.

—Mirar el culo a la gente no me parece que sea salir al mundo.

—Puede que solo eso no. Pero tocárselo tiene que ser como estar en la gloria.

—No me estás animando —bufó Nuria, más deprimida que enfadada.

—Nena, no tienes que dejar que esa boda te afecte tanto. El matrimonio no te garantiza un final feliz, solo un final. Y después de la pitopausia, ¿qué es lo que queda?

Las dos se rieron y Nuria se sintió un poco mejor. Después de todo, probablemente estaba siendo bastante dramática y la situación no era para tanto. Ojearon la carta y decidieron compartir una ensalada y cada una se pidió un plato; Nuria se decantó por carne y Maite por pescado. Siguieron hablando de todo un poco mientras comían y bebían, hasta que ambas fueron conscientes de que estaban un poco borrachas. Después de beberse una botella tras la cena, Nuria sentía que las palabras salían de su boca con mucha suavidad, como si un enano las estuviera empujando desde su lengua.

Pidieron la cuenta y Maite insistió en pagar. Salieron a la calle y caminaron por la parte vieja hasta un bar famoso por los cócteles que preparaban. Las dos se pidieron un mojito y empezaron a moverse al ritmo de la música (al principio un poco, para empezar a motivarse con algunas canciones).

Un mojito siguió al otro y perdieron la cuenta después de beberse el tercero. Estaban bailando en mitad del bar, agarradas de las manos y dando vueltas mientras entonaban las letras de las canciones (algunas se las sabían y otras se las inventaban), y todas las preocupaciones de Nuria parecieron quedar muy lejos.

Decidieron que era momento de cambiar de bar cuando la música dejó de gustarles. Pensaron en ir a la discoteca de Maite, aunque ella se hubiera tomado la noche libre. Salieron de la parte vieja y caminaron por el paseo de La Concha, que estaba iluminado por la luz de las farolas.

—¡Qué bonito es Donosti! —dijo Nuria con los brazos levantados.

—¡Qué buenos están los tíos de Donosti! —respondió Maite imitando a su amiga.

Siguieron andando, provocando silbidos y piropos de varias personas, algo que levantó el ego de Nuria hasta las nubes. Entraron en la discoteca, fueron a una de las barras y se pidieron dos chupitos de tequila.

—¡Por nosotras! —dijo Nuria, levantando el vaso.

—¡Y por esta noche! —respondió Maite.

## VII

Qué bien sienta una noche de fiesta y qué mala es la resaca del día siguiente. Desde luego, una vez que los chupitos de tequila dejan de parecer fuertes, hay gente que decide que es el momento de dejar de beber, aunque Nuria y Maite no fueron tan sensatas. Puede que ellas no lo recordaran con detalle, pero dieron bastante la nota en la discoteca. Aunque lo que Nuria no se podía imaginar es que acabó pidiendo a Maite que le diera un preservativo antes de irse a casa.

Hay domingos espantosos (como el que le esperaba a Nuria) y otros que son un auténtico placer. La cena de la noche anterior en casa de Marcos y Javier había sido estupenda: conversación, buena comida y mejor compañía. El niño se había dormido relativamente temprano y habían tenido tiempo para charlar de todo un poco con Laura y Nekane. La primera estaba un poco absorta pensando en Álvaro y su último encuentro sexual y la segunda procuraba no gritar a los cuatro vientos que sabía que Marcos pretendía pedirle matrimonio a Javi.

Es curioso cómo la vibración del teléfono móvil es capaz de despertarnos, aun habiendo llegado de día a casa y dormido solo dos o tres horas. Nuria apenas era capaz de abrir los ojos, por lo que ni siquiera intentó incorporarse para coger el teléfono. Buscó a tientas por la mesilla hasta dar con él y respondió sin mirar quién le llamaba, aunque esperaba que no fuera Marcos.

—¿Diga?

—Menuda noche he pasado con el marinero —La voz de Maite dejaba claro que seguía borracha—. Lo hemos hecho de todas las formas posibles. ¿Te acuerdas de aquel libro de Kamasutra que me compré hace unos años? Pues hemos hecho las posturas más raras.

—Es muy pronto para que me hables de esto.

—Todavía no me he acostado. El marinero acaba de irse.

—¿Te ligaste a un marinero?

—Le he llamado marinero toda la noche por la camiseta que llevaba puesta, no sé a qué se dedica y tampoco me importa. Lo importante es que me ha regalado varios orgasmos, como un buen marinero.

—Eres una exagerada.

—¿Alguna vez lo has hecho...? —empezó Maite a preguntar.

—No me acuerdo —Nuria la interrumpió. No estaba de ánimo para preguntas sexuales, apenas tenía fuerza para sujetar el teléfono contra su oreja.

—Creo que he rejuvenecido varios años después de los polvos de esta noche.

—Creo que voy a colgar...

—¿Y tú qué tal con el hombretón que te llevaste?

—No me llevé a nadie.

—Nena, te vi salir de la discoteca de la mano de un hombre bastante guapo. No me digas que le diste un besito y te despediste...

—Voy a colgar.

Colgó a su amiga y se llevó una mano a la cabeza. Sentía que estaba a punto de explotarle. Se giró para cambiar de postura y chocó contra el cuerpo desnudo de alguien.

Javier se levantó bastante pronto. Se tomó su café matutino y empezó a recoger los restos de la cena de la noche anterior. Iban a ir a comer a casa de Alex, una de las

mejores amigas de Marcos, y no quería tener que recoger a la vuelta, ya que ese tipo de comidas solían alargarse casi hasta la cena. Aunque ese día tendrían que terminar antes, puesto que Nuria se pasaría a recoger a Gaizka por la tarde.

Se asomó a la ventana de la cocina y respiró hondo. Aún hacía algo de frío por las mañanas, pero la sensación de respirar ese aire le encantaba. Había algo en los días de primavera, cuando la temperatura no parece decidirse entre verano e invierno, que le levantaba el ánimo.

Sintió que alguien le agarraba de una pierna y sonrió al ver a Gaizka medio dormido tirándole del pantalón del pijama. Lo cogió en brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla. El niño sonrió y apoyó la cabeza en su hombro, agarrándole el cuello con ambas manos.

—¿Quieres desayunar, enano?

—No —respondió el niño con voz melosa.

—Pero tienes que comer algo. Si no, no vas a crecer. Te quedarás pequeño para siempre.

—Tú eres grande.

—Claro, porque desayuno todos los días. ¿Quieres ser igual de grande que yo?

—Así de grande —dijo Gaizka levantando la mano tanto como su brazo le permitía.

—Pues entonces tienes que desayunar.

—Pero ahora no quiero.

—Solo cinco tragos de Colacao y una magdalena.

—Cuatro.

—Cuatro y medio.

—Pero no se lo digas a mi ama.

Javier sonrió y le dio un fuerte beso. Lo bajó de sus brazos y empezó a prepararle el Colacao. La leche estaba calentándose en el microondas cuando el niño le dijo:

—Luego voy a jugar a la Wii.

—Tendrás que pedirle permiso a la tía Alex.

—Pero me deja, porque es mi tía.

Javier puso el Colacao y una magdalena encima de la mesa y lo señaló. El niño se sentó en una de las sillas y empezó a quitar el papel de la magdalena, cuando Marcos entró en la cocina y fue a darle un beso.

Navegando entre la vergüenza y el terror, Nuria no sabía cómo reaccionar. Había un hombre, al que no recordaba, desnudo en su cama. Se incorporó y palpó por debajo de las sábanas, buscando su ropa interior, pero no encontró nada. Salió de la cama y fue a por su bata. Bastante malo era no conocer al hombre desnudo como para estar desnuda también ella—. Encendió la luz de la habitación y se acercó sigilosamente a la cama para ver al chico. Era rubio, de piel blanquecina, y no parecía ser mucho más alto que ella. Se acercó más para verle la cara y sonrió. Le parecía bastante guapo.

—Es un poco raro que me mires mientras duermo —dijo el muchacho sonriendo y sin abrir los ojos.

—Perdona —se apresuró a decir Nuria—. No quería despertarte.

—Tranquila, tampoco es que haya dormido demasiado.

Él abrió los ojos y ella sintió que se perdía en ellos. Eran de un intenso color verde. Se avergonzó por quedarse hipnotizada mirándole fijamente y se apresuró a mirar a otro lado. Él le agarró una mano y sonrió. Se incorporó y dijo:

—Me llamo Gorka, no sé si te acuerdas.

—Claro —mintió—. Apuesto a que tú no te acuerdas de mi nombre.

—Nuria —contestó el chico sonriendo.

—Bueno —empezó ella a decir—, pues nada, encantada.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí. Espero que no te importe, pero no estoy acostumbrada a tener hombres desnudos en mi cama los domingos por la mañana. Generalmente, me despierta mi hijo saltándome encima.

—¿Tienes un hijo? —preguntó Gorka, extrañado.

—Sí. Se llama Gaizka. Tiene seis años.

—Me gustan los niños.

—¿Quieres desayunar algo?

—Creía que querías que me fuera —dijo el chico sonriendo.

—Bueno, tampoco es que tenga prisa.

—¿Qué hay para desayunar?

¿Cuánto puede dar de sí un desayuno? Era una pregunta que Nuria se formulaba sin saber la respuesta y sin esperar demasiado de ello. Tenía que ser realista. Aquello había sido un rollo de una noche, del que no guardaba recuerdos, aunque le gustaría. Y ese desayuno era solo una forma de ser amable y buena anfitriona. Si Gorka (suponiendo que de verdad se llamara así) hablaba a alguien de ella, al menos contraría que le invitó a quedarse a desayunar.

Pensó en Maite y su forma de ver a los ligues de una noche. Había una regla básica que nunca se debía traspasar: no dejes que se quede a dormir. Nuria la había infringido, por lo que ya no importaba demasiado que se quedase a desayunar. Salió del dormitorio y dejó que Gorka se vistiera. Aunque tenía curiosidad por verle, se decía que lo más educado (y maduro) era dejar que se vistiera, desayunar e invitarle amablemente a largarse de allí.

Javier y Marcos habían quedado a las dos en casa de Alex. Salieron a la una y media de casa. Aunque vivían bastante cerca (San Sebastián no es una ciudad muy grande), cuando vas a algún sitio con un niño, siempre tardas más de lo esperado. Ellos vivían en Gros y su amiga en el centro. Cruzaron el puente de la Zurriola, con Gaizka entre los dos, agarrando una mano a cada uno. Había varias personas pescando y el niño se paró a mirar.

—Va a coger peces —dijo eufórico.

—Sí —respondió Marcos—. Pero no podemos pararnos a mirar, que no llegamos a casa de la tía Alex.

El niño asintió y empezó a correr delante de ellos. Javier miró a su pareja y le preguntó:

—¿A qué hora vendrá a recogerlo su madre?

—No sé. Imagino que me llamará luego. Aunque la última vez se pasó hacia las siete y algo a por él.

Siguieron andando hasta que llegaron al punto en el que el niño se había parado a esperarles, unos metros más adelante. Javier lo cogió en brazos y se lo puso en los hombros.

Pasaron junto al hotel María Cristina y siguieron hasta llegar a la Avenida de la Libertad. Había bastante gente paseando, a pesar de que las tiendas estuvieran cerradas. El sol brillaba y la temperatura era agradable, aunque no sobraba la chaqueta.

No tardaron mucho en llegar al portal de Alex.

Mientras unos se preparaban para comer, otros estaban desayunando. Nuria no se podía creer que pudiera estar disfrutando tanto de la compañía de un hombre del que hacía apenas una hora no sabía absolutamente nada. Gorka era director de una galería de arte que estaba en la parte vieja. Tenía treinta y dos años (aunque cumplía treinta y tres en dos meses) y estaba soltero, dato que tranquilizó a Nuria, ya que no le gustaría ser «la otra» en una pareja.

Hablaban animadamente de sus vidas, se reían y coqueteaban. Compartían miradas que decían más que cualquier palabra y de vez en cuando se rozaban, preguntándose «¿Lo habrá hecho queriendo?» cada vez que pasaba.

Era curioso. Nuria estaba disfrutando de la mejor primera cita que había tenido en meses y estaba siendo con un completo desconocido con el que se había acostado la noche anterior. La norma de Maite para los ligues de una noche podía no ser tan buena, después de todo.

—Bueno —empezó a decir Gorka—, ¿tienes relación con el padre de Gaizka?

—Nos llevamos bastante bien, por el bien del niño. No tuvimos una ruptura fácil, pero después de tantos años era de esperar.

—Ya me imagino. ¿Y él sale con alguien?

—Sí. Lleva bastante tiempo con su pareja. Va a pedirle matrimonio, así que imagino que la cosa es bastante seria.

—No te preocupes. La otra nunca podrá reemplazarte para tu hijo.

—No me preocupo. Además Javier es bastante bueno con el niño. Gaizka lo adora.

—Creía que tu ex se llamaba Marcos.

—Así es. Javier es su pareja.

Gorka se quedó con los ojos como platos. Nuria sonrió y dijo:

—Ya te he dicho que mi vida es un poco peculiar.

—Ya veo que no exagerabas.

Los dos se quedaron callados durante unos segundos, que se hicieron eternos. No hay nada más incómodo que un silencio en una cita. Nuria intentaba pensar en cualquier cosa de la que hablar (cualquier cosa era mejor que estar callada), pero no se le ocurría qué decir. Sonreía y miraba a su alrededor, como si estuviera buscando algo. Definitivamente, ese era el rato más largo que había pasado alguien sin hablar, o eso le parecía a ella.

—Bueno —empezó a decir Gorka—, gracias por el desayuno. Ha sido genial.

—Sí —respondió ella asintiendo con la cabeza.

—¿Me das tu número?

Aquella pregunta la descolocó. En el fondo, quería que el chico mostrara interés por ella, ya que él había despertado su interés, pero no esperaba que fuera a pedirle su número de teléfono.

Dijo los números como si fuera un robot programado para ello y guardó el número de su acompañante en la agenda del teléfono.

Él se acercó, le besó en los labios y susurró:

—Espero volver a verte pronto.

—Claro —respondió ella, sonriendo.

Gaizka estaba jugando a la Wii (fue lo primero que pidió al entrar en casa de Alex) y Javier y Marcos estaban sentados en el sofá, mirando jugar a su hijo y hablando con su amiga.

—Creo que necesito cambiar de trabajo —dijo ella.

—¿Y eso? —preguntó Marcos.

—Estoy aburrida. Llevo ya siete años haciendo lo mismo.

—Cuando yo cambié de trabajo sentí vértigo al principio, pero al final todo me ha ido bastante bien —comentó Javier.

—¿Ves? —empezó a decir Alex—. Y ahora haces algo que te encanta. Yo sigo vendiendo ordenadores, cuando lo que quiero hacer es trabajar en una empresa como informática.

—Tampoco es para tanto —contestó Marcos—. Yo trabajo como informático y hay días en los que te planteas pegar con el cable de la impresora a algunos.

—Voy un momento al baño —dijo Javier.

—Ahora que se ha ido —comentó Marcos—, no sé cómo, cuándo ni dónde pedirle que se case conmigo.

—¿Y me lo dices así? ¿Mientras está meando? Podías esperar al menos a mañana y hablarlo tomando un café.

—No he encontrado un momento mejor.

—Cualquier momento hubiera sido mejor que este.

—¿Alguna idea?

—¿Por qué no se lo pides en mi baño? Al fin y al cabo, compartir lavabo es señal de amor verdadero.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—No estáis siendo de gran ayuda... —se quejó Marcos.

—¿Quién más lo sabe?

—Nekane. Bueno, y Nuria.

—Espero no haber sido la última en enterarse.

—En realidad, no. Laura aún no lo sabe.

—Te daría una colleja si tu hijo no estuviera presente.

—¿De qué habláis? —Javier había vuelto del baño.

—¡A comer! —gritó Alex, nerviosa.

## VIII

No es fácil superar una pérdida. Cuando alguien nos deja, parece que una parte de nosotros se queda con ellos. De algún modo, el momento en que un ser querido muere se lleva consigo algo de nosotros, que nunca se llega a reparar por completo.

Hacía tiempo que Javier había vuelto a sonreír. La muerte de David había sido un palo muy duro que tuvo que soportar de la mejor manera posible. Al principio, era algo con lo que no podía lidiar, pero poco a poco fue reconstruyendo su vida y su estado de ánimo.

Cada cierto tiempo visitaba el cementerio en el que yacían sus restos. A veces llevaba alguna flor, y otras solo se sentaba junto a la lápida un rato. Se decía a sí mismo que iba a hacer compañía a David aunque, en el fondo, la compañía fuera mutua. Cuando empezó a salir con Marcos se sentía culpable por visitar la tumba de su antigua pareja, pero al final entendió que los dos eran parte de su vida, diferentes páginas de un mismo libro.

Había pasado la mañana en el juzgado. Su último caso era el de una señora que había demandado a sus hijos por querer cobrar la herencia de su fallecido padre. Cuando salió del edificio, empezó a andar sin rumbo. Dejaba que sus pies decidieran por él a dónde querían llevarle.

Se encontró frente a las puertas del camposanto a los pocos minutos y sonrió. Avanzó hasta traspasarlas y caminó junto a las lápidas e iconos religiosos. Las vírgenes y los ángeles que coronaban las tumbas parecían mirarle cada vez que pisaba el suelo de grava. Escuchaba el sonido de sus pasos, rompiendo el silencio imperante, y distinguió unos metros más allá, junto a la tumba de David, a María.

La que fuera su cuñada unos años atrás se giró al oír pasos acercándose y sonrió al ver a Javier. Después de una discusión bastante fuerte un año después de la muerte de David, ambos habían dado su relación por terminada. Pero unos meses después, cuando su vida volvía a estar encauzada y su estado de ánimo mejorado, Javier se quitó la espina que se le había quedado clavada por aquella discusión. Llamó a María y quedó con ella para tomar un café y hablar de lo sucedido. Él reconoció haber sido egoísta (ya que la muerte de David también le había afectado a ella) y ella se disculpó por no haber sabido apoyarle. Nunca volvieron a tener la relación que los unía cuando David vivía. Ni siquiera se consideraban amigos, pero de vez en cuando se tomaban un café juntos y se contaban qué tal iban sus vidas.

—¡Cuánto tiempo! —dijo ella, mientras se acercaba a darle dos besos—. ¿Qué tal?

—Vengo del juzgado —respondió Javier con un resoplido—. He estado allí desde primera hora.

—Siempre he pensado en los abogados al estilo Ally McBeal.

—Cuánto daño nos ha hecho esa serie —dijo él, sonriendo.

—Hacía mucho que no te veía por aquí —empezó a decir María.

—He estado liado, ya sabes. Además venir al cementerio no es como ir a una fiesta.

—Yo vengo todos los días porque, si no, mi madre enloquecería. Ya sabes cómo era David; le hubiera dado igual que viniéramos o no. Se lo he intentado explicar, pero ya sabes cómo son las personas mayores.

—Me alegro de verte a ti cuando vengo y no a ella —comentó Javier sonriendo.

—Bueno, yo ya me iba. ¿Quedamos un día de estos?

—Claro. Cuando quieras.

Se dieron dos besos y María se fue por el mismo camino por el que él acababa de llegar.

Se sentó junto a la lápida y miró la foto. David salía sonriendo y a Javier se le escapó

una sonrisa. Había algo en aquel lugar que le hacía despejar sus pensamientos, incluso en los días en los que creía que las cosas no podían ir a peor. Después de todo, era como si David aún supiera animarle. Estaba contándole cómo le había ido el día cuando sintió la vibración de su teléfono. Laura le estaba llamando.

—¿No deberías estar trabajando? —dijo él al descolgar.

—Me he cogido libre el resto del día —contestó ella animadamente.

—No sabía que se pudiera hacer eso.

—Oficialmente estoy enferma y extraoficialmente libre para quedar con mi mejor amigo y tomarnos algo. ¿Qué me dices?

—Que eres un poco ilegal...

—¿Dónde estás?

—En el cementerio.

—¿Y qué haces ahí?

—Contándole a David cómo me ha ido la mañana en el juzgado.

—Dios, has perdido la cabeza. Sabía que llegaría el momento en el que tendría que internarte en algún centro.

—Mi terapeuta me dijo que era una práctica sana —Javier sintió la necesidad de defenderse, aun sabiendo que su amiga solo estaba bromeando.

—No seas dramático. Nos vemos en quince minutos en el puente de la Zurriola, nos tomamos algo y luego me acompañas a por la niña.

—Hecho.

Se despidió de David y salió del cementerio. Una vez fuera, se giró y miró durante unos segundos las puertas metálicas.

Empezó a andar entre las calles y a los pocos minutos llegó al sitio en el que había quedado con Laura. Su amiga no solía ser puntual nunca, por lo que Javier se sentó en un apoyadero que había junto al Kursaal y se quedó absorto mirando el paisaje. Era un espléndido día de primavera. Se superaban los veinte grados por poco y sintió la necesidad de quitarse la chaqueta al rato de estar sentado con el sol dándole de pleno. El mar estaba calmado, todo lo contrario a lo sucedido unas semanas atrás: el temporal había provocado un fuerte oleaje que se había llevado parte de la barandilla del puente que tenía al lado y había inundado varias calles de la parte vieja. Se alegraba de no vivir en la zona, aunque las calles de su barrio que estaban próximas a la playa de la Zurriola también se habían visto afectadas.

Cerró los ojos y respiró hondo. Había algo en la brisa marina que siempre le había gustado. En ese momento, alguien le puso las manos en los ojos y susurró en tono agudo:

—¿Quién soy?

—¿Santa Claus?

—Puede que cuando estaba embarazada me pareciera a Papa Noel, pero ya no soy tan barrigona —dijo Laura riéndose—. ¿Qué tal, corazón?

Se dieron un abrazo a modo de saludo y empezaron a andar, cruzando el puente en dirección al Boulevard.

—No sé qué hacer con Álvaro —empezó a decir ella cuando se pararon en un semáforo—. Creo que aún siento algo por él, pero tampoco sé si quiero estar con él.

—Qué complicado es ser adulto...

—¿Tú qué harías?

—No lo sé. No tengo un hijo en común con nadie.

—¿Qué hay de Gaizka?

—No te hagas la listilla. Me has entendido. Vuestra situación es más complicada de lo normal, porque está Uxue. Si Álvaro fuera un ex normal, no estarías planteándote nada.

—Eso es verdad —respondió Laura asintiendo—. Me encanta que seas tan sabio.

—No me vaciles o le contaré tu escarceo a todo el mundo.

—Esta información hace que seas demasiado poderoso de una forma un tanto extraña.

—Hay quien dice que la información es poder —dijo Javier riéndose.

—¿A dónde te apetece ir?

—Hay un sitio nuevo en la plaza Guipúzcoa, podemos ir a ver qué tal.

Cruzaron la carretera en dirección a la plaza. Cuando empieza a hacer bueno, las calles de San Sebastián se llenan de gente. Es una ciudad en la que el buen tiempo anima a salir a pasear y a tomar algo en alguna terraza.

La cafetería a la que iban estaba en uno de los arcos de la plaza, haciendo esquina. Fueron hasta allí y miraron el sitio desde fuera (para saber si entrar o no). Era bastante grande y la decoración de estilo industrial, bastante de moda. La barra estaba llena de bizcochos y magdalenas y tenían una gran variedad de tés y cafés para elegir.

Los dos amigos se miraron y asintieron. Nadie puede resistirse a un bizcocho casero. Entraron en la cafetería y se sentaron en una mesa que estaba junto al ventanal.

—Aquí sentado me siento un poco expuesto.

—Todos los males se pasan con un buen trozo de bizcocho.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Vas tú a pedir? —Laura dio aplausos, la mar de contenta—. Eres un auténtico galán.

—Sí —respondió Javier, sonriendo—. Marcos opina lo mismo.

—Es una pena que seas gay. Podríamos casarnos, comprarnos un perro e irnos a vivir al campo.

—¿Es el argumento de alguna peli?

—Que yo sepa no, pero no me importaría verla cuando se estrene. Yo quiero un café con leche y un trozo de ese bizcocho de chocolate que he visto que tienen.

Mientras Javier iba a pedir, Laura sacó su teléfono móvil del bolso y empezó a escribir un mensaje a Álvaro. A medida que escribía las letras, un hormigueo le recorría el cuerpo y dejó el teléfono sobre la mesa después de escribir:

«Te echo de menos».

Sintió un vuelco en el estómago y no pudo evitar pensar en su hija. No podía trastornar sus hábitos solo porque ella no supiera si quería o no volver con su padre. Cogió aire y lo soltó. Volvió a coger el teléfono y leyó el mensaje varias veces. ¿De verdad le echaba de menos? No estaba segura de nada. Su relación ya había fracasado una vez y creía que las segundas partes nunca habían sido buenas, pero una parte de ella quería intentarlo. ¿Valdría la pena arriesgarse? Miraba el mensaje y el botón para mandarlo. Se debatía entre lo que podía ser bueno para Uxue y lo que de verdad le pedía el cuerpo que hiciera. Borró el mensaje, bloqueó el móvil y lo guardó en el bolso. Compuso su mejor sonrisa para cuando Javier volviera. No quería que sospechase nada, le preguntara y ella acabara contándoselo todo.

Javier llevó las cosas a la mesa en dos viajes. Primero los dos cafés y después los dos trozos de bizcocho. Se sentó frente a su amiga y notó que algo le pasaba, pero sabía que si estaba intentando fingir que todo iba bien, lo mejor era esperar a que ella misma le contara lo que pasaba.

—¿A qué hora sale la enana del cole?

—A las cinco. Así que aún tenemos un rato para cotorrear.

—Le llevaré una bolsa de chuches.

—¡Ni hablar! —dijo Laura con rotundidad—. Que se hincha a chucherías y no merienda.

—Tú mandas...

—Perdona, es que estoy hecha un lío.

—Sí, algo he notado... —empezó a decir Javier—. ¿Qué te pasa?

—No sé qué hacer con el tema de Álvaro. Ya no tenemos veinte años para andar

probando y tenemos una hija en común.

—Puedes intentar un acercamiento sin que Uxue lo sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Que la niña no tiene por qué saber que estáis intentándolo hasta que los dos estéis seguros. Si os comportáis como hasta ahora delante de ella, no va a notar nada. Podéis dejar a la niña con los abuelos una tarde y veros, no sé...

—Me gusta la idea —dijo Laura, pensativa—. Va a ser como si fuéramos adolescentes. Ocultárselo a todo el mundo. Porque espero, por tu bien, que no se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a Marcos.

—Tienes mi palabra. Aunque se supone que no hay secretos entre nosotros.

—Si te causa mucho problema ocultárselo... —empezó a decir ella.

—No, para nada —la interrumpió él.

—Mírate, guardando secretos a tu novio. ¿Todo esto no hace que seamos poco maduros?

—Bueno, hay quien dice que los cuarenta son los nuevos veinte, así que...

—Oye guapo, que aún no hemos llegado a los cuarenta.

Terminaron el café y fueron a una tienda de chucherías que estaba cerca —después de todo, Javier iba a comprarle las chuches a la niña—. Prometió no darle las gominolas a Uxue antes de que su madre le diera el bocadillo que tenía preparado. Javier entró solo a la tienda mientras Laura atendía una llamada. Llenó una bolsa con las chucherías favoritas de la niña y fue a pagar cuando su amiga entró en la tienda.

—¿No pretenderás darle todo eso? —dijo, escandalizada.

—El deber de un tío es mimar a sus sobrinos —respondió Javier a modo de defensa.

—Es inútil discutir con un abogado, así que haz lo que quieras.

Pagó las chucherías y salieron de la tienda. El colegio al que iba Uxue estaba bastante cerca y, como hacía buen tiempo, prefirieron ir dando un paseo que coger el autobús. Iban por el paseo de La Concha hablando del tiempo que estaba pronosticado para los próximos días, de una serie que ambos veían y del estreno de una película que habían prometido ir a ver juntos.

Llegaron al Hotel Londres y giraron para ir en dirección al cole. Después de andar por varias calles, llegaron a la cuesta en la que estaba el edificio. Subieron hasta llegar a la puerta y se quedaron esperando.

—¿Siempre llegas tan pronto? —preguntó Javier, que estaba bastante cansado después de subir la cuesta a toda prisa.

—Solo hemos llegado diez minutos antes —respondió su amiga—. Yo suelo llegar un cuarto de hora antes o así. No quiero que mi niña salga y no vea a nadie.

—Pero si sale a las cinco, ¿para qué vienes a menos cuarto?

—Por si un día sale antes o algo. Además, así me escapo un poco antes del trabajo.

—Eres muy graciosa.

Laura sonrió a su amigo y miró fijamente a la puerta de entrada del colegio. A los pocos minutos de que sonara el timbre que marcaba el final de las clases, un grupo de niños salió corriendo y ella buscó con la mirada a Uxue. Su hija solía ser de los últimos en salir (algo que solía ponerla muy nerviosa, porque se imaginaba que se había perdido o la habían dejado olvidada y encerrada en alguna clase), pero ese día salió de los primeros, de la mano de una profesora y con una bolsa en la mano. Laura se acercó a su hija, la cogió en brazos y empezó a darle besos. La dejó en el suelo, se agachó y le preguntó:

—¿Por qué llevas una ropa diferente a la que te he puesto?

La niña, avergonzada, guardó silencio.

—Uxue, cariño, ¿qué llevas en la bolsa?

—Me he hecho pis.

—Bueno, no pasa nada. Lavamos lo que se haya ensuciado y listo.

Javier se acercó a la niña y la cogió en brazos. Ella le rodeó el cuello y le dio un fuerte beso en la mejilla.

—Te he traído una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Uxue, emocionada.

—Es una sorpresa —respondió Javier—. Pero para tener la sorpresa tienes que prometerme que te vas a portar bien toda la tarde.

La niña asintió, con una sonrisa dibujada en la cara, señal de que cumpliría su promesa durante el tiempo que ella considerara oportuno. Javier sacó la bolsa de chucherías y se la dio. Uxue sonrió y le dio las gracias con otro beso mientras Laura resoplaba porque su amigo le hubiera dado las chucherías antes de que se comiera la merienda.

—Guárdalas para después de merendar —dijo, convencida de que su hija le haría caso.

—Pero me ha dado el tío Javi.

—Pero yo sigo siendo la que manda. Primero el bocata y luego las chuches.

—Solo una —respondió la niña, poniendo cara de buena—. ¿Vale?

—Solo va a ser una chuche —dijo Javier, sonriendo.

—Vale —Laura cedió, aun sabiendo que se arriesgaba a que el bocadillo volviera intacto a casa.

Mientras Javier iba con la niña sobre sus hombros, preguntándole qué había hecho en el cole ese día, Laura sacó su teléfono y vio que tenía un mensaje de Álvaro. Sintió un vuelco en el estómago y lo abrió, ansiosa por saber qué ponía. Sintió que se sonrojaba y una sonrisa se le dibujó en la cara al leerlo:

«Te echo de menos».

## IX

Todas las formas en que creemos conocernos se tornan en cero en el momento en que se despierta en nosotros un sentimiento romántico. Nuria estaba encantada desde que conoció a Gorka unos días atrás. Se habían intercambiado los números de teléfono y sus conversaciones, siempre entretenidas, eran puro flirteo. Ningún hombre había mostrado ese interés por ella desde hacía mucho tiempo y era algo que le gustaba. Las últimas tres noches, después de acostar al niño, había sustituido su costumbre de leer libros por leer mensajes de Gorka. Todo parecía perfecto e ideal, hasta que él le propuso salir a cenar el viernes a la noche y sintió una presión oprimiéndole el pecho. La primera excusa que utilizó fue que estaba con el niño (se alegró mucho de que fuera una excusa totalmente cierta y válida), pero el chico le dijo que podían cenar pronto en algún restaurante de ambiente familiar, algo que a ella le provocó auténtico vértigo. La segunda excusa fue que no se sentía cómoda en restaurantes familiares (se arrepintió según lo escribió), pero él le dijo que podían cenar en el piso de ella, y entonces Nuria sintió que le pegaban en la cabeza como si fuera un tambor el día de San Sebastián.

Decidida a no dejar que sus paranoias estropearan lo que podía ser una relación seria con un hombre que realmente le gustaba, accedió a preparar la cena el viernes en su piso. El problema se acrecentó el jueves: no sabía qué cocinar. En realidad, nunca había sido muy cocinillas. Preparaba cosas básicas y cogía *tupper*s de casa de sus padres, pero le parecía un poco cutre calentar la cena en el microondas. Aterrada ante la idea de tener que servir una bolsa de patatas y una lata de refresco, llamó a Maite para pedir consejo, pero sin mencionar que la cena era para ella y un hombre.

—¿Me hablas en serio? —preguntó su amiga, a medio camino entre la sorpresa y el enfado—. Apenas uso la cocina. Si no estuviera la cafetera ahí, creo que la quitaría.

—Tienes que gastarte un dinerito comiendo y cenando fuera a diario.

—Trabajo para gastar lo que gano. Además, ¿a qué viene tanto interés por cocinar? Ponte un programa en la tele y ya está.

—Es que quería hacer algo especial.

—¿Por qué? —Maite sospechaba que su amiga no quería contarle el verdadero motivo—. Llevas años robando comida a tus padres, no entiendo a qué viene este cambio tan repentino.

—He invitado a un hombre a cenar y no quiero que piense que no sé cocinar —respondió Nuria con un hilo de voz.

—Primero —empezó a decir su amiga—, ¿desde cuándo invitas a hombres a cenar a tu casa? Y segundo, ¿por qué no vais a un restaurante?

—Intenté evitar la cena. Pero una cosa llevó a la otra y acabé diciéndole que el viernes a las nueve en mi casa.

—¿Qué pasa contigo? No se invita a un hombre a cenar. Una vez que acaba el sexo, pasas al siguiente.

—Pero yo no quiero que haya siguientes. Me apetece conocer a Gorka.

—Así que el cachorrito se llama Gorka.

—Ya sé que tú no eres partidaria de las relaciones, pero creo que el chico merece la pena.

—Eso mismo me dijiste de Marcos y mira.

Colgó la llamada sintiéndose extraña consigo misma. ¿Era una buena idea intentar empezar algo serio con alguien con quien se había acostado la primera noche? Nunca se había considerado una desesperada, pero aquello sonaba bastante a desesperación. Se llevó las manos a la cabeza y cogió aire. Empezó a pensar en cuál podía ser su mejor opción. Quería parecer refinada pero sin exagerar (no quería dar la

sensación de estar forzando la situación), pero se sentía frustrada. Tantas horas viendo programas de cocina no servían para nada.

Se sentó en el sofá y miró la hora en un reloj que colgaba de la pared. Eran casi las once de la noche, la cena era al día siguiente y no sabía qué hacer. Se levantó y recorrió el salón de un lado a otro varias veces, intentando dar con la solución a su problema, pero seguía sin saber qué hacer.

Apagó la luz de la sala y fue hacia su cuarto. Se tumbó sobre la cama, completamente a oscuras, y cerró los ojos, en un intento de dejar de pensar en el tema. Según una teoría de Nekane, la solución a los problemas llega cuando uno menos se lo espera. Pero fingir que no se está pensando en algo no es necesariamente válido.

Intentó dormirse sin demasiado éxito. Daba vueltas de un lado a otro de la cama, cambiaba de postura e intentaba relajar su respiración al máximo, pero nada daba resultado. Estuvo mirando el despertador que tenía sobre la mesilla cada pocos minutos hasta las dos y media de la mañana. Cuando consiguió conciliar el sueño, una sonrisa se le dibujó en la cara, pero no sabía que la mañana siguiente iba a borrarla de un plumazo.

Alguien golpeaba algo con fuerza. Primero lo oía lejos, pero poco a poco fue acercándose, hasta tenerlo (fuera lo que fuese) pegado a la oreja. Entreabrió los ojos y se giró para consultar la hora: eran casi las ocho de la mañana y estaban aporreando la puerta de su casa. Dio un fuerte grito, saltó para salir de la cama, sin darse cuenta de que tenía las sábanas enrolladas al cuerpo, y se cayó al suelo, dándose un fuerte golpe que le dolería durante varios días.

Salió de la habitación maldiciendo y fue directa a abrir la puerta. Al abrirla se encontró a Nekane muy seria. Llevaba un sombrero verde, el pelo recogido en dos coletas, una a cada lado de la cabeza, y un vestido azul con estampado floral.

—Gracias a Dios que has venido —dijo Nuria, nada más verla—. Ve levantando a Gaizka mientras me adecento un poco, por favor.

Nekane fue corriendo a la habitación del niño y lo despertó aplaudiendo con energía. Él se levantó y fue corriendo a dar un beso de buenos días a su tía. Ella le dijo que se vistiera, sin decirle qué ropa ponerse, y fue a prepararle algo para que desayunara o, en su defecto, que pudiera comer de camino al cole.

Nuria salió del baño lo más presentable que fue capaz de ponerse. Se recogió el pelo en una coleta y se puso unos vaqueros, una camisa y una americana. Fue a la cocina y se encontró con Nekane bailando al ritmo de una canción que estaba tarareando.

—¿Desde cuándo eres tan dormilona? —preguntó sin dejar de bailar.

—He dormido poco —Nuria no quería darle más detalles.

—Me ocultas algo, puedo olerlo.

—¿Cómo que puedes olerlo?

—Sí. Es un don que tengo, oler secretos. Y el tuyo huele a chamusquina, lo que significa que te has acostado con un hombre o que has matado a tu suegro.

—Ni una cosa ni la otra. Además, ya sabes que no tengo secretos.

—¡Y ahora mientes!

—¡Al cole! —gritó Gaizka, que entró corriendo en la cocina.

Nuria miró a su hijo y no pudo evitar llevarse una mano a la boca. Llevaba puesto un traje de carnaval, de Spiderman, y una gorra con un dibujo animado impreso.

—¡Qué guapo está mi niño! —exclamó Nekane, emocionada.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Se lo regalé yo hace poco. Nunca se lo había visto puesto.

—Se lo ha puesto muchas veces —Nuria mintió para no herir los sentimientos de su amiga—. Igual no has coincidido cuando lo llevaba.

—Le queda genial. Yo creo que los niños también tienen que ir a la moda, igual que nosotras. Aunque tú no tengas mucho gusto.

—¿Qué?

—No te ofendas, pero no tienes buen ojo para la ropa. Aunque no pasa nada, en esta vida no se puede ser bueno en todo.

—Una suerte que tú vayas a la última —dijo Nuria, con toda la ironía de la que fue capaz.

—¡Lo sé! —respondió su amiga con alegría.

Salieron de casa corriendo. Gaizka se comió una pieza de fruta y alguna galleta de camino al colegio, y Nuria se quedó tranquila al haber conseguido que su hijo no llegara tarde. Se despidió de él y empezó a andar con Nekane. Su amiga le hablaba de un libro que acababa de leer y le había fascinado, y ella estaba oyendo pero no escuchando. Seguía preocupada por la cena de esa noche (bastante más que la noche anterior), y daba vueltas a la forma en la que quedar lo mejor posible, dentro del predecible desastre. Imaginando que Nekane le daría un buen consejo, preguntó:

—¿Tú que le harías a un hombre para cenar?

—Muslo y pechuga —respondió Nekane con picardía—. Y si hablamos de postre...

—Para, para. Hablo de comida de verdad.

—¿A quién vas a hacerle la cena?

—A un chico que he conocido hace poco. Me interesa bastante y quiero que la cena sea perfecta.

—¿Eso no sería injusto?

—¿Qué quieres decir?

—Tienes muchas habilidades, pero cocinar no es una de ellas. Todavía recuerdo el día en que intentaste envenenarme.

—¡Nunca he intentado envenenarte!

—Lo siento, pero cuesta creer que alguien prepare algo tan malo sin motivos.

—Bueno, ¿tú qué harías?

—Llevarle a un restaurante.

—Pero ya le he dicho que no quiero ir a un restaurante.

—¿En qué estabas pensando? Si eres tú la que cocina, acabará denunciándote por intento de asesinato. Aunque si eso pasa, no te preocupes. Seguro que Javi te defiende en el juzgado.

—Eres el ánimo personificado.

—¡Gracias!

Entraron en el bar al que iban todas las mañanas y se sentaron en una de las mesas. Nekane saludó al camarero y pidió dos cafés con leche (no se molestó en preguntar a su amiga qué le apetecía tomar) y Nuria empezó a ojear el periódico. En la sección de cultura había un apartado dedicado a una exposición que iba a tener lugar en una galería de arte de la parte vieja. Había una foto pequeña decorando el artículo, se fijó en ella y distinguió a Gorka. No pudo evitar sonreír.

—¿Qué estás mirando con esa sonrisita? —preguntó Nekane, mientras dejaba los cafés sobre la mesa.

—Este es el chico con el que voy a cenar hoy —respondió Nuria señalando la foto.

—Así que te has dado un caprichito, ¿eh?

—Sigo sin saber qué hacer con la cena.

—Ve a casa de tu madre, coges algo y lo metes en alguna cazuela. Ya tendrá tiempo de descubrir que eres una cocinera francamente mala si llegáis a ser pareja.

—No sé si darte las gracias o echarme a llorar.

—Siempre puedes pedirle que cocine él.

—¿No estaría un poco fuera de lugar?

—Tampoco me parece para tanto, si al final vais a echar un polvo cocine él o no.

A Nuria se le escapó una risita nerviosa. No sabía si se acostaría con Gorka aquella noche, pero la idea de hacerlo le gustaba. Al fin y al cabo, ya se habían acostado y no

se acordaba, por lo que sería como la primera vez. Acabaron de tomarse el café y se despidieron en la puerta del bar. De camino al trabajo, Nuria se sentía eufórica. Tenía una presión en el pecho que no sabía si liberar cantando, saltando o haciendo ambas cosas. Se sentía tan contenta, tan bien consigo misma, que todo lo malo parecía quedar muy lejos.

## X

El mundo nunca deja de girar. Cuando anochece en un sitio, en otro está amaneciendo y cuando un corazón está rompiéndose en mil pedazos, en algún lugar hay otro que se siente vivo por primera vez en mucho tiempo.

Mientras Nuria experimentaba la alegría de volver a sentir la ilusión de conocer a alguien, Marcos estaba cada vez más confuso sobre el momento y lugar más adecuados para pedirle a Javier que se casara con él. Pasaban por su cabeza retazos de la vida que imaginaba que tendría con el hombre de su vida. Había pensado mil veces cómo se lo diría y lo había ensayado otras tantas frente al espejo. No podía evitar pensar en todas las ocasiones en las que hubiera sido muy fácil pedirle a su pareja que se casara con él. Al fin y al cabo, estaba casi seguro de que diría que sí. Prefería no pensar en el posible rechazo.

—¿En qué piensas? —había preguntado Javier en un susurro casi inaudible.

—Nada en concreto —mintió Marcos. Llevaban un par de meses quedando y empezaba a sentir que estaba enamorado del chico.

—No tienes pinta de no estar pensando en nada.

—Si te lo digo, igual quieres dejar de verme.

—Te arriesgas a eso aunque no me lo digas —Javier sonrió, se acercó a él y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Así que ánimo, y cuéntamelo.

—Creo que me estoy enamorado de ti —empezó a decir Marcos—. Si no es que lo estoy ya del todo. Y me asusta, porque nunca me he sentido así con nadie y no creo que sea capaz de soportar que me rechaces.

Javier se acercó a él, le dio un fuerte beso en los labios y le abrazó.

Qué bonito le resultaba recordar sus buenos momentos cuando estaba abrumado por la situación. Muchas personas no se agobian por ese tipo de cosas, pero para Marcos que Javier dijera que sí sería conseguir todo lo que quería.

Alex caminaba hacia el centro de San Sebastián vestida solo con un vaquero y una camiseta de tirantes. Aprovechaba los tímidos rayos de sol primaverales para lucir su ropa (y también palmito). Llevaba unas gafas de sol azules a juego con la camiseta y andaba con paso decidido. Había quedado con Marcos después del trabajo para tomar algo y hablar de la declaración que parecía que no llegaba nunca.

Cuando conoció a Javier se había quedado encantada. Le parecía simpático, inteligente y guapo, la mezcla que cualquier mujer querría para sí, por lo que le parecía perfecto para su amigo. Pero no podía evitar pensar en qué pasaría si decía que no. Estaba claro que ninguna pareja era capaz de sobrevivir a algo así y no le gustaría ver a Marcos pasar por eso.

Llevaba un par de años sin pareja. Su último novio, Mario, un chico al que había conocido cuando Marcos fue infiel y después dejó embarazada a Nuria, y ella habían decidido terminar su relación, porque Alex quería formar familia y él prefería centrarse en su trabajo. Todo lo que ella no dijo cuando las cosas empezaron a ir mal salió por sí solo el día en que decidieron romper. Todos los vecinos se enteraron hasta del más mínimo detalle de la discusión, y alguna señora incluso se atrevió a meterse e insultar a su ex, algo que a ella le gustó, aunque nunca lo reconoció.

Se encontró con Marcos junto a la entrada de la catedral del Buen Pastor. Se saludaron con un efusivo abrazo y fueron a un bar cercano.

—Voy a volverme loco —empezó a decirle su amigo—. Cada vez que he intentado

pedírselo me he quedado mudo.

—Puedes preguntárselo por mail.

—¿Me estás vacilando?

—Sí —Alex sonrió—. Yo no puedo ayudarte a pedirle que se case contigo.

—Le quiero.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué me cuesta tanto?

—Miedo al rechazo, supongo. Aunque dudo mucho que Javi vaya a decir que no, está claro que os queréis y hacéis buena pareja. Da un poco de asco veros juntos.

—Gracias, creo.

—Tienes que hacerlo fácil y rápido. Cuando vayas a casa le plantas el anillo en un dedo y se acabó.

—Haces que suene muy fácil —dijo Marcos con tono teatral—. Pero luego me temblarán hasta las piernas.

—No sé, estás pensando en la forma más original de pedírselo, pero yo creo que la forma más sencilla es la más sincera. A mí no me gusta la parafernalia, me suena a falso.

—¿Desde cuando eres tan cínica?

Alex sonrió y fue a la barra a pedir, mientras su amigo se quedó en una mesa, con la mirada perdida por el bar.

En realidad, lo único que podía recomendar a Marcos era hacerlo como a ella le hubiera gustado que se le declararan, pero cada persona es un mundo y no sabía cuál podría ser la mejor manera de pedírselo a Javier.

Pidió dos cañas y esperó a que el camarero las sirviera. Había momentos en los que echaba de menos tener pareja y otros en los que se decía que la vida no es un cuento y que las cosas no tienen por qué acabar en un «felices para siempre» para todo el mundo. Se sentía feliz, eso era indudable, pero había noches en las que añoraba tener a alguien a quien llamar «alma gemela» abrazado a ella. Hay una edad en la que todo el entorno se empareja y nos quedamos mirando alrededor, buscando a la media mitad que parece haber huido de nosotros. Desde luego, Alex nunca lo reconocería, pero una parte de ella esperaba conocer a alguien al estilo de las comedias románticas, aunque se decía que esas cosas solo pasan en el cine.

Cogió las dos cervezas y fue a la mesa sonriendo. Se sentó frente a su amigo y dijo:

—Pídeselo como te gustaría que te lo pidiera él a ti.

—No sé —empezó a decir Marcos—. Nunca he imaginado que nadie me pidiera en matrimonio.

—Pues entonces tendrás que pensar.

—Se me ha ocurrido una posible solución.

—¿Cuál? —quiso saber Alex—. Mientras no estés pensando en ir donde una vidente o algo así...

—No exactamente —Marcos hizo pucheros a su amiga.

—No pienso pedírselo yo.

—Había pensado que podías hablar con Laura y preguntarle qué opina ella.

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

—Porque me da vergüenza y tú te llevas bien con ella. Además, puedes sacar el tema sin decirle que voy a pedírselo de verdad. Solo pregúntale cómo cree que le gustaría a Javi que se le declarasen.

—Eres muy retorcido.

—Lo que soy es un tonto enamorado.

—Y a veces solo un tonto —respondió Alex sonriendo—. Haré lo que pueda, pero si Laura me sonsaca algo, no me hago responsable.

Marcos sonrió, triunfante.

Si hay algo capaz de sacar lo mejor de una persona es, sin duda, la presencia de un niño. Javier conoció a Gaizka cuando tenía poco más de un año, después de que su padre y él hubieran hablado sobre ser pareja oficialmente, una conversación que prácticamente fue un monólogo de Marcos haciendo una lista de pros y contras de ser su novio.

Quería a Marcos, de eso no tenía ninguna duda. Pero no estaba seguro de ser capaz de volver a pasar por lo que le había tocado vivir. Tomó aire y respondió a su novio con un fuerte y apasionado beso en los labios.

Podía oír en su mente los consejos de Laura, que siempre le decía que la vida es un continuo juego en el que arriesgar, para bien o para mal. Esa filosofía le había llevado a conocer a un chico encantador y a enamorarse de nuevo, aunque el recuerdo de su vida con David nunca se borraría.

Cuando cogió a Gaizka en brazos por primera vez, sintió algo que no podía expresar con palabras. Un vuelco en el estómago que le provocó una amplia sonrisa. Cogió al niño en brazos y le hizo carantoñas. El pequeño, que no era especialmente simpático con la gente, reaccionó de forma positiva y le devolvió una risa, una de esas risitas de bebé que despiertan lo mejor de nosotros.

—No suele reírse con gente que no conoce —comentó Marcos, extrañado al ver a su hijo riéndole las gracias.

—Eso es todo un halago —respondió Javier—. Siempre se me han dado bien los niños.

—¿Alguna vez has pensado en tener uno?

—Creo que no sabría cómo encargar uno.

—Hablo en serio. ¿Nunca lo has pensado?

—Sí. Estuvo entre mis planes una vez.

—Entiendo —dijo Marcos, cabizbajo. Sentía que había metido la pata con su pregunta.

—Pero los planes cambian —empezó a decir Javier—. Creo que todo depende del momento. Hay un tiempo para cada cosa.

Marcos se acercó a su pareja y lo abrazó con cariño. Estaba seguro de haber encontrado a su alma gemela. La imagen de su novio sosteniendo al niño era indescriptible. Sentía un sinfín de sensaciones recorriéndole el cuerpo. ¿Eso era el amor, algo que no se podía explicar con palabras? Después de todo lo que había pasado en su vida, parecía que las cosas volvían a estar encauzadas y sentía vértigo al pensar que en cualquier momento todo podía venirse abajo.

—¿Hay alguien ahí? —Alex aplaudía delante de su cara y volvió al presente.

—Sí, sí —respondió apresuradamente—. Es que me he quedado un poco traspuesto.

—¿En qué estabas pensando?

—Javi.

—Deja de darle tantas vueltas. Hazme caso, lo más fácil es que se lo pidas cuando llegues a casa.

—¿Hablarás con Laura?

—¿Escuchas algo de lo que digo?

—Quiero que sea algo especial, prométeme que hablarás con ella.

—Lo prometo —dijo Alex solemnemente—. Pero creo que el hecho de que se lo pidas es suficientemente especial.

—¿Cuándo quedarás con ella? —preguntó él, ansioso.

—¿Tienes mucha prisa?

—Un poco...

—¿No esperarás que la llame ahora, no?

Marcos no respondió. Se limitó a mirar a su amiga y sonreír pícaramente. Era una suerte que su mejor amiga se llevara bien con la mejor amiga de Javier. Especialmente

en una ocasión así. Aunque no estaba seguro de si Laura aguantaría mucho tiempo sin contárselo a alguien cuando se enterase de sus planes, valía la pena arriesgarse. Si alguien conocía a Javier era ella.

Alex cogió el teléfono y salió del bar. Buscó el número de Laura entre sus contactos y pulsó la tecla de llamada.

—¡Hola Alex! —respondió la chica con alegría—. ¿Qué tal?

—Bien —contestó ella apresuradamente—. Estaba pensando que podíamos quedar un día de estos y nos tomamos un café o vamos a merendar a algún sitio. ¿Qué me dices?

—¡Perfecto! —dijo Laura, emocionada—. Pasado mañana Álvaro recoge a la niña del cole, ¿te viene bien? Podemos ir al sitio ese donde hacen tortitas.

—¡Claro!

Después de colgar, entró en el bar y fue hasta su amigo con seriedad. No le gustaban ese tipo de cosas y si Marcos no fuera tan importante para ella se hubiera negado. Pero, después de todo, cuando se puede ayudar a alguien a quien se quiere, ¿cómo negarse?

Se sentó frente a él y no dijo ni una sola palabra, para provocarle toda la inquietud que fuera posible. Dio un trago lento a su cerveza, que se había calentado y no sabía demasiado bien, puso una pierna sobre la otra y dijo:

—Hemos quedado pasado mañana.

—Me tenías en ascuas —protestó su amigo.

—Me parece una vergüenza que andemos como quinceañeros.

—Gracias —Marcos le dio un fuerte beso en la mejilla—. Te debo una.

—Y grande.

No hay nada como las sensaciones que provoca en nosotros el amor cuando está empezando. Las primeras conversaciones, en las que todo es nuevo e interesante, los primeros besos, que saben mejor que cualquier anterior y las primeras mañanas en las que nos despertamos junto a esa persona que puede significar mucho en nuestra vida, son cosas irrepetibles e irremplazables.

Después de todo lo que le había tocado vivir, Nuria estaba emocionada por lo bien que iban las cosas con Gorka. Era pronto para saber lo que sentía por el chico, pero Nekane le había dicho que cuando se despertaba feliz por las mañanas, era una buena señal.

Aún no había llegado el momento de hablar sobre en qué punto estaban (una conversación que ninguno de los dos tenía ganas de tener), pero los dos sentían mariposas en el estómago cuando estaban juntos.

Parecía que, después de todo, el universo había decidido regalar a Nuria un bombón tras haber tenido una época bastante amarga en el amor.

Un día soleado ayuda al estado de ánimo. A poco más de una hora para salir del trabajo, Nuria no podía dejar de mirar por la ventana. Hacía un día espléndido y había quedado para cenar con Gorka. El plan era comer algo rápido e ir al cine. Gaizka iba a pasar la noche con su padre y tenía la casa para ella sola, por lo que después de la película invitaría a su cita a tomar algo, y lo que surgiera.

Se había arreglado más de lo habitual para ir a trabajar, aunque nada excesivo, para evitar que le hicieran preguntas, y llevaba en el bolso un kit de maquillaje para emergencias, que usaría antes de salir. Quería estar y sentirse guapa. Al fin y al cabo, no hay nada mejor que la sensación de seguridad en uno mismo, y sentirse guapo ayuda a sentirse seguro.

Su teléfono empezó a vibrar. Miró la pantalla y vio que era Maite quien la llamaba.

—Dime que has cancelado tu cita con el pipiolo —dijo su amiga a modo de saludo.

—Podría decírtelo... —empezó a decir Nuria.

—¿Por qué todo el mundo tiene que emparejarse?

—Yo no estoy emparejada, solo estoy conociendo a un hombre. Además, no me parece mucho pedir que te alegres por mí.

—Me alegro —contestó Maite con voz triste—. Pero me gustaba que las dos estuviéramos solteras. Se van a acabar nuestras noches de fiesta cuando seas la novia de alguien.

—Eso no es verdad.

—Tener pareja está sobrevalorado. Dame una sola razón por la que merezca la pena. Que no sea no morir sola, que la verdad que me hace pensar en ello.

—¿No te gustaría tener a alguien que se preocupe por ti?

—Te tengo a ti.

—Sabes que no es lo mismo.

—Solo espero que este sea mejor que Marcos.

Maite colgó la llamada y metió el móvil en el bolso. Salió de la cafetería en la que había pasado un par de horas disfrutando de un café y leyendo el periódico. Estaba cerca del puerto y empezó a caminar hacia allí. Mirara donde mirase, lo único que veía eran parejas. Se rio al ver a un par de adolescentes agarrados de la mano. Tarde o temprano acabarían con el corazón roto, algo que a ella no iba a pasarle.

Siguió andando, sintiéndose superior a los demás. Ella estaba por encima de esas cosas. No necesitaba a nadie en su vida, ni siquiera quería comprarse una mascota

que le hiciera compañía. Era una mujer fuerte y segura de sí misma y no necesitaba que otra persona lo confirmara.

Odiaba lo que una pareja representaba. Creía que donde otros veían amor, solo había dependencia. La mejor decisión que había tomado en su vida era la de ir de flor en flor. Intentaba no repetir con ninguno —ya que había oído que eso puede crear lazos emocionales— y procuraba que después de terminar la dejaran sola. Sí, ese era el tipo de relación que había decidido tener con los hombres. Pero nunca hablaba del motivo que la había llevado a pensar de esa manera.

Justo antes de empezar la universidad y de conocer a Nuria había pasado por una ruptura que le rompió el corazón en mil pedazos. Un chico con el que había salido durante dos años rompió con ella el día antes de empezar la selectividad para irse con otra (después se enteró de que había estado con las dos durante un tiempo). Y fue justo entonces cuando algo cambió en su interior. Formó una coraza alrededor de su corazón para evitar que nadie volviera a hacerle sufrir.

Después de eso, había flaqueado en un par de ocasiones. Dos chicos consiguieron hacerle pensar que, quizás, no todos los hombres eran iguales, pero todo se desmoronó cuando los vio tonteando con otras. Sí, se había cerrado a la idea del amor y se decía a sí misma que estaba justificado, que sus ideas estaban cimentadas sobre hechos irrefutables y que no había posibilidad de que nadie le hiciera cambiar de parecer.

Hay quien piensa en el amor como algo malo y quien lo ve como algo maravilloso. Nekane nunca había sido especialmente romántica, pero tenía su peculiar forma de ver, sentir y disfrutar de una relación de pareja.

Creía que todo el mundo tiene algo que aportarnos y no podía esperar conseguirlo todo de un solo hombre, por lo que rompía con ellos cuando sentía que la relación se había estancado. Era una creyente del amor verdadero y sabía que en algún momento aparecería alguien que acabaría sus días con ella, arrojándola en el porche de su casa, en alguna isla donde la temperatura media se mantuviera en veintitrés grados durante todo el año.

Aquella tarde había salido a dar un paseo. No tenía que trabajar y decidió aprovechar el día al máximo. Puso el despertador a las nueve de la mañana, con la intención de levantarse y hacer mil cosas, pero lo apagó cuando empezó a sonar y terminó levantándose casi a las dos del mediodía. Pero no le preocupaba. Sabía que en esta vida todo pasa por alguna razón. Había leído en un libro que nada es casualidad, por lo que si había salido de la cama a esa hora, el universo lo habría decidido por algo. Y ella no iba a discutir con el cosmos.

Después de comer, subió al monte Urgull y se tumbó sobre el césped en la batería de las damas. Con la mirada perdida en la bahía de La Concha, se quedó dormida y disfrutó de un par de horas de, según pensaba ella, merecida siesta. Entreabrió los ojos y vio a un grupo de gaviotas sobrevolando el lugar. Sonrió y se incorporó. Fue hacia uno de los cañones, se sentó encima y siguió contemplando el paisaje. No tardaría en atardecer y pensó quedarse allí a disfrutar del cielo anaranjado que tanto le gustaba. Se abrazó al cañón y pensó en tres deseos que pedir antes del ocaso. Sabía que, cuando se pide de corazón, la madre naturaleza nos escucha y atiende nuestras plegarias, especialmente durante el crepúsculo. Respiró hondo y sonrió, esperando que sus deseos se hicieran realidad.

Mientras Nekane disfrutaba del paisaje, Nuria lo hacía de Gorka. Durante sus primeras citas les había costado unos minutos romper el hielo, pero cada vez se sentía más cómoda y natural. Tal como había planeado, se maquilló en el baño de la oficina y se encontró con su cita en el portal. No pudo evitar la gran sonrisa que se dibujó en su

cara al ver al chico esperándola.

Por primera vez, se saludaron con un beso en los labios. Empezaron a andar hacia el centro, contándose qué tal había ido el día y, de pronto, sin que Nuria lo esperase, él agarró su mano. La mezcla de sensaciones que llenaron su pecho en ese momento era indescriptible. Nerviosismo, pánico y vértigo, mezclados con una buena cantidad de positividad. Se pararon en un semáforo y se miraron. Ella se perdió en sus ojos verdes y él no podía dejar de pensar en lo perfecta que era la mujer con la que había empezado a salir.

—Estás muy guapa —dijo con suavidad.

—Gracias —respondió Nuria con timidez—. Tú también.

—¿Qué he hecho para merecer una novia tan perfecta?

En ese instante, al escuchar la palabra «novia» salir de los labios de Gorka, Nuria volvió a sentir pánico y vértigo. La única respuesta que se le ocurrió para salir del paso fue una sonrisa medio forzada, pero creíble, y mirar al frente, fingiendo esperar a que el semáforo se pusiera verde. Fue el rato más largo que había pasado nunca una persona mirando las luces de un semáforo, pero era mejor concentrarse en ese verde que en el de los ojos de su, al parecer, nuevo novio.

Entraron en un bar. Era bastante grande. Junto a la entrada, en el lado izquierdo, estaba la barra y al fondo un pequeño comedor con varias mesas de madera cubiertas con manteles negros. Le dijeron a una camarera que eran dos para cenar y ella les llevó hasta una de las mesas. Volvió a los pocos segundos con dos cartas, y Gorka pidió una botella de vino blanco.

Concentrada en la palabra «novia», Nuria era incapaz de pensar en nada más. Necesitaba hablar con alguien del tema cuanto antes. Pensó en Maite, pero no sabía si era la mejor elección para ese momento. Sacó el móvil del bolso, miró a Gorka y dijo:

—Me llaman del trabajo. Enseguida vuelvo.

Salió a la calle y estaba a punto de llamar a Maite cuando se le ocurrió que, quizás, sería mejor comentar aquello con Nekane. Buscó su número en la agenda y cuando iba a pulsar la tecla de llamada, se dio cuenta de que su amiga iba a darle una versión más dulcorada de lo que necesitaba.

Se llevó las manos a la cabeza, respiró hondo y decidió hacer una llamada a tres. El primer número que marcó fue el de Nekane.

—¡Hola Nuria! —respondió su amiga con alegría.

—Espera un segundo, que voy a llamar también a Maite.

—¿Al mismo tiempo? Qué moderno es tu teléfono.

—¿Diga? —dijo Maite, que contestó sin mirar quién la estaba llamando.

—Bien —empezó a decir Nuria—. Ahora que os tengo a las dos, necesito contaros algo. Gorka me ha llamado novia.

—¿Qué? —chillaron sus dos amigas a la vez, aunque por motivos muy distintos.

—¡Es genial! —dijo Nekane.

—¡Está loco! —gritó Maite.

—Vamos, no seas tan cínica. Seguro que Cupido les ha lanzado su flecha y serán felices para siempre.

—Puede que no haya sido Cupido, sino un enano volador normal y corriente —respondió Maite.

—¿Qué enano? —preguntó Nekane con mucha curiosidad.

—No sé, alguno que haya pasado por ahí.

—Me parece que te lo estás inventando.

—Esto es serio —intervino Nuria—. Le he dejado solo con las cartas.

—¿Y qué le has dicho cuando te has ido? —quiso saber Nekane.

—Que me llamaban del trabajo.

—Una clara señal de que no quieres ser su novia —comentó Maite.

—No hagas ni caso a lo que te diga esta, que es una cínica.  
—Nena —empezó a decir Maite—, siempre he dicho que la mejor pareja es un vibrador.  
—Un vibrador no te despierta por las mañanas con un beso —respondió Nekane.  
—El mío sí.  
—¿De verdad? ¿Dónde lo has comprado?  
—No sois de mucha ayuda.  
—Vuelve con él y deja de pensar en lo de ser novios —propuso Nekane—. Disfrútalo y, si no te gusta, pues a otra cosa.  
—Estoy de acuerdo —dijo Maite.  
—Gracias —respondió Nuria, más calmada pero igual de confusa—. Mañana os cuento.  
Colgó la llamada y entró al bar. Fue hasta la mesa en la que estaba Gorka esperando y se sentó sonriente. Él sirvió dos copas de vino y brindaron.

Después de hablar con sus amigas, Nekane se paró a pensar en la posibilidad de que Nuria encontrase a su media naranja. Se alegraba de que su amiga tuviera la posibilidad de ser feliz. Después de todo, nadie se lo merecía más que ella. Pero no podía evitar sentirse un poco celosa.

Sabía que su forma de ver las relaciones era totalmente distinta a lo convencional, pero de vez en cuando se preguntaba si existía algún hombre maravilloso que pudiera acompañarla en su día a día. Empezó a sentirse un poco triste, pero eso cambió en cuanto el cielo empezó a teñirse de rosa. Sonrió y volvió a pedir sus tres deseos, con la esperanza de que se hicieran realidad.

Por su parte, Maite colgó la llamada y entró en un bar donde hacían unos cócteles buenísimos. Por suerte para ella, el camarero estaba igual de bueno que las bebidas. Pidió un mojito, se sentó en un banco junto a la barra y sonrió al chico, que le devolvió el gesto.

Hay muchas cosas que pueden hacernos sonreír. Un bonito atardecer, una buena nota en un examen o una persona que ha conseguido cautivarnos. Sí, hay muchos motivos por los que dibujar una sonrisa en la cara, aunque haya momentos en los que no parezcamos saberlo.

Hay quien cuenta momentos felices con los dedos de una mano, incluso quien se atrevería a decir que no ha sido feliz durante mucho tiempo, tanto que ni se acuerda, pero siempre hay un segundo de felicidad. Un momento único e irrepetible en el que nos sentimos bien con nosotros mismos o lo que nos rodea e, inevitablemente, sonreímos.

Entre las cosas que más felices pueden hacernos está ayudar a las personas que queremos. Es difícil decir que no a un amigo, especialmente si te pide que descubras cómo le gustaría a su pareja que se le declaren.

Las emociones de Alex en relación al favor que Marcos le había pedido no habían sido nada constantes. Primero se sintió contenta por ayudar a su amigo, después se sintió como una entrometida y, un par de horas antes de estar con Laura, sentía pánico por no estar segura de saber llevar la situación.

¿Cómo sonsacar a la mejor amiga del novio de tu mejor amigo cuál sería su proposición perfecta? Se sentía un poco tonta al verse en semejante situación, especialmente sabiendo que Laura no estaba al corriente de las intenciones de Marcos y si se iba de la lengua Javier acabaría sabiéndolo antes de que se lo pidieran (algo que a ella no le haría nada feliz).

Si hay una práctica que los donostiarras llevan a cabo cada vez que empieza a hacer calor, es caminar por el paseo de La Concha y sentarse en una terraza para aprovechar los rayos del sol, ya que nunca se sabe cuánto tiempo van a durar. Alex, como buena ciudadana, estaba paseando por la playa. Se descalzó antes de pisar la arena y no se acercó mucho a la orilla para evitar humedecerse los pies.

Aquella era una sensación difícil de expresar con palabras. La brisa rozándole la cara y el cosquilleo de la arena entre los dedos la hacían sentirse feliz. Hay pequeñas cosas que pueden llenar más que muchas grandes y aquel paseo era una de ellas. Pero lo que ella no podía sospechar era que la sensación de felicidad iba a durarle poco.

En otro lado de la ciudad, Laura estaba a punto de entrar al parque Cristina Enea. Era la forma más rápida de llegar al centro y era muy probable que, aun así, llegara tarde. Nunca había sido puntual, pero desde que tuvo a Uxue su impuntualidad se había convertido en su seña de identidad. No era algo que hiciera a propósito, pero siempre acababa llegando más de un cuarto de hora tarde, algo que sus amigos acabaron pasando por alto.

Atravesó el parque por la zona en la que estaban los pavos reales. Desde que era pequeña le había gustado pasar por allí.

Sacó el teléfono y marcó el número de Javier.

—¡Hola! —respondió su amigo—. ¿No deberías estar trabajando?

—En un mundo ideal, yo sería rica y tú heterosexual, pero ya ves cómo estamos.

—Dejaré a Marcos si me prometes estar a mi lado.

—Con una condición —empezó a decir ella con tono solemne—. Tres veces por semana.

—Eres el sueño de cualquier hombre.

—Lo sé. El problema es que ellos no parecen haberse enterado.

—Los demandaré a todos, así te harás rica.  
—¡Sí! —gritó Laura, eufórica—. Así me dedicaré a pasear por Cristina Enea.  
—Sabía que estabas ahí.  
—Acabo de pasar junto a los pavos. Uno de ellos me ha mirado con mala cara.  
—No sabía que se podía distinguir una cara buena de una mala en los pavos.  
—Me lo enseñó mi hija.  
—Uxue es una gran fuente de sabiduría —dijo él con una risita.  
—He quedado en un rato con Alex, por si te apetece venir.  
—¿A dónde iréis?  
—Yo quiero ir a comer tortitas a ese sitio que tanto le gusta. Desde que nos lo enseñó solo pienso en merendar allí, pero hay que mantener la línea.  
—Cuando salga de trabajar me paso un rato.  
—Te guardaré una tortita.  
Colgó la llamada y siguió andando por el camino de piedra. A su alrededor, los árboles estaban espléndidos y las plantas floreciendo. Era como si la primavera estuviera encerrada en el parque, en cada uno de sus rincones. El olor de las flores llenaba el ambiente. Laura respiró hondo, para deleitarse con el aroma, y espiró. Sonrió y agradeció no ser alérgica al polen.  
Atravesó la puerta metálica que ponía fin a Cristina Enea y caminó recto. El sitio en el que había quedado con Alex no estaba muy lejos, pero ella ya llegaba tarde.  
Tardó varios minutos en llegar a la cafetería. Era bastante grande y la cristalera permitía verlo todo desde fuera. En una de las esquinas había una chimenea y dos sofás frente a ella. Junto a la entrada, un gran surtido de dulces llenaba la barra y frente a ella había varias mesas vacías.  
Le extrañó que su amiga no hubiera llegado. Miró el reloj y vio que habían pasado veinte minutos de la hora a la que habían quedado y se preocupó. Empezó a pensar que Alex se había cabreado con ella por ser incapaz de llegar a tiempo y sacó el teléfono para llamarla cuando la vio acercándose con expresión de enfado.  
—¿Qué te pasa? —le preguntó cuando la tuvo al lado.  
—Estaba paseando por La Concha... —empezó a decir Alex.  
—¿Y has salido cabreada de la playa?  
—Me he encontrado con mi ex.  
—Vaya...  
—Con mi ex, su novia y su perro. La gran familia feliz.  
—No hay nada como un Colacao con tortitas para alegrar una mala tarde.  
—Necesito un lingotazo.  
—No creo que emborracharte entre semana sea la mejor idea que has tenido. Además, seguro que les va fatal y se han comprado el perro como un parche. En dos semanas lo dejarán y lucharán por la custodia del chucho.  
—No tenían pinta de estar mal —Alex la miró haciéndole pucheros.  
—Deberían encerrar a los ex en la isla Santa Clara. Así estarían controlados.  
—Entonces nosotras también estaríamos allí.  
—¿Por qué?  
—Porque somos ex de alguien.  
—Pero somos la parte buena de la ruptura. Además, como ha sido idea mía, mis ex estarían encerrados y yo paseando por la ciudad tan contenta.  
—¿Por qué no se muda? —dijo Alex, exagerando su enfado—. Yo estaba aquí primero.  
—¿Eres más vieja que él? —preguntó Laura con curiosidad.  
—Es una frase hecha. Pero es verdad. A veces odio que esta ciudad sea como un pueblo.  
—Tampoco nos encontramos tanto con nuestros ex. Menos cuando compartes un hijo. Entonces sí que te lo encuentras.

—Creía que tenías buena relación con Álvaro.

—Demasiado buena... —susurró Laura.

—¿Qué quieres decir?

—¿Entramos a pedir?

Con toda la curiosidad del mundo rondándole, Alex entró en la cafetería detrás de su amiga. No iba a volver a preguntarle directamente a qué se refería con «demasiado bien», pero dos más dos son cuatro y no había que ser muy listo para pillar a qué se refería.

Pidieron dos Colacaos y dos raciones de tortitas. Se sentaron en una mesa, Laura consultó la hora y dijo:

—Javi vendrá en un rato.

—No sabía que iba a venir —respondió Alex, muy nerviosa.

—Espero que no te moleste.

—¡Claro que no!

—Pareces nerviosa.

Tras pasar unos segundos (que le parecieron horas) meditándolo, Alex decidió que lo mejor era decírselo todo directamente, sin rodeos ni anestesia.

—¿Cómo crees que le gustaría a Javi que le pidieran matrimonio?

—¿A qué viene esa pregunta?

Según acabó de hacer la pregunta, Laura se llevó las manos a la boca. No podía creer que Marcos fuera a pedirle a Javier que se casara con él.

—¿Va a pedírselo?

—¡Sí! —Alex no pudo reprimir el grito de alegría.

—¡Qué emocionante!

—¡Lo sé! Pero está al caer y Marcos necesita ayuda.

—Pues no estoy segura de qué le gustará, pero es bastante romántico.

—Javi no puede enterarse.

—¿Me pides que oculté información a mi mejor amigo? —preguntó Laura, fingiendo estar ofendida.

—¿Te supone mucho problema?

—No —respondió sonriente—. No te preocupes, que no se va a enterar.

—Bueno, cuéntame antes de que llegue. El pobre Marcos está atascado y no sabe cómo pedírselo.

—Yo siempre he pensado que la mejor forma de pedirlo es hacerlo natural. Ni arrodillamiento ni tonterías.

—¿No te gustaría que el hombre al que quieres se arrodillara para darte un anillo?

—Me alegro tanto por ellos, van a ser muy felices.

—Lo sé. Pero me dan un poco de envidia.

—Me muero de la envidia. Además, hacen tan buena pareja que a veces me entran ganas de abofetearlos.

—Y cuando están con el niño son adorables —dijo Alex sonriendo.

—Demasiado —contestó Laura riéndose—. No sé cómo se lo puede proponer, pero estoy convencida de que le dirá que sí.

Javier estaba a unas calles de distancia de la cafetería en la que había quedado con Laura. Conoció el lugar gracias a Alex, que había leído buenas críticas del sitio en internet. Había merendado allí muchas veces, algunas con Marcos y otras con Laura, y le encantaba.

Distinguió a sus amigas desde fuera. Entró y se acercó a la mesa en la que estaban sentadas y las dos se callaron.

—¿Por qué estáis tan calladas? —preguntó asombrado.

—Alex ha visto a su ex.

—¿Y por eso os habéis quedado en silencio?

—Sí —respondió Alex—. Es un minuto de silencio para recomponerme.

—En serio, ¿qué pasa aquí?

—Nada —se apresuró a decir Laura—. ¿Pedimos más tortitas?

## XIII

¿Qué define una relación de pareja? Es una pregunta que muchos se han hecho, han intentado responder y casi nunca han conseguido contestar. Después de idas y venidas, subidas y bajadas en esa noria a la que llaman amor, hay quien después de todo decide bajarse y quedarse soltero para siempre. Pero, en el fondo, parece que todos estamos buscando algo continuamente.

Media naranja o alma gemela. La forma de llamarlo puede variar según las personas, y las relaciones son tan distintas entre sí, que cada una es un mundo, en el que hay que sumergirse para entenderlas. Sí, las relaciones de pareja son complicadas y lo que distingue a unas de otras es una línea tan fina que a veces ni siquiera existe.

Nuria y Gorka estaban en la primera fase de su relación. Todo era nuevo, todo era emocionante e interesante, incluso la opinión del otro sobre el paisaje. En una ciudad como San Sebastián es fácil ceder al amor. Las vistas, la brisa marina y el ruido del mar parecen ser los ingredientes del cóctel perfecto para quien desea enamorarse. En primavera, después de los típicos temporales de olas, la lluvia y el frío, una calma difícil de explicar con palabras llena cada rincón de la ciudad y resulta extraño el efecto que tienen los primeros rayos de sol.

Después de varias semanas quedando para cenar (y acostándose), parecía que la relación que unía a Nuria con su recién estrenado novio empezaba a afianzarse. Aún no le había presentado a su hijo, pero empezaba a pensar que era algo que acabaría pasando más pronto que tarde. Cada vez que intentaba comentar el tema con Gorka, una parte de su cerebro, horrorizada con la idea, impedía que las palabras salieran de su boca.

Estaban sentados en las escaleras del Náutico, viendo la isla Santa Clara en el horizonte y sentados el uno junto al otro, agarrándose una mano.

Él le acariciaba el pelo cada cierto tiempo y ella le miraba, sonriente. No supo si fue por el sonido del agua, los rayos de sol o la brisa marina, pero no pudo controlar las palabras:

—Quiero que conozcas a Gaizka.

—Me encantará conocerlo —Gorka sonrió, sabiendo que era un paso importante en su relación—. Además, se me dan bien los niños, seguro que le caigo bien.

—Es bueno saberlo —Nuria estaba emocionada—. Pero si le llevas unas chuches el día que lo conozcas, tendrás bastante terreno ganado.

—¡Me lo apunto! Tengo que conseguir su aprobación.

Se miraron a los ojos. Ella sentía que la hipnotizaba cada vez que la miraba. Mantuvieron el contacto visual durante unos minutos, sonriéndose con dulzura. Él se acercó y ella le besó. Nunca hubiera imaginado que se acabaría alegrando tanto de haber llevado a un desconocido a su casa en una noche de borrachera. Después de todo, su relación marchaba a toda vela y sin problemas en el horizonte y había decidido disfrutar de cada minuto que estuviera con Gorka. Al fin y al cabo, se merecía estar viviendo algo como aquello. Estaba segura de que su hijo acabaría aceptando a su novio, igual que había aceptado a Javier, y nada podía hacerla más feliz.

Sí, aquello era un regalo que le había mandado el universo. Las teorías de Nekane parecían empezar a tener sentido.

Si hay algo que une a una pareja es un hijo en común. Hay un momento para cada cosa; los pensamientos de hoy no son más que el pasado de mañana y lo que nos parece una buena idea puede costarnos amargas lágrimas después de un tiempo.

Mientras Nuria disfrutaba de una relación que empezaba a parecer perfecta, Laura

intentaba descubrir si de verdad valía la pena resucitar la suya con Álvaro. Había seguido el consejo de Javier. Quedaba con su ex, iban a cenar, al cine... y muchas veces acababan acostándose juntos.

Resignada ante la idea de que lo único que podía haber entre ellos fuera sexo, se había propuesto mantener las distancias durante un tiempo. No podía volver así como así con Álvaro. Su hija podía sufrir si las cosas no salían bien entre ellos y era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Estaban sentados junto al Peine del Viento. Era un lugar perfecto para asegurarse de que el ambiente entre los dos no se iba a caldear (al fin y al cabo, estar rodeados de turistas corta el rollo a cualquiera). Habían hablado de todo un poco mientras caminaban hacia allí. La conversación empezó comentando el tiempo, siguió por comentar la actualidad (Laura no se perdía nunca las noticias, especialmente cuando hablaban de política) y acabaron hablando sobre Uxue.

Pero llevaban un rato sentados con la mirada perdida y sin mediar palabra, algo que a ella le incomodaba un poco y a él le parecía extraño: desde que se conocieron, siempre habían tenido algo de lo que hablar. Justo cuando Laura creía que quizás no podían refloatar su relación, unas manos le taparon los ojos. Escuchó una risita un tanto infantil y la pregunta «¿quién soy?».

—El mago de Oz —respondió, sonriente, sabiendo que a Nekane le gustaba la película.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó su amiga destapándole los ojos.

—Intuición femenina.

—¿Qué hacéis aquí? —La curiosidad de Nekane no conocía límites—. ¿Dónde está Uxue?

—Hemos dejado a la niña con mis padres —contestó Álvaro—. Y luego hemos dado un paseo hasta aquí.

—Qué bonito está el día. ¿Sabéis que mi época favorita del año es la primavera?

Nekane dio un saltito y se puso delante de Laura.

—Creía que hoy iba a ser un día malo —empezó a decir muy preocupada—. Ayer se me cayó una pestaña y ya sabéis que eso no es buena señal. Pero por ahora todo está yendo bien. Igual se me cayó otro día y yo la vi ayer, porque si no, no entiendo el mensaje que me está mandando el universo.

—Sí —dijo Laura asintiendo—, es muy raro.

—Pero no me quiero hacer ilusiones, que todavía quedan varias horas para que acabe el día.

—Seguro que va todo bien —comentó Álvaro—. Ya lo verás.

—No sabía que quedabais —respondió Nekane—. Me dio mucha pena que rompierais, la verdad. Hacéis buena pareja.

—Gracias —dijo Laura bastante incómoda.

—¿Sabías que Marcos va a pedirle a Javi que se case con él? No se lo digas a nadie, porque quiere que sea una sorpresa —susurró—. Yo creo que se casarán dentro de un año o así, porque una boda en invierno pierde encanto.

—¿Va a pedírselo? —Álvaro no podía creérselo.

—Pero no te chives, que luego tengo fama de no saber guardar secretos.

Laura no pudo reprimir una carcajada y dijo:

—No sé por qué tienes esa fama.

En otro lado de la ciudad, en un parque junto al río Urumea, estaban Javier y Marcos sentados en un banco y viendo a su hijo corriendo de un lado a otro. Llevaban juntos tanto tiempo que se conocían a la perfección. Acababan las frases del otro y podían decirse muchas cosas con solo mirarse.

Hay cosas que solo pueden provenir de la intimidad y Javier sabía que entre Marcos y él la había. Compartían todos los aspectos de su vida y nunca habían tenido problemas

de convivencia. Sí, estaba locamente enamorado y sabía, de una forma que no podía explicar, que su lugar estaba junto a Marcos. Hay quien lo llama destino (Nekane así lo afirmaba), pero, fuera lo que fuese, la fuente de su certeza era un sentimiento muy fuerte.

Tenía la mirada perdida en los columpios. Miraba a Gaizka ir de un lugar a otro y se preocupaba cuando pasaba más de diez segundos sin verle. Quería al niño más de lo que hubiera podido imaginar. Nunca pensó que podía querer tanto a alguien tan pequeño y se sentía como un buen padre.

—El otro día leí que se ha disparado el número de bodas —Marcos decidió que la mejor forma de descubrir el modo perfecto para declararse era ir directamente a la fuente.

—No lo sabía. Pero de todas formas, dos de cada tres matrimonios acaban en divorcio.

—¿Tantos?

—Sí. Incluso hay parejas que después de años conviviendo se casan y se divorcian a los dos meses.

—¿Desde cuándo controlas tanto del tema? —preguntó Marcos, visiblemente molesto.

—Soy abogado —respondió Javier sonriente.

—Pues yo creo que es bonito que dos personas decidan pasar el resto de su vida juntos.

—Para eso no hace falta casarse. Tú y yo no estamos casados y no hay nada que me haga pensar que no vayamos a estar juntos el resto de nuestras vidas.

—Así que no te gustaría casarte —dijo Marcos con un hilo de voz.

—No lo sé. No es algo en lo que piense demasiado. ¿Tú quieres casarte?

—¿Yo? —Marcos exageró una risa.

—¿Te pasa algo? —preguntó Javier, preocupado—. Estás un poco raro y pareces nervioso.

—No, qué va. Si yo estoy genial.

—Voy a comprar algo para picar.

Mirando a Javier salir del parque, Marcos sacó su teléfono y llamó a Alex.

—No quiere casarse —dijo muy alterado.

—¿Quién? —preguntó ella, confusa.

—Javi. No quiere casarse. Y yo haciendo el tonto pensando la manera más romántica de declararme.

—¿Cómo sabes que no quiere casarse?

—Me lo acaba de decir.

—¿Te ha dicho que no? —Alex estaba muy sorprendida.

—No se lo he pedido —respondió él, sin disimular su angustia—. He sacado el tema de una forma sutil y me ha dicho que no quiere casarse.

—A ver —empezó a decir su amiga—, primero respira hondo, intenta calmarte y luego dime cuáles han sido sus palabras exactas.

—Yo le he dicho que se ha disparado el número de bodas.

—Muy sutil...

—Y él me ha respondido que dos de cada tres acaban en divorcio.

—Eso no quiere decir que él no se quiera casar. Has entendido lo que te ha dado la gana.

—¿Me acompañarás a devolver el anillo?

—Marcos, tienes que tranquilizarte. No puedes saber lo que responderá hasta que se lo preguntes.

—No puedo preguntárselo sabiendo que va a decirme que no.

Mientras Marcos se sumía en un mar de negatividad, Nuria no podía estar más encantada. Gorka parecía estar diseñado especialmente para ella. Era como la pieza

que faltaba para completar su puzle.

Estaban andando, agarrados de la mano, de camino a su casa. Iban a ver una película en el sofá y a pedir pizza. Él iba a elegir la película y ella la pizza.

—Si me dejas opinar sobre la pizza, yo te dejo opinar sobre la peli —dijo él al llegar al portal.

—¿Me estás ofreciendo un trato?

Ambos se miraron y sonrieron. Él se acercó y la besó apasionadamente.

Laura y Álvaro estaban en el portal de ella, charlando y riéndose. Él esperaba que lo invitara a subir, pero ella no estaba segura de querer hacerlo. Se sentía dividida: por una parte, estaba deseando quitarle la ropa y por otra no quería dejarse llevar. No sabía si sería buena idea. Quería reconectar con él, saber si podían volver a ser pareja. Justo cuando empezaba a cerrar la puerta, Álvaro la agarró de la cintura, tiró de ella y la besó. Primero suavemente, cobrando intensidad poco a poco.

Marcos y Javier volvieron a casa sin mediar palabra. El primero estaba molesto y el segundo no entendía lo que le pasaba. Después de bañar, dar de cenar y acostar al niño, se sentaron en el sofá, el uno junto al otro, mirando la tele sin prestar atención a lo que se emitía. Javier, confuso por lo surrealista de la situación, agarró una mano a su pareja, atrayendo su mirada.

Se miraron, aún en silencio, durante unos segundos y empezaron a besarse apasionadamente. Marcos desabrochó la camisa que llevaba y Javier le quitó la camiseta, lanzándola sin mirar dónde caía.

## XIV

No hay nada peor en una relación que un jarrón de agua fría cuando se está en las nubes. Una dosis de realidad que estabiliza (o rompe) a la pareja, casi irremediablemente. Todo el mundo parece subirse a la nube de Cupido cuando sienten la flecha clavada, pero a veces no todo lo que reluce es oro. Hay quien se arrepiente, quien prefiere no acordarse e, incluso, quien decide hacer como si nada hubiera pasado.

Hacía varios días que la actitud de Marcos sobrepasaba lo extraño. Javier no sabía cómo actuar, ya que su pareja estaba especialmente susceptible. Pasaba de la seriedad al enfado en cuestión de segundos y empezaba a estar cansado de preguntarle qué era lo que le pasaba: evasivas y silencios era todo lo que se llevaba por respuesta. Intentaba repasar cualquier cosa que hubiera podido ofender a su novio, pero no llegaba a imaginarse qué era lo que había hecho mal.

Aquel día había salido antes de trabajar. Es difícil concentrarse en el trabajo cuando la vida personal está atravesando un bache. Iba andando por el paseo del río Urumea, sin rumbo fijo, haciendo tiempo para ir a casa. Se sentó en un banco, cerca del puente de Santa Catalina. A mano derecha tenía el Kursaal. Se quedó mirando el edificio, sacó el teléfono del bolsillo e hizo una foto. Miraba casi sin pestañear las formas que el viento dibujaba sobre la superficie del río y no pudo evitar el recuerdo de David. Javier sabía que su relación no había sido perfecta (al fin y al cabo, ninguna relación lo es), pero siempre que estaba triste le venían a la mente retazos de la vida que había vivido con él.

La imagen de la sonrisa de David no duró más que unos segundos, tiempo suficiente para sentirse mal. Después de todo lo que había pasado, parecía que su vida se había encaminado. Creía que su lugar estaba junto a Marcos y a Gaizka, al que quería como a su propio hijo, pero no estaba seguro de estar dispuesto a aguantar esa situación durante mucho tiempo.

Cogió el teléfono y llamó a Laura:

—¿Qué te parece si quedamos para tomar algo? —preguntó en cuanto su amiga respondió.

—Por mí bien —contestó ella muy risueña—. Ha ido Álvaro a buscar a la niña.

—¿En media hora en el Boulevard?

—¡Perfecto!

Colgó la llamada, se levantó y empezó a andar hacia el Boulevard.

Después de colgar, Laura miró su reflejo en el escaparate de una tienda. Se había puesto todo lo provocativa que había podido. No estaba segura de si el escote resultaba excesivo, pero quería estar todo lo llamativa que le fuera posible para cuando su ex llevara a su hija a casa.

El juego de esconderse y vivir un romance adolescente (la idea era darse unos besitos y volver cada uno a su casa) había quedado atrás. Desechó su plan en cuanto el sexo empezó a ser parte de su relación con Álvaro. Las primeras veces intentaba evitarlo, pero después de varios encuentros decidió que era mejor dejarse llevar y disfrutarlo. Al fin y al cabo, aunque su relación no resucitara, ella habría disfrutado y eso era lo importante. Después de todo, no había nadie mejor que su ex para satisfacerla sexualmente.

Siguió andando hacia el Boulevard, caminando con paso decidido. Esa noche iba a seducir a Álvaro y eso la hacía sentirse muy sexy, lo que elevaba su ego hasta las nubes.

Los dos amigos se encontraron unos minutos después de la hora acordada en el Kiosko del Boulevard. Se dieron dos besos y se abrazaron durante unos segundos.

—¿Has venido así vestida para seducirme? —preguntó Javier, sonriendo pícaramente.

—Sabes que sí —contestó Laura guiñándole un ojo—. Me da igual que vayas de homosexual, acabarás siendo mío.

—Parece que tus tetas me miran fijamente.

—¿Es mucho escote? —preguntó ella preocupada.

—Depende —empezó él a decir—. Si lo que quieres es seducir a alguien, es el tamaño adecuado.

—Voy a acostarme con Álvaro. Aunque él todavía no lo sabe.

—Creía que ya te habías acostado con él.

—Pero hoy me siento un poco inquieta.

—¿Y eso?

—Javier, por favor —dijo Laura, muy seria—. Inquieta. Estoy inquieta.

—Sí, ya te he oído. Pero, ¿por qué estás inquieta?

—Me siento primaveral. ¿Lo pillas ahora?

—¿Porque es primavera?

—Déjalo —respondió Laura riéndose—. ¡Qué cortito eres a veces!

Se sentaron en una terraza que tenían al lado. Pidieron dos cañas y siguieron hablando:

—No sé qué le pasa a Marcos últimamente —empezó a decir Javier—. Empiezo a hartarme de sus evasivas.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Yo qué sé. El otro día estábamos tan normales hablando en el parque y de repente se puso rarísimo, callado y serio.

Laura sabía lo que pasaba. Nekane le había contado que Marcos se había enfadado después de que Javier le insinuara que no pensaba casarse. Pero se mordió la lengua. No sabía cómo podía sentarle a su amigo la noticia de que su novio llevaba semanas planeando pedirle matrimonio y no sería ella quien estropeará la sorpresa. Intentó pensar rápido algo de lo que hablar, pero no se le ocurría nada. Oía hablar a su amigo sobre su relación, lo bien que iba todo y lo rara que se había vuelto la situación y no pudo evitar pensar en cómo le iban a ella las cosas con Álvaro. Varios años de relación, una hija en común y ahora estaban jugando a ser dos adolescentes, ocultándose de todos, aunque lo suyo fuera un secreto a voces. Empezó a enfadarse.

—Hoy Álvaro se queda sin polvo —dijo muy seria y cortante.

—¿Qué? —preguntó Javier confuso.

—Somos dos adultos que tienen una hija en común y nos acostamos a escondidas. ¿En qué estaba pensando?

—En que no querías que Uxue os viera juntos.

—Eso es verdad. Pero, ¿por qué ocultárselo a todo el mundo? No estamos haciendo nada malo.

—Creía que no querías que nadie lo supiera porque no estabas segura de querer volver con él. ¿Te ha dado un cortocircuito?

—Estoy cabreada.

—¿Con quién?

—Con Álvaro.

—¿Por qué?

—Por acceder a ocultarlo. Qué pasa, ¿se avergüenza de mí?

—Respira —dijo Javier con tono pausado—. ¿No crees que él también podría enfadarse contigo por proponerle ocultarlo?

—Puede ser —contestó Laura, más calmada.

—Entonces, ¿quieres que todo el mundo lo sepa o no?  
—No sé, ¿qué es lo mejor?  
—No tengo ni idea. Mi novio apenas me habla, así que no creo que pueda dar ejemplo.  
—Se le pasará. Ya sabes que Marcos a veces es un poco tonto.  
—Nunca lo había visto así. Es como si le hubiera ofendido, y no sé por qué.  
Javier se calló y dio un largo trago a su cerveza. Recordó la primera vez que había pasado la noche con Marcos.

Después de varias copas y chupitos, Javier se sentía con más valor para acercarse a Marcos. Habían tenido varias citas, en las que él no le había besado por miedo al rechazo y Marcos había hecho exactamente lo mismo. Los dos habían salido a tomar algo con sus amigos y ambos se habían mandado varios mensajes para encontrarse en un bar de la parte vieja.

Después de hablar durante un rato, Marcos le puso una mano en la cintura y se acercó a él. Javier empezó a ponerse muy nervioso. Sentía un cosquilleo en el estómago y una sensación de hormigueo le recorrió todo el cuerpo. Se le aceleró la respiración y tragó saliva para intentar disimular los nervios. Marcos le sonrió, sin apartar la mirada de sus ojos, y él sintió que se derretía.

Pero ninguno se atrevía a dar el primer paso. Después de que Javier le hubiera rechazado, Marcos había decidido esperar a que fuera él quien le besara, y Javier no estaba seguro de tener el valor suficiente para ser él quien empezara el beso. Después de unos segundos en tensión, se acercó a Marcos y dijo:

—Estoy nervioso.

—¿Y eso? —preguntó, sonriente.

—Es que tengo ganas de besarte, pero no me atrevo.

Fue entonces cuando Marcos y Javier se besaron por primera vez. Fue un beso largo e intenso, tanto que sus amigos llegaron a avergonzarse, y el primero de muchos. Ese fue el inicio de una relación que Javier nunca imaginó que podría tener después de la muerte de David.

—Te has quedado como ido —decía Laura, dando palmadas delante de su cara.

—Pensaba en Marcos.

—Eso creía. No te preocupes, está loco por ti. Seguro que es una pataleta.

—Ya, pero no me apetece tener que aguantar estas cosas. Si le pregunto a alguien qué le pasa, espero que me conteste.

—¿Y él qué hace?

—Se hace el sordo. Aunque más que sordo, parece tonto.

Laura no pudo evitar reírse. Álvaro y ella habían vivido cantidad de enfados sin sentido que acababan arreglándose al poco tiempo. Aunque, dado que ya no estaban juntos, prefirió no decírselo a su amigo. Sonrió y se pidió otra cerveza. Ya no estaba segura de querer acostarse con su ex, pero imaginaba que embriagarse un poco no le haría daño.

—¿Qué harás luego con Álvaro?

—No sé —contestó con un ademán—. Igual me pongo la bata para recibirle.

—Siempre podéis hacer oficial que habéis vuelto y así dejarías de estar ofendida.

—Puede que sí. Pero no sé...

—¿No sabes? Está bastante claro que todavía le quieres. Si no lo intentas, seguro que te arrepientes.

—Quizás le pregunte si le gusta mi escote.

Después de dos cervezas más, los dos amigos se despidieron.

Laura caminaba pensando que nada de su relación con Álvaro estaba bien. Se sentía fría estando como estaban, pero no sabía cuál era la forma de solucionarlo. ¿Había

perdido la fe? Ni siquiera ella lo sabía. Se había dicho a sí misma muchas veces que no lo echaba de menos, pero después de un tiempo, su ex había vuelto a entrar en su vida. No sabía si ya era demasiado tarde, pero era consciente de que su corazón y su cabeza no se ponían de acuerdo.

Llegó a su piso. Cogió aire antes de abrir la puerta. Álvaro tenía una copia de la llave, para poder entrar cuando llevara a la niña, y se imaginó que estaría dentro, bañando a Uxue. Abrió la puerta y un apetitoso aroma le hizo sonreír. El chico estaba cocinando para ella. Avanzó por el pasillo y llegó a la cocina, donde lo vio con un viejo delantal, bailando con música de la radio que había puesto sobre la encimera. Una sonrisa se dibujó en su cara y supo que todas las preguntas y dudas habían desaparecido.

Javier llegó a casa y se encontró a Marcos sentado en el sofá, viendo la tele. Se sentó a su lado, esperando algún gesto cariñoso por parte de su pareja, pero lo único que consiguió fue un gesto con la cabeza a modo de saludo, como cuando se saluda a un conocido por la calle.

Miró a Marcos durante unos segundos y después dirigió su mirada a la televisión, aunque, en realidad, no prestaba atención a lo que se emitía. Parecía que su pareja pasaba de arreglar nada. Se estaba haciendo el digno por algo que él ni siquiera sabía que había hecho. No se estaba preocupando de cómo le estaba haciendo sentir aquel pique sin sentido y eso era lo que más rabia le daba. Si al menos le dijera por qué estaba tan molesto, él podría disculparse, pero ni siquiera le había dado esa oportunidad.

Después de unos minutos sentado en el sofá, sintiendo más frío del que había sentido nunca en esa casa, se levantó y fue al dormitorio.

Esperó a Marcos durante un rato, pero al final, después de darse cuenta de que su novio no iría a la habitación, Javier apagó la luz y se metió en la cama.

Hay cosas que parecen ineludibles, acontecimientos que parecen escritos y un sinfín de cosas de las que no se puede escapar. Sí, el mundo nunca deja de girar, ni siquiera cuando necesitamos que así sea. Todo sigue adelante, aunque no seamos capaces de verlo.

Nekane siempre había sido una fiel creyente de que todo pasa por alguna razón. Era una mente curiosa, siempre dispuesta a aprender. Se leía artículos de muchas revistas y procuraba informarse más en internet de los temas que le interesaban. Cultivaba teorías propias sobre muchos acontecimientos históricos (tantos que podría escribir un libro) y quería poder gritar al mundo algún día que había descubierto algún secreto importante en la historia.

Era una chica feliz, pero a veces se sentía como un alien, fuera de lugar y rodeada de desconocidos que no la entendían.

Iba paseando por Cristina Enea, parándose cada pocos pasos para sacar fotos con su teléfono móvil. Le gustaba capturar momentos (niños jugando, patos nadando y ardillas correteando), lo que le llevaba bastante tiempo, aunque eso era algo que no le preocupaba. Había quedado con Nuria en su piso para tomar un café y ver alguna película, aunque normalmente empezaban a hablar y acababan sin ver la película.

Siguió andando, atravesando el parque por el camino de gravilla, fijándose en cada rayo de sol que se colaba entre las ramas de los árboles. Sacó muchas fotos. Algunas las compartiría en sus redes sociales y otras no.

Salió del parque y cruzó la calle, con una sonrisa dibujada en la cara. Había algo en el ambiente que la ponía contenta. Siempre había estado agradecida a los dioses por haberle concedido la vida que vivía. Tenía amigos a los que adoraba, con hijos a los que también quería con locura, y su vida sexual era bastante plena. Contaba con una agenda, a la que llamaba «listín de soltera», de la que echaba mano cada vez que se sentía «curiosa». Era una amante del amor, por lo que se consideraba a sí misma como una persona romántica, pero incapaz de mantener una relación de pareja.

Le gustaba el amor y le encantaba ver parejas enamoradas, solo que ella no compartía la idea de una única persona capaz de complacerla. Pensaba que cada persona en el mundo podía aportarle muchas cosas y no esperaba encontrarlas todas en una sola. Simplemente, era algo que le parecía bastante improbable (no le gustaba la palabra «imposible», ya que también creía que nada lo era).

Caminó en dirección al piso de Nuria. Se preguntaba si Gaizka estaría allí, pero estaba segura de que no, ya que su amiga se lo hubiera dicho (siempre le llevaba chuches).

Cruzó un pequeño parque lleno de niños jugando y madres sentadas en los bancos, algunas hablando entre ellas y otras con cara de no estar disfrutando de la tarde. Se preguntaba si, algún día, ella podría ser una buena madre. Por una parte, estaba convencida de que sí (siempre se había llevado bien con los niños) pero, por otro lado, le aterraba la idea de parir. Siempre había pensado en los partos como el milagro de la vida, pero la idea de pasar por uno le daba miedo.

Siguió andando, pensando en lo bonito que era el mundo en primavera, aunque los alérgicos no lo vieran de ese modo, cuando se chocó con alguien, a quien se le cayeron varios papeles al suelo. Se miraron y sonrieron. Sí, aquel hombre le resultaba más que atractivo y no pensaba dejar escapar la ocasión.

Nuria estaba apoyada junto a la ventana de la cocina, desde donde podía ver el Kursaal, esperando a Nekane. Había preparado café y estaba deseando pasar la tarde con su amiga. De todas las personas que había conocido en su vida, Nekane era, sin

duda, la más especial.

Abrió la ventana y se asomó. Respiró hondo y espiró. El aroma primaveral le sacó una sonrisa. Su estación favorita del año era el verano, pero esa primavera la estaba cautivando, no sabía si era por su nueva relación de pareja o porque con la edad estaba empezando a valorar más la primavera.

Miró el reloj y le extrañó que Nekane estuviera retrasándose tanto (aunque con ella nunca se sabía). Iba al salón a por su móvil cuando alguien tocó el timbre. Sonrió y fue a abrir la puerta, dispuesta a tomar el pelo a su amiga por el retraso. Abrió la puerta de par en par, con cara de fingido enfado, e iba a soltar un discurso sobre la puntualidad, cuando se encontró a Javier, sonriéndole en el rellano.

—Hola —dijo ella, más confusa que otra cosa.

—¿Qué tal, Nuria? —preguntó Javier, visiblemente nervioso—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Los dos fueron en silencio hasta el salón, donde ella le invitó a sentarse en el sofá. Nuria se sentó a su lado, extrañada por aquella situación y sin saber muy bien qué decir. Miraba de un lado a otro de la habitación. Se dio cuenta de que había una mancha en la pantalla de la televisión —la marca de los dedos de su hijo—. Se mordió el labio superior, cruzó las piernas y respiró hondo.

—¿Te apetece un café? —se le ocurrió preguntar.

—Sí, un café sería genial —respondió Javier educadamente, pero visiblemente cortado—. Gracias.

Nuria fue a la cocina. Junto a la puerta estaba el frigorífico, que había comprado hacía poco tiempo. Lo abrió y cogió leche. Junto al frigorífico, a la altura de su cintura, estaban el grifo y la encimera, que llegaba hasta el otro extremo. Abrió el armario que estaba encima de la fregadera y sacó dos tazas.

Echó leche y la calentó en el microondas. El minuto y medio que tardó en calentar se le hizo eterno. No era que Javier le cayera mal, pero nunca habían tenido mucho trato y se le hacía muy raro tenerlo esperando en el salón sin que estuviera Gaizka en casa. Se preguntaba de qué querría hablar con ella.

Cuando la leche estuvo caliente, echó café en ambas tazas y fue al salón, sonriendo forzosamente.

—Quería hablarte de Marcos —dijo él, visiblemente nervioso.

—Voy a por el azúcar —respondió ella.

Volvió a los pocos segundos, controlando la respiración para disimular sus nervios, con un bote en la mano. Lo dejó sobre la mesa que había cerca del sofá y se echó un par de cucharadas.

—Bueno, ¿qué pasa con Marcos?

—No le entiendo.

—Si me hubieran dado un euro cada vez que dije eso cuando estábamos juntos, ahora sería millonaria.

—Verás —empezó a decir Javier pausadamente—, está enfadado conmigo y no sé por qué. Pero la cosa parece seria. Nunca le había visto tan enfurruñado y quizás tú sepas qué puedo hacer para que se decida a hablar conmigo.

—¿Evasivas?

—Y silencio cuando le pregunto qué le pasa. Empiezo a hartarme.

—Me suena —dijo Nuria con un resoplido—. Marcos a veces no es muy comunicativo. Ya ves, fui la última en enterarme de que es gay.

—Perdona si esta conversación te incomoda, pero pensaba que tú le conocerías mejor que nadie.

—Tranquilo, no me incomoda —mintió—. Ha pasado ya mucho tiempo y tú eres un buen chico. Ya ves, mi hijo te adora.

—Gracias.

—La verdad es que no sé cómo ayudarte. Nunca llegué a entender del todo a Marcos. Pero pensaba que las cosas os iban muy bien. —Se mordió la lengua para no decir que sabía que pretendía pedirle matrimonio—.

—Sí —contestó Javier—. Pero el otro día después de estar en el parque se puso rarísimo.

—¿Y qué pasó en el parque?

—Estábamos hablando. Él dijo algo sobre que cada vez se casa más gente o algo así...

—¿Y tú que le dijiste?

—Que dos de cada tres matrimonios acaban en divorcio.

—Ya veo...

—¿Qué ves?

Nuria suspiró. Se le pasó por la cabeza contarle a Javier que Marcos pretendía pedirle que se casara con él y que seguramente estaría disgustado por lo que le había dicho. Pero, al fin y al cabo, eso no era de su incumbencia. Sabía que su ex acabaría contándole a Javier lo que le pasaba y, si ella se adelantaba, iba a tener que aguantar el drama que Marcos le montase y, lo peor, él tendría la razón y ella no podría rebatírsele.

Sí, la mejor opción era no contarle nada. Pero el muchacho le daba pena. Después de todo, le caía bien, a pesar de ser la persona que se acostaba con el padre de su hijo.

Se acercó a él, con la intención de animarle con un abrazo, cuando alguien tocó la puerta con bastante fuerza. Consultó la hora: Nekane llegaba más de una hora tarde. Se levantó y fue a abrir.

—Será mejor que me vaya —dijo Javier con un hilo de voz, pensando que quien había llamado era el novio de Nuria.

—Tranquilo —dijo ella con un ademán—. Seguro que es Nekane. Tenía que haber llegado hace casi hora y media.

A Javier se le escapó una carcajada.

Nuria fue hasta la puerta, la abrió y se encontró a Nekane sonriente. Estaba despeinada, aunque no sabía si se habría peinado al salir de su casa, y llevaba un peto con una camisa a cuadros rojos y negros.

—Sé que llego un poco tarde —se excusó, con cara suplicante—. Pero tiene explicación.

—Seguro que sí —dijo Nuria, sonriendo.

—Es que me he encontrado con una maravilla a la que no podía dejar escapar.

—¿Cuál es el nombre de la maravilla?

—Si me dejas pasar, te lo cuento todo.

Nuria se apartó y dejó entrar a su amiga, que le dio un fuerte abrazo en cuanto cerró la puerta.

Las dos cruzaron el pasillo en dirección al salón. Nekane se asustó al ver a Javier sentado en el sofá con una taza de café. Era algo que la alegraba, porque ella adoraba a Javier, pero verlo en casa de Nuria la había confundido. Se tiró sobre él, como haciendo un placaje, y empezó a darle besos como una loca hasta que se cansó pasado un rato.

Se sentó junto a su amigo y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar con Nuria de una cosa —respondió Javier apresuradamente.

—Sí —dijo Nuria—. Hemos estado charlando un rato.

—No me lo puedo creer. —Nekane estaba visiblemente cabreada—. Entiendo que estés todavía enfadada porque Marcos te pusiera los cuernos con un chico, pero ha pasado mucho tiempo. En fin, ya sé que Javi es muy atractivo y eso de traer a un homosexual a nuestro lado de la acera tiene su morbo, pero esto no está bien.

—Nekane... —empezó a decir Javier.

—Y tú no digas nada, que lo tuyo es peor. Marcos y tú se supone que sois una pareja monógama, y mírate, acostándote con la madre de su hijo. Bueno, con la madre de vuestro hijo. ¡Estoy escandalizada!

—Cielo... —empezó a decir Nuria.

—¡Escandalizada! —gritó Nekane—. Pobre Marcos, cuando se entere le va a dar algo. Espero que seáis valientes y se lo digáis vosotros.

—¡Soy gay! —gritó Javier—. No nos hemos acostado. Estábamos hablando.

—Y de Marcos, para ser exactos —añadió Nuria.

—Ya lo sabía —comentó Nekane con un ademán, intentando quitar importancia a su discurso—. Pero ha sido gracioso ver vuestras caras.

—Háblanos de tu maravilla —dijo Nuria, para cambiar de tema.

—Se llama Jose. O Jorge. Bueno, algo así.

—¿No sabes cómo se llama? —preguntó Javier extrañado.

—¿Se acuerda una hormiga del nombre de sus compañeros sexuales?

Javier y Nuria intercambiaron una mirada, sin saber muy bien qué contestar a eso.

—¡No! —Nekane se respondió a sí misma—. Pero no os preocupéis, que lo he anotado en el móvil.

—¿Pero cómo vas a saber quién es si no sabes cuál es su nombre? —quiso saber Nuria.

—No soy tonta. Siempre pongo la fecha al lado del nombre. Así, siempre sé quién es. Aunque tengo que reconocer que pasado un tiempo ya no lo tengo claro. Pero siempre se puede pedir una foto de forma disimulada. La cuestión es que este chico me ha encantado. Nos hemos chocado en la calle y no he podido evitar ligármelo.

—¿Te has ligado a un tío con el que has chocado? —preguntó Javier.

—Por favor, como si tú no lo hubieras hecho nunca. Lo importante es que ha sido muy dulce. Nos hemos dado los números y hemos tomado un café rápido. Quedaremos otro día y veremos a dónde nos lleva la cosa.

—A la cama —murmuró Nuria.

—¡Espero que no! —contestó Nekane, escandalizada—. Nunca hay que hacerlo en la cama la primera vez. Buscaremos algún rincón romántico y oscuro para violar el código penal.

—Eres una perversa —dijo Javier, riéndose.

—Soy una romántica.

Mientras Nekane seguía contando detalles del encuentro que pretendía tener con el chico, Nuria consultó los mensajes en su móvil. Gorka le había mandado uno, diciéndole que tenía ganas de verla, y no pudo disimular la sonrisa. Se mordió el labio inferior y se puso el pelo detrás de la oreja.

Durante un rato, pensó si responder o no a su novio. No quería convertirse en una de esas parejas que nunca se separan, pero ella también tenía ganas de estar con él.

—¿Dónde está Gaizka? —la pregunta de Nekane la sacó de su ensimismamiento.

—Con mis padres. Mañana iré a recogerle, que pasado tiene que ir al cole.

—Y ese día iré yo a buscarle después de clase —dijo Javier.

—¡Qué bonito! —dijo Nekane—. Gaizka tiene tres padres que le quieren. Yo conocí una vez a uno que apenas tenía medio padre. Por cierto, ¿de qué hablabais antes de que llegara?

—Marcos lleva varios días rarísimo y no quiere hablar conmigo. Empiezo a estar cansado de la situación. Ya no tenemos cuatro años para enfurruñarnos de esa manera.

—Siempre ha sido un poco rarito —empezó a decir Nekane—. Pensaba que era porque estaba reprimido, ya sabes, por eso de ser gay y no querer aceptarlo, pero parece que es más que eso.

—Bueno —dijo Javier—, será mejor que me vaya. Se ha hecho tarde.

Las dos chicas se despidieron de él y le dieron ánimos. Nuria no sabía si contarle a Nekane la razón por la que imaginaba que Marcos se había enfadado. Siempre había sido incapaz de mantener un secreto, pero no se le había escapado aún la intención de su ex de pedir a Javier que se casara con él. Respiró hondo y pensó en la mejor manera de decírselo. Creyó que lo mejor era pedírselo como favor de amiga, y hacerle jurar que nunca lo contaría, lo que le aseguraba el secreto durante un tiempo prudencial, en el que esperaba que las cosas entre Javi y Marcos se solucionaran.

Cogió aire y dijo:

—Si me juras por nuestra amistad que no lo contarás, te cuento una cosa.

—Sabes que no se me da bien guardar secretos —se quejó su amiga.

—Aún no has contado a nadie que Marcos piensa pedirle matrimonio.

—Eso es porque no me acordaba. Al menos hasta ahora. Gracias por recordármelo.

—¡Prométemelo!

—Vale —dijo Nekane con la cabeza agachada—. Lo prometo.

—Creo que Marcos se ha enfadado con Javi porque el otro día en el parque le dijo que últimamente se casa mucha gente y él le contestó que dos de cada tres acaban en divorcio.

—¿Y tú como sabes todo eso?

—Me lo ha contado antes de que llegaras.

—¿Tienes micros en los bancos de los parques?

—¡Me lo ha contado Javi!

—Cálmate, que el estrés es malo y da arrugas.

—Deberías hablar con Marcos —propuso Nuria, muy seria.

—¿Yo? —preguntó Nekane, escandalizada—. Acabo de prometerle que no voy a contar nada. No puedes pedirme cosas tan raras.

—No puedo hablar yo con él.

—¿Por qué no? ¡Te hizo un hijo!

—Pero no tenemos ese tipo de relación. Sería raro que fuera yo a darle consejos de pareja sin que él me lo haya pedido.

—Pues entonces deja que las cosas se arreglen por sí mismas y no te entrometas.

—No quiero que les pase nada. Me gusta Javi y al niño también. Si tengo que entrometerme por el bien de esa pareja, lo haré.

—¿Y vas a decirle a tu ex que su novio ha venido a contarte que está enfadado?

—Dicho así haces que suene raro. Solo voy a aconsejar al padre de mi hijo que hable con su pareja y solucione esta tontería. Están hechos el uno para el otro, no me gustaría que por una chorrada se separen o Marcos no le pida que se case con él.

—Yo he prometido no decir nada.

—Podrías estar conmigo cuando hable con él —dijo Nuria, en tono suplicante—. Seguro que es más fácil hacerle ver las cosas entre las dos.

—¿Si hago eso estaría rompiendo el juramento? —preguntó Nekane muy preocupada.

—Técnicamente no, porque seré yo la que se lo diga.

—Entonces vale.

Si mandáramos las lágrimas en un taxi, lejos de nosotros, ¿mejorarían los malos días? A veces, parece que el tiempo refleja nuestro estado de ánimo: un día soleado es igual a un buen día, o, al menos, un día en el que estamos de buen humor, y uno en el que no deja de llover acaba siendo horrible.

Podemos mirar nuestra vida desde fuera. Observar cada movimiento que hacemos en el trabajo y seguir andando un poco más, hasta el final de la calle, donde las veinticuatro horas parecen reducirse a un solo segundo, en el que somos conscientes de que otro día está a punto de empezar.

Marcos no estaba enfadado. Al menos no con Javier. Estaba molesto consigo mismo. ¿Cómo había podido pensar en pedir matrimonio a alguien que no quiere casarse? No podía dejar de hacerse esa pregunta una y otra vez. Sabía que su novio le quería. Era consciente de que estaban hechos el uno para el otro, pero ¿por qué no quería casarse? Pensara lo que pensase, nunca llegaba a estar lo bastante cerca de la respuesta. No sabía si Javier no quería casarse porque no creía en el matrimonio o porque no quería casarse con él.

Sabía que su actitud estaba haciendo mella en su pareja, pero era incapaz de actuar con normalidad. No quería hacer daño a Javi, pero no podía controlar su forma de actuar.

Estaba sentado en un banco del Boulevard, mirando a la nada. Empezaba a pensar que no tenía suerte. Se sentía frío, como si estuviera tumbado en el suelo completamente desnudo.

Una ligera y fría brisa le rozó la cara, llevándole el olor de alguna flor. «Maravillas de la primavera», pensó. Se giró para mirar en dirección al puerto.

Las primeras citas son las mejores del mundo. Al menos es lo que Marcos pensaba cada vez que quedaba con Javier. A pesar de llevar casi seis meses saliendo, tenían tanto de lo que hablar que todas las citas eran como la primera.

Iban paseando por el Boulevard en dirección al puerto, hablando de lo que habían hecho ese día. Marcos no entendía nada de derecho, pero todas las palabras que salían de la boca de Javier le parecían apasionantes. Empezaba a pensar que se estaba enamorando de él, pero temía que fuera demasiado pronto para hablar del tema, así que prefería no mencionarlo por el momento.

—¿Te apetece que nos vayamos por ahí un fin de semana? —preguntó Marcos entre nervioso y ansioso.

—Claro —respondió Javier—. ¿A dónde te gustaría ir?

—No lo he pensado. Pero si tienes alguna idea...

—La Rioja podría estar bien.

—¿La Rioja? —A Marcos no podía parecerle una idea peor.

—Hay hoteles con bodega propia. Imagínatelo, rodeados de viñas. Es bastante romántico.

—¿No prefieres algún sitio con playa?

—¿A dónde te gustaría ir?

—Por la costa hay sitios muy chulos. Podríamos mirar alguno que no esté muy lejos.

—Me parece bien —Javier se detuvo, sonriendo, y besó a Marcos—. Me gustará estar en cualquier sitio contigo —susurró, para deleite de su pareja.

—Te quiero —Las palabras habían salido de la boca de Marcos como si tuvieran vida propia.

Javier se quedó paralizado, literalmente. Mantenía la sonrisa, mirando fijamente a su chico. ¿Era demasiado pronto para aquello? Sabía que Marcos le quería (no había más que ver su forma de actuar) y pensaba que él también le quería, pero no estaba preparado para decirlo. De algún modo, sentía que estaba mal hacerlo.

—No tienes que decirlo —la voz de Marcos sonaba entrecortada.

Siguieron andando en silencio hasta llegar al Náutico. Se sentaron cerca de la barandilla y miraban al frente, como dos desconocidos. Javier no dejaba de pensar en que debería decir lo que sentía y Marcos tenía la sensación de que se ahogaba por dentro.

Había cometido un error al decirlo tan pronto. Seguro que Javier pensaba que era una forma de presionarle para que él también lo dijera. Le miró y dijo:

—No pretendía presionarte.

—¿Presionarme?

—Sí, ya sabes, con lo de decirte que te quiero. Igual es muy pronto, pero se me ha escapado. Normalmente hubiera esperado a una situación un poco más romántica, pero qué se le va a hacer.

Javier miraba a Marcos divagar. Se le escapó una sonrisa y dijo:

—Yo también te quiero.

Ahí estaban. Las palabras más dulces del mundo dichas en el momento más oportuno.

Desde entonces, habían pasado muchas cosas. Marcos sabía que estaba siendo exagerado, pero no podía hacer nada por remediarlo. Sintió la vibración de su teléfono en el bolsillo. Lo sacó y vio que era Nekane quien le llamaba.

—Dime, Nekane.

—¿Desde cuando eres tan serio al contestar las llamadas?

—No he sido serio.

—¡Claro que sí! —contestó ella, fingiendo estar ofendida— Qué mal te sienta estar enfadado. No sé por qué te empeñas, si estás más guapo contento.

—Yo no estoy enfadado —gruñó él.

—Claro que no. Son imaginaciones mías.

Marcos soltó un bufido.

—Da igual —empezó a decir Nekane—. Te llamaba para preguntarte si puedes quedar un día de estos con Nuria y conmigo.

—¿Con Nuria?

—Sí. Está claro que te pasa algo. Estuve con ella el otro día y hemos pensado que podemos hablar contigo para indagar un poco y eso, ya sabes.

—Creo que paso.

—Bueno, dentro de un par de días me paso por tu casa y tomamos un café, ¿vale?

—Perfecto.

—¡Un besito! —canturreó su amiga—. Te quiero.

Colgó la llamada y se sintió bastante tonto. Nekane no se merecía que fuera seco ni cortante con ella. Pensó en llamarla para pedirle perdón, pero estaba seguro de que ella sabría que lo sentía y se lo diría cuando fuera a verle.

Se levantó del banco y empezó a andar hacia la parte vieja. Viajaba por sus recuerdos a cada paso que daba. Todas las calles le recordaban a Javier y todos los recuerdos le hacían sonreír. Desde que empezaron a salir, nunca habían tenido ningún problema, al menos nada serio, y aquel enfado tonto había calado hondo. Le parecía curioso que algo tan sólido como su relación pudiera verse comprometida por algo tan estúpido como un enfado sin sentido.

Sí, sabía que no tenía motivos para actuar de esa manera, pero como suele decirse, los enamorados nunca son racionales. Estaba más que enamorado de Javier y le dolía todo aquello, pero ¿merecía la pena seguir con él si nunca iba a querer dar el siguiente

paso? Jamás pensó que acabaría siendo tan convencional, pero así eran las cosas. No se imaginaba una vida sin su novio pero ¿qué otra alternativa quedaba?

Pasó junto a una pastelería y se detuvo a mirar el escaparate. Había varias baldas llenas de chocolate y otros dulces. A Javier le encantaba el chocolate. Cogió aire y llenó sus pulmones, intentando contener las lágrimas. Se sentía más que tonto por estar pasándolo tan mal.

Se giró y vio a varios metros de distancia, acercándose a él, a Nuria con un chico. Imaginó que era su nuevo novio. El chico la miraba sonriendo y ella se reía como hacía tiempo que no la había visto. Sin duda, se merecía ser feliz, pero en ese momento aquello era más de lo que podía soportar. Se giró disimuladamente, por si ella le había visto, y empezó a andar en otra dirección para evitar cruzárselos.

Nuria estaba encantada. Buen tiempo y un nuevo novio era todo lo que necesitaba aquella primavera para ser una gran estación. Las flores y la brisa estaban muy bien, pero lo que de verdad le gustaba era dar largos paseos, preludio de un excelente sexo que duraba casi toda la noche. Pedía al padre de su hijo que se quedara con él siempre que pretendía pasar la noche con Gorka, aunque ese día se dirigía con él a recogerlo del cole. Era el día en que su hijo y su novio iban a conocerse. Estaba más que nerviosa, le sudaban las manos y tenía un constante hormigueo en el estómago que no le había dejado comer en todo el día.

Esperaba que Gorka y Gaizka congeniaran. Nunca había sido muy devota, pero había pedido al cielo que aquel encuentro fuera bueno. En realidad, lo que quería era que su hijo quisiera a su pareja igual que a Javier, aunque sabía que eso era complicado.

—No estés nerviosa —dijo el chico con mucha seguridad—. Siempre se me han dado bien los niños. Es un don que tengo, les caigo bien.

—Gaizka es un poco complicado.

—La bolsa de chuches que le llevo seguro que me ayuda un poco.

—Un hombre preparado —dijo ella, riéndose—. Quién lo hubiera dicho, con la carita de tonto que tienes.

—Sabes que te encanta mi carita.

Él se detuvo, la agarró de la cintura e hizo que también se parara. Se miraron durante unos segundos de forma intensa y se sonrieron antes de besarse apasionadamente.

Allí, en mitad de la calle y en la parte vieja, el lugar más transitado de San Sebastián, estaba ella, disfrutando abiertamente de su nueva relación. Le daba igual que la gente los mirara (al fin y al cabo, un beso de esas características atraía miradas ajenas), estaba disfrutando como nunca. No quería compararlo con nada, ya que su última relación estable había sido con Marcos y él resultó ser gay, solo quería centrarse en disfrutar el momento.

Su teléfono móvil sonando a todo volumen rompió el momento. Lo sacó del bolso y miró la pantalla. Nekane la estaba llamando.

—He hablado con Marcos hace un rato —dijo su amiga en cuanto contestó.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pasa de nuestro culo. Pero no pasa nada, iré a su casa en un par de días y le pondré las pilas.

—¿Cómo que pasa de nosotras? —Nuria no entendía nada—. ¿Qué le has dicho?

—Que queremos hablar con él porque es evidente que le pasa algo y estamos preocupadas. Ha sido bastante borde, la verdad. Me enfadaría con él, pero le quiero mucho y estoy preocupada. Ya sabes que soy una blandengue.

—Podías haber sido un poco más discreta.

—¿Por qué? —preguntó Nekane muy extrañada—. Lo mejor es siempre ir al grano. Es como quitarse una tirita, hay que hacerlo rápido e indoloro. Seguro que con evasivas hubiera sospechado.

—Ahora ya no hace falta que sospeche nada.

—Bueno, cuando vaya a su casa si quieres vienes conmigo y entre las dos le damos caña.

—Prefiero que hables tú con él, no creo que se sienta muy cómodo si estoy yo involucrada.

—Como quieras. Ya te lo cotillearé.

Se despidió de Nekane y se quedó pensando si debería o no hablar con Marcos para que solucionara su enfado sin sentido.

Pero en ese momento lo importante era que su hijo iba a conocer a su novio en pocos minutos y tenía que centrarse solo en eso. Miró a su pareja y sonrió.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Nada —mintió ella.

—Cuéntamelo.

—Marcos está enfadado con Javi por una chorrada. Javi vino a hablar conmigo porque está preocupado. Pero no quiero entrometerme, hace mucho tiempo que no considero a Marcos nada más que el padre de mi hijo.

—Si te diera igual no estarías pensando en ello.

—Pero no creo que a él le haga gracia que me meta donde no me llaman. Además, los trapos sucios es mejor limpiarlos en casa.

—Si Javi fue a hablar contigo, no me parece que seas una entrometida. Por algo habrá acudido a ti y no a otra persona, ¿no?

—Puede ser.

—Habla con Marcos.

—¿Siempre has sido tan bueno o tienes algún defecto?

—Algún defectillo habrá —contestó Gorka, riéndose—. Pero espero que los descubras y te hagan quererme más.

—Eso ha sido demasiado empalagoso.

El chico empezó a reírse, la agarró de la cintura y le dio un tierno beso. Nuria sonrió y siguieron andando hacia el colegio del niño agarrados de la mano. Cuando llegaron, aún quedaban unos minutos para que sonara el timbre, y ella aprovechó para llamar Maite. Hacía varios días que no hablaban y se imaginaba que estaría molesta. Marcó el número y esperó varios tonos hasta escuchar la voz de su amiga.

—¿Diga?

—Hola, nena —dijo Nuria con alegría.

—Ah, eres tú —respondió Maite, ofendida—. Como no respondiste al mensaje que te mandé el otro día, pensaba que ya te habías olvidado de mí.

—Ya sabes que eso es imposible.

—Cosas más raras se han visto.

—Déjame compensártelo. ¿Un café mañana?

—Ya sabes que siempre estoy dispuesta a estar contigo.

—No te hagas más la ofendida —protestó Nuria—. Me hace sentir mal.

—Esa era la idea —Maite se rio—. Si no, ¿de qué me serviría hacerme la víctima? Ya sabes que ese rollo no me va. Yo no soy ninguna víctima.

—¿Café mañana a las cinco?

—¿Y el enano?

—Le diré a Marcos que se pase a recogerlo.

Cuando Gaizka salió del edificio fue corriendo hacia su madre. Ella se agachó, lo agarró y lo levantó en sus brazos mientras le besaba por toda la cara. Después de un rato, que al niño se le hizo eterno, lo puso en el suelo, le agarró de una mano y señaló a Gorka mientras decía:

—Este es Gorka, un amigo especial de la ama.

—¿Y por qué es especial?

—Porque somos amigos que se dan besos.

—Es tu novio —dijo el niño, para sorpresa de la madre—. Mi amigo Aitor tiene novia y se dan besos en la boca. Ya no juega al fútbol.

—Sí, es mi novio —Nuria no salía de su asombro.

—Hola Gaizka —Gorka dibujó su mejor sonrisa.

—Hola —respondió el pequeño con sequedad.

—Te he traído una cosa.

Gorka sacó de uno de sus bolsillos una bolsa de chucherías, que ofreció al niño.

Gaizka sonrió, cogió la bolsa y le preguntó:

—¿Eres de la Real?

Nuria hizo un gesto a su novio para que respondiera que sí. Entre las gominolas y la Real, estaba segura de que Gorka iba por el buen camino para caer bien al niño.

## XVII

Quien tiene un amigo tiene un tesoro. Es una verdad universal, como una ley no escrita. La amistad es como una planta: hay que cuidarla para que crezca, se mantenga sana y perdure en el tiempo. Todos hemos tenido momentos en que un amigo nos ha decepcionado o enfadado y todos hemos perdonado. Al fin y al cabo, una relación de amistad no deja de ser una relación y, como tal, nada es perfecto en ella. Hay amigos con los que salir a tomar unas cañas, otros con los que ir a tomar café y otros con los que salir de fiesta. Siempre sabemos con quién podemos contar para un determinado plan y siempre hay alguien que cumple todos los requisitos.

Nuria siempre había cuidado sus amistades. Con el paso del tiempo, resultó inevitable perder el contacto con algunos amigos y después de romper con Marcos, la situación se volvió rara en su grupo, que acabó disolviéndose. Daba gracias por haber contado siempre con el apoyo de Maite y Nekane. La primera había sido su amiga durante años y la había apoyado en las buenas y en las malas, la segunda era amiga de ambos y siguió siéndolo después de todo. Al fin y al cabo, alguien tan especial como Nekane era capaz de hacer frente a todo tipo de situaciones poco convencionales.

Si hay algo que nunca se debe hacer con un amigo, es darlo de lado cuando se encuentra pareja. Un pecado que Nuria había cometido sin proponérselo, y por el que se sentía culpable. Sus planes de fin de semana habían empezado a ser con su novio (Marcos casi siempre estaba con el niño sábados y domingos) y el poco tiempo libre que tenía lo dedicaba a Gorka, algo que a Maite le había dolido.

Esa tarde habían quedado para tomar un café, algo raro, ya que con Maite generalmente tomaba vino, no café. Habían quedado en una pequeña pastelería que se había inaugurado unas semanas atrás. Estaba en el centro de la ciudad, cerca de la catedral del Buen Pastor.

Iba andando con paso decidido por Alderdi Eder, parque situado tras el ayuntamiento, junto al paseo de La Concha. El día había salido nublado y la temperatura había bajado un par de grados, algo que en una ciudad como San Sebastián se nota bastante. Llevaba una chaqueta fina que resultaba inútil cada vez que soplaban un poco el viento. Caminando bajo los tamarindos, con la brisa marina acariciándole, no pudo evitar pensar en Marcos. Iba a seguir el consejo de Gorka y hablaría con él, pero se sentía acobardada. ¿Era ella la persona más adecuada para eso? No estaba segura de la respuesta, pero esperaba que el padre de su hijo no la mandara a paseo.

Se paró en un semáforo junto a la catedral. Escuchó el repicar de las campanas y levantó la mirada. Visto desde su posición, el edificio parecía tener kilómetros de altura. Sacó el teléfono móvil e hizo una foto para compartir en sus redes sociales. Cruzó la carretera y aceleró el paso, sabiendo que llegaba unos minutos tarde. Rodeó la catedral y siguió andando un par de calles más, hasta llegar al lugar donde había quedado con Maite. Se detuvo delante del escaparate y echó un vistazo al interior buscando a su amiga.

El local no era muy grande. Las paredes estaban pintadas de un tono azul pastel, la barra estaba en el extremo opuesto a la entrada, en el lado derecho, llena de pastelitos. Junto a la entrada, a la derecha, había un pequeño sofá con una mesa de cristal delante, y en el lado izquierdo varias mesitas y sillas. No había dos iguales. Vio a Maite apoyada en la barra, hablando con la camarera. Entró y se acercó a su amiga, sonriendo. Ella, también sonriente, le dio un fuerte abrazo.

—¿Cómo está mi reina? —dijo Maite muy efusiva.

—Preocupada por llegar tarde.

—Tonterías. Yo siempre llego tarde. Se supone que llegar cinco minutos tarde es de

tener clase, ¿no? Pues eso.

—¿Qué van a tomar? —preguntó la camarera.

—Un cortado —dijo Nuria.

—Yo un cortado descafeinado, corto de café y con sacarina.

—Mira que eres especial para pedir un cortado.

—Ya sabes que me gusta ser especial —contestó Maite, riéndose.

Una vez estuvieron los cortados servidos, cada una cogió su taza y la llevó hasta una de las mesas. Se sentaron una frente a otra.

—¿Qué tal con el pipiolo? —preguntó Maite antes de dar el primer sorbo a su café.

—Muy bien. Gorka es un cielo. No quiero compararlo con nada anterior porque todo ha tenido un fin, pero no me había dado nunca tan fuerte por alguien.

—¿Ni siquiera por Marquitos?

—Ni siquiera por él —respondió Nuria, asintiendo—. Por cierto, hablando de él...

—¡No me digas que te lo has vuelto a tirar!

—¡Claro que no!

—Menos mal. Porque si te lo montas con él una vez es culpa suya y tuya si pasa más veces.

—No sabía que tuvieras reglas para el sexo.

—Va a resultar que soy una puritana —dijo Maite, riéndose—. Y si no ha habido polvo, ¿qué quieres contarme de él?

—¿Te acuerdas de que iba a pedirle a Javi que se casara con él?

—Algo me suena.

—Vale. Pues ahora están pasando por una situación rara porque Javi le insinuó que no pensaba en casarse.

—¿Y?

—Pues que a Marcos le ha sentado mal y apenas le habla. Javi vino a hablar conmigo a mi casa.

—Mira que es simplón el Marquitos. Qué agonía de hombre, de verdad. No sé qué viste en él, aunque quiero creer que de adolescente era más entretenido.

—No seas mala.

—No te engañes, tú opinas lo mismo que yo. Solo que yo lo digo en voz alta.

—¿Debería hablar con él?

—¿Para qué?

—Para que no siga comportándose así. No creo que Javi vaya a aguantarlo mucho tiempo.

—¿Desde cuándo es eso asunto tuyo?

—No me gustaría que esta tontería vaya a más. Gorka me ha dicho que hable con Marcos, pero no estoy segura. ¿Tú qué harías?

—Yo qué sé —dijo Maite muy seria—. Cuando corto con alguien lo hago del todo. Nunca he andado con medias tintas.

—¿Cuando cortas con alguien?

—Ya me entiendes.

En otro lado de la ciudad, no muy lejos de allí, estaba Nekane paseando. Siempre le había gustado el paseo junto al río y, aunque el cielo estuviera nublado, se había animado a dar una vuelta.

Se había puesto un sombrero de paja, por si salía el sol, y un peto. Unas grandes gafas de sol de color fucsia le tapaban prácticamente media cara e iba dando saltitos mirando al río. El Urumea nunca le había parecido el río más bonito del mundo, pero siempre le había gustado pasear junto a él.

Se detuvo al ver a una señora sentada en un banco, con las manos sobre su regazo y la mirada perdida. Se acercó a la mujer y se sentó a su lado, dispuesta a animarla: algo

le decía que aquella señora necesita ánimo.

—Hola —dijo muy risueña—. Me llamo Nekane.

—Yo Gregoria. Encantada. —La mujer sonaba muy seria.

—Qué día tan bonito, ¿verdad?

—Precioso —respondió la señora, asintiendo—. En realidad, perfecto. Perfecto para que nos sigan robando por todas partes. Pero qué sabrás tú, que vas por la calle dando saltos como una cabra.

—Me gusta dar saltos. Es un buen deporte.

—No me hagas reír, jovencita. Eso no es deporte ni es nada. A los jóvenes os gusta dar la nota. No hay más que ver lo que echan por la tele.

—¿De dónde es usted, Gregoria? —preguntó Nekane, intentando entablar una conversación amigable.

—De un pequeño pueblo cerca de Cáceres —respondió ella muy seria—. ¿Sabes dónde está Cáceres, Mikado?

—No, no me apetece un Mikado. Pero gracias.

—Mikado es tu nombre. Un nombre raro para una chica rara. Supongo que el nombre que nos dan al nacer nos define para siempre.

—Me llamo Nekane.

—Lo que tú digas, muchacha. Si hubieras vivido la postguerra no serías tan saltarina, te lo digo yo.

—¿Usted vivió la postguerra? —Nekane estaba asombrada y maravillada. Gregoria le parecía una mujer muy interesante—. Cuénteme más.

—Oye, guapa —empezó a decir la mujer—, deja de hablarme de usted. Me hace vieja. Bastante tiene una con ir a cumplir setenta y cuatro dentro de poco.

—Cuéntame más de la postguerra.

—No hay mucho que contar. Los pobres pasábamos hambre y los que tenían dinero pasaban de nosotros. Casi como ahora, pero habiendo pasado una guerra.

—¿Has tenido una buena vida?

—Ha habido momentos en los que sí y otros en los que no. Cuando llegas a mi edad dejas de encontrarle sentido a las cosas que hiciste mal. Supongo que los años dan sabiduría, después de todo. Me fui del pueblo con veinte años para salir adelante. Y lo hice sin el apoyo de nadie.

—Parece que has tenido una vida intensa.

Gregoria emitió una carcajada y dijo:

—Cualquier cosa parece intensa hoy en día. Con once años dejé la escuela para ir a trabajar al campo. Recorría caminos con mis hermanas para que nos pagaran una miseria. Recogí aceitunas como una burra y ahora, después de vieja, no soy capaz de agacharme.

—Eres una mujer interesante.

—Y tú una chica un poco rara. No es muy común que alguien se ponga a hablar con una vieja. Los viejos ya no importamos a nadie. Cuando yo era pequeña, se respetaba más a la gente de mi edad que a los padres, pero hoy en día nuestra opinión no cuenta. Pero de lo que no se da cuenta la gente es de que se pueden aprender cosas de nuestra experiencia.

—¿Puedo pedirte un consejo? —Nekane sabía que aquella mujer sabría ayudarla con el tema de Marcos.

—Claro —respondió Gregoria, emocionada—. Aunque luego seguro que no me haces ni caso.

—Verás, tengo un amigo que quería pedirle a su novio que se case con él. Pero un día su novio le dijo algo sobre no querer casarse y ahora está enfadado. Quiero ir un día de estos a hablar con él para que entienda que está siendo un poco tonto, pero no sé muy bien qué decirle.

—Tu amigo es un simple —sentenció la mujer—. Y un bobo. Si quiere a su novio tanto como para pedirle matrimonio, no debería enfadarse por eso.

—Pero no puedo llamarle simple y bobo.

—¿Por qué no?

—Porque es mi amigo.

—¿Y qué?

—Que no creo que le siente bien.

—A ese amigo tuyo parece que no le sienta bien nada. Yo lo mandaba a recoger aceitunas y a ir a dar de comer a los lechones, vería lo que es bueno.

—Serías una gran guía espiritual.

Y, de ese modo, Nekane hizo una nueva amistad. Gregoria le parecía una mujer apasionante. No entendía por qué estaba sola en el banco, pero imaginó que todo estaba planeado por el universo. No podía ser de otro modo.

Siguieron sentadas en el banco, hablando de todo. Gregoria tenía valores muy arraigados y era consecuente con sus opiniones. Mujer de izquierdas y fuerte, no había encajado en la época que le tocó vivir. A Nekane le extrañó al principio que no hubiera criticado el hecho de que Marcos fuera gay, pero después de un rato hablando con ella se había dado cuenta de que Gregoria no tenía prejuicios.

Sí, Nekane había aprovechado la sabiduría de una mujer experimentada para resolver las dudas que tenía sobre cómo abordar el tema del enfado y se sentía preparada para hablar con su amigo.

Aún sentadas en la cafetería, Nuria y Maite habían renovado sus votos de amistad. No hay nada como una tarde poniéndose al día y cotilleando para volver a conectar después de un tiempo.

Maite le contó varios escarceos sexuales, con más detalles de los que Nuria quería escuchar, y Nuria le habló de Gorka. Su amiga no era muy entusiasta de las relaciones de pareja (de hecho, solía pregonar que emparejarse iba contra natura), pero escuchó con atención todo lo que decía.

—Así que vuelves a estar enamorada —dijo, sonriente.

—Eso parece, aunque no se lo he dicho a él.

—Mejor. Seguro que saberlo lo asusta y no hay nada peor para el sexo que asustar a un hombre.

—El sexo siempre es mejor cuando se está enamorada.

—No tienes ni idea de lo que hablas. Ayer lo hice en Urgull con un universitario y no hay nada de lo que hagas con tu novio que vaya a mejorar eso.

—¿Con un universitario? —Nuria estaba escandalizada—. Si podría ser tu...

—Ni se te ocurra acabar esa frase.

—Pensaba que te gustaban más experimentados.

—Nena, a veces no hay nada más excitante que ser la primera gran experiencia de un cachorrito. Estoy segura de que la siguiente en tirárselo estará agradecida de lo que le enseñé.

—¿Por qué lo hicisteis en Urgull? Podías haber ido a tu casa.

—¡Si hombre! Mi piso no es una residencia de estudiantes.

—¿No tenía clase hoy?

—¿Crees que se lo pregunté?

Nuria no pudo contener la carcajada.

—Algún día te enamorarás.

—No creo —dijo Maite, muy segura—. Soy inmune a ese tipo de cosas.

Después de un largo rato escuchando las historias de Gregoria, había empezado a atardecer. Nekane esperaba quedarse más tiempo hablando con su nueva amiga, pero

la mujer se levantó y dijo:

—Va siendo hora de ir a casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿No querrás robarme, no? —preguntó la mujer, de mala leche—. Porque tengo un palo escondido en mi casa con el que puedo romperte las costillas. No te creas que por ser vieja soy débil.

—¿Qué iba a robarte? —empezó a decir Nekane—. Si con la pensión apenas puedes pasar el mes. No sé si tengo cara de ladrona, pero...

—¿Has escuchado todo lo que he dicho? —Gregoria estaba sorprendida. No estaba acostumbrada a que alguien prestara atención a sus historias.

—Claro. He estado sentada a tu lado un buen rato.

—Pensaba que no estabas haciéndome caso. Con esas gafas tan feas no te veía bien y no sabía si mirabas a otro lado.

—¿Cómo puedes decir que mis gafas son feas? Son supermodernas.

—La verdad es que no me extraña que te lo parezcan —respondió la mujer mirándola de arriba abajo—. Está claro que no tienes mucho gusto para elegir lo que te pones. Pero si quieres, otro día quedamos y te enseño lo que es bonito de verdad.

—Apunta mi número y me llamas.

## XVIII

Todo se ve mejor desde fuera. Al menos eso es lo que acabamos aprendiendo después de desengaños y malos momentos. Parece que las relaciones son idílicas cuando no se forma parte de ellas: solo se ven los buenos momentos, la complicidad y las risas, pero nadie sabe lo que pasa de puertas para adentro. Cuando las luces se apagan, ¿sigue todo siendo tan perfecto?

De entre todas las personas del mundo, Javier nunca se había considerado especialmente perfeccionista. Nunca lo había sido con nada: cuando era pequeño, no le preocupaba que sus juguetes se llevaran golpes, de adolescente se resignó a sufrir acné y ya siendo adulto nunca esperó tener una relación de pareja perfecta. Hubo un momento en su vida en el que creyó que su relación con David lo era, pero después de haber llevado varios divorcios y escuchar a ambas partes soltar pestes del otro empezó a verlo todo de una forma más cercana a la realidad. Se consideraba romántico pero realista. No esperaba la perfección en nadie, empezando por sí mismo; sabía que todo el mundo comete errores, unos más grandes que otros, y lo aceptaba, pero no entendía el enfado de Marcos, que ya se estaba alargando más de lo aceptable para una pataleta.

Había quedado con Laura y su hija en un parque junto a la playa de Ondarreta. Iba caminando por el paseo de La Concha. El día no había sido especialmente bueno: había llovido a ratos, el cielo seguía estando nublado y corría aire frío.

Miró a la playa. Había varias personas paseando por la arena húmeda. Algunos iban solos, otros en pareja y muchos con sus perros. Siempre había tenido la idea de adoptar un animal, aunque le agobiaba la idea de no ser capaz de cuidarlo bien o no tener el tiempo suficiente para dedicarle.

Estaba cerca del túnel que había bajo el palacio de Miramar. Lo cruzó mientras escuchaba a un músico tocar la guitarra. Sacó la cartera y le echó unas monedas en la funda del instrumento, que estaba abierta en el suelo.

Siguió andando durante un rato hasta llegar al parque en el que había quedado con su amiga. Vio a Laura sentada sola en un banco, mientras Uxue corría de un lado a otro con otros niños.

Se puso detrás de ella, le tapó los ojos y susurró:

—¿Quién soy?

—¿El Grinch que robó la Navidad?

Javier separó las manos de los ojos de su amiga y dijo:

—¿Cómo lo has sabido?

—Siempre he sido una maestra en ese juego —Laura se levantó y le dio un abrazo—.

¿Qué tal estás, corazón?

—Un poco cansado. Se me está haciendo cuesta arriba la semana.

—¡Ya queda menos para el fin de semana!

—Es martes.

—Bueno, tres días. Te estás volviendo un gruñón.

—Me hago viejo.

—No digas eso —respondió Laura, fingiendo estar ofendida—, que entonces me estás llamando también vieja a mí, que tenemos la misma edad.

—Nos acercamos peligrosamente a los cuarenta.

—Dicen que los cuarenta son los nuevos veinte.

—¿Quién lo dice?

—La gente. Lo dice la gente. Además para los cuarenta aún nos queda...

—Me compraré un perro para vivir con la compañía de alguien.

—¿Marcos sigue picado?

—Esta situación empieza a darme mucha pereza —dijo Javier con un resoplido.

—¿Te enfadarás si te doy un consejo?

—No.

—No me sorprende nada la actitud de Marcos en todo esto. Ya se portó así con Nuria cuando las cosas no les iban bien.

—¡Eso no es un consejo!

—Has dicho que no ibas a enfadarte.

—Además, ¿cómo sabes eso?

—Me lo contó Nekane.

Javier se quedó mirando fijamente a la hija de su amiga jugando en los columpios. La oía riéndose y veía claramente su sonrisa inocente. Una parte de él se imaginó cómo sería todo si volviera a esa época, en la que lo único que importa es jugar. No pudo evitar pensar en Gaizka y en qué pasaría si Marcos y él rompían. Había cogido cariño al niño. Lo quería como si fuera hijo suyo. Pero si terminaba su relación con el padre, dejaría de verlo y la sola idea le provocaba vértigo. Quizás Nuria le dejara verlo de vez en cuando, pero ¿sería una buena idea?

—¡Javi! —Laura le estaba moviendo un brazo—. Te has quedado ido.

—¿Cómo van las cosas con Álvaro? —preguntó Javier para pensar en otra cosa.

—¡Genial! —Su amiga estaba emocionada—. La verdad es que desde que hemos vuelto es como si todo hubiera cambiado a mejor. Puede que haber estado un tiempo separados nos haya servido para darnos cuenta de cuánto queremos estar juntos. Sé que suena raro, pero...

—Puede ser. Además, si las cosas van bien es lo que importa.

Mientras Javier no se quitaba de la cabeza a Marcos, su pareja se tomaba una copa de vino blanco sentado en el sofá. Una de las formas de relajarse favoritas de Marcos era sentarse solo con una copa de Rueda.

Allí, dando sorbos cada pocos segundos, con la mirada perdida en la pantalla apagada de la tele, se preguntaba si su reacción a las palabras de Javi había sido exagerada. Después de todo, tampoco le había dicho que no quisiera casarse con él y estaba seguro de que le quería. Pero no podía evitar sentirse dolido.

Se incorporó para coger la botella, que estaba sobre la mesa que tenía delante, y se volvió a llenar la copa vacía. Sentía que se le adormecían la lengua y los dedos de las manos y sonrió. Se preguntó cómo de patético era estar solo en casa y medio borracho, además de enfadado por algo que no parecía tener importancia.

Volvió a sentarse y miró al techo. Iba a hablar con Javier en cuanto volviera a casa. Sí, le diría lo mucho que lo sentía y cuánto le quería. Las cosas iban a arreglarse y cuando él le pidiera matrimonio su novio diría que sí. Podía verse a sí mismo en un traje blanco, de la mano de Alex entrando en el ayuntamiento de San Sebastián, mientras Javier le esperaba sonriente. Todos sus amigos aplaudiendo después del «sí quiero» y él sintiéndose mejor de lo que se había sentido nunca.

Qué fácil era llegar a la vida que quería tener. Lo único que tenía que hacer era declararse. Estaba seguro de que Javi diría que sí. No podía ser de otra manera. Su mente no parecía estar preparada para procesar el rechazo. Después de todo, su enfado podía provocar la negativa y era algo a tener en cuenta.

Tenía tantas ganas de ver a Javier que se imaginó que lo tenía delante. Se arrodilló y pidió matrimonio a la mesa, pensando que era su pareja, pero su mente volvió a la realidad al escuchar la puerta abriéndose.

Se levantó de un salto, tirando casi todo el vino que había en la copa y sonrió. En cuanto Javier apareciera en el salón le pediría que se casara con él. Había llegado el momento más importante y decisivo de su vida. Se sentía preparado para hacerlo. Oía

los pasos acercándose por el pasillo y se volvió a arrodillar justo antes de que su novio entrara en el salón.

—¿Qué haces? —preguntó Nekane al encontrarse a Marcos de rodillas y con una copa casi vacía en una mano.

—Tú no eres Javi.

—Eso creo. Aunque nunca se sabe. Seguro que algún día nuestra conciencia puede viajar a otros cuerpos.

—¡Cásate conmigo!

—Creo que no me apetece demasiado. ¡Pero gracias! Me siento halagada.

—¿Por qué no quiere casarse conmigo? —Marcos se tumbó en el suelo, acurrucado y llorando.

Nekane se acercó a su amigo, se agachó y le acarició la cabeza a modo de consuelo.

—No te ha dicho que no quiera casarse contigo. Además, estás siendo muy bobo y simplón con esta actitud.

—No soy bobo —balbuceó él.

—Pues le he contado todo lo que ha pasado a mi amiga Gregoria y ella opina que lo eres. Y ya sabes que la gente mayor es muy sabia, así que si ella lo dice, seguro que es verdad.

—¿Quién es Gregoria?

—Mi nueva amiga. Un día de estos te la presento. Seguro que te da un buen consejo. Ha vivido mucho y su vida no ha sido siempre fácil. Ya sabes, la postguerra...

—¿De qué estás hablando? —Marcos no entendía nada.

—¿De qué estás hablando tú? —Nekane estaba igual de confusa que su amigo.

—Javi no quiere casarse conmigo.

—¡No seas pesado! Si ni siquiera se lo has pedido. Te quiero porque eres mi amigo, pero de verdad que no te entiendo. Y si no fueras mi amigo te daría una bofetada para que espabilaras. No sé qué te pasa por la cabeza para que hagas estas cosas.

Marcos se abrazó a su amiga, que le ayudó a levantarse y lo llevó hasta el sofá. Se tumbó y apoyó la cabeza sobre el regazo de Nekane.

Ella le acarició el pelo y empezó a contarle una historia:

—Érase una vez un niño. Era un niño muy bueno, aunque no muy listo.

—¿Vas a inventarte un cuento?

—Tú calla y déjame acabar.

Unos segundos de silencio le hicieron saber que su amigo iba a obedecer.

—Bueno, el niño, vamos a llamarle Martos, conoció a una princesa y se enamoró de ella. La princesa se llamaba, no sé, digamos que Noria. Se hicieron novios siendo muy jóvenes y parecía que iban a vivir juntos para siempre. Se mudaron y decidieron tener un hijo, pero ella no se quedaba embarazada. No digo que el problema fuera suyo, porque seguro que el esperma de Martos no tenía la calidad necesaria, ya sabes que cuando los soldados tienen poca movilidad poco hay que hacer.

—¿Me estás contando mi vida?

—Claro que no, es un cuento nuevo. Lo compré ayer en la librería que está al lado del Buen Pastor. Ya sabes, esa en la que trabaja un hombre maduro muy atractivo. No se lo digas a nadie, pero hacerlo rodeada de libros le da al polvo un toque mágico.

—¿Te has tirado a Félix?

—Es un romance secreto. Pero bueno, no creo que te acuerdes de nada mañana, viendo el pedo que llevas encima. En fin, voy a seguir con la historia... —Nekane carraspeó y siguió con su cuento—. Bueno, después de un tiempo intentando concebir, la princesa Noria y Martos empezaron a tener graves problemas de pareja. Sobre todo porque él era gay y le puso los cuernos con un caballero del reino, encargado de proteger a la princesa. Después de muchas vueltas, Noria se quedó embarazada una noche de borrachera y Martos decidió confesar su homosexualidad al poco tiempo. Se

separaron y él conoció al que parecía ser el hombre de su vida, llamémosle Jacin.

—Eso ni siquiera es un nombre —protestó Marcos.

—¿Es que una no puede acabar su historia?

—Sigue, sigue.

—Pues bien, Martos decidió pedirle matrimonio a Jacin después de una relación estupenda de varios años, pero se enfadó porque Jacin le insinuó que no pensaba en casarse.

—Qué tonto es ese Martos.

—Después de un tiempo enfadado, Jacin acabó hartándose y rompió con Martos, que se quedó solo para siempre. Se compró varios gatos para vivir acompañado y lo encontraron muerto varios años después, con la cara medio comida por sus gatos, que se habían quedado sin pienso. Ya sabes, como el chico se murió, no pudo ponerles comida. Pobres gatitos.

—No me gusta tu historia.

—Pues aplícate el cuento, que te estás portando como un crío tonto y testarudo.

Nekane siguió acariciando la cabeza a su amigo hasta que se quedó dormido. Pensó en tapanlo e irse, pero decidió esperar allí a Javi. No pretendía meterse donde no le llamaban (o eso se decía a sí misma), pero no estaba dispuesta a dejar que su pareja favorita se estropeará por un malentendido y una pataleta. Ella era una firme defensora del «derecho a pataleta» de todo el mundo, pero aquello ya se había pasado del límite. Sonrió al verse a sí misma como eje de la reconciliación de sus amigos. Después de eso, no les iba a quedar más remedio que hacerla dama de honor, como poco, además de madrina de su primer hijo en común. Incluso igual les pedía que la llamaran Nekane si resultaba ser una niña. Aplaudió para sí misma. Estaba segura de que todo iba a salir bien y todo gracias a ella. Nunca había sido especialmente egocéntrica, pero esa ocasión lo merecía.

Podía oír en su mente cómo en el día de la boda, mirando a todos sus amigos, Marcos y Javier brindaban por ella. «Por Nekane. Sin ella, hoy no estaríamos juntos». «¡Por Nekane!» dijo ella, alzando la mano. Quería entrenar para hacerlo con elegancia el día de la boda.

Escuchó la puerta abriéndose y pasos por el pasillo, que avanzaban hasta el salón. Sonrió al ver a Javier.

—¡Hola, Javi! —dijo, muy contenta y en voz baja.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —Javier se acercó a su amiga y le dio un fuerte beso en la mejilla.

—He venido a ver a Marcos. Me lo he encontrado borracho y me he quedado aquí a esperarte después de que se durmiera.

—¿Estaba borracho?

—Sí. Balbuceaba que lo sentía mucho y que quería hacer las paces.

—Esa parte me suena un poco a que te lo estás inventando —comentó Javier mirándola fijamente—. ¿Es así?

—Puede que no hayan sido esas sus palabras —Nekane se mordía la lengua para no desvelarle que iba a pedirle matrimonio—, pero en esencia, ese era el mensaje.

—Pues entonces que me lo diga él.

—No seas así. Ya sé que Marcos se está portando como un crío, pero nadie es perfecto.

—Ya sé que nadie es perfecto, pero las personas adultas hablan entre ellas cuando les pasa algo. Pensaba que tenía una relación con un adulto, pero resulta que el muchacho no parece querer hablar conmigo de lo que sea que le ha cabreado. ¿Y sabes qué? Que empiezo a estar cabreado yo.

—Menudo bucle de cabreos... ¿Quieres que te cuente un cuento para dormir?

Javier sonrió a su amiga con dulzura.

—Me voy a ir a la cama, que mañana tengo que madrugar. Puedes quedarte a dormir si quieres.

—No —dijo Nekane con un ademán—. Me voy a ir a casa, que tengo una cita para desayunar y tengo que ir arreglada.

Se levantó del sofá y se despidió de su amigo con un abrazo.

Javier tapó a su novio con una manta, apagó la luz del salón y fue al dormitorio. Se puso el pijama y se metió en la cama, que le parecía más grande que nunca. Apagó la luz y se quedó mirando al techo hasta quedarse dormido, con mil pensamientos rondándole la cabeza y sin ser capaz de entender ninguno. Eran casi las dos de la madrugada la última vez que miró el despertador.

## XIX

Hay mañanas en las que parece que hay guitarras tocando cerca de nuestra ventana, haciendo que nos despertemos contentos y sonrientes.

Laura se despertó y miró a su lado disimuladamente, entreabriendo solo un ojo, y sonrió al ver a Álvaro dormido a su lado. Toda pareja pasa por baches y el suyo casi acaba por separarlos definitivamente, pero afortunadamente para ambos la situación había dado un giro de ciento ochenta grados.

Volvió a cerrar el ojo e intentó dormirse, aunque sabía que su hija los despertaría en cualquier momento. Sin poder evitarlo, le venían a la mente imágenes de su relación. Podía recordar la primera conversación, el primer beso y la primera pelea. Pensó en el día que se enteró de que estaba embarazada. El primero en saberlo había sido Javier, y habló con su pareja después de haber tomado la decisión de tenerlo.

—No tienes por qué involucrarte —había dicho, muy convencida—. Es algo que he decidido yo y no tiene por qué afectar a tu vida.

—Estás hablando de mi hijo —Álvaro no se imaginaba siendo padre, pero tampoco pasando del bebé.

—O hija.

—Me has entendido.

—Yo que sé. Los tíos sois muy raros y me esperaba cualquier cosa. El tema es que he decidido seguir adelante con el embarazo.

—Te quiero y pienso formar parte de todo.

Laura sonrió.

Ese había resultado ser uno de los momentos más románticos de su vida. Nunca se había considerado especialmente romántica (de hecho, en alguna ocasión se había atrevido a afirmar que el amor no existía), pero, después de pasar el tiempo, era consciente de que para creer en el amor solo había que encontrar a la persona adecuada, aunque no siempre fuera un camino de rosas.

Volvió a entreabrir un ojo y vio a su pareja moviéndose, más dormido que despierto. Se puso boca abajo, con las manos bajo la almohada. Laura sonrió al verle así y se acercó a él.

Le estaba besando el cuello y la espalda cuando él empezó a girarse. Se acercó a ella y la besó apasionadamente. Él metió una mano por debajo de su pijama, acariciando su piel mientras sus besos se deslizaban desde el cuello hasta los hombros. Laura estaba cada vez más excitada, y empezaba a desvestirse a su novio cuando Uxue entró en la habitación.

—Ama —empezó a decir la niña—, ya es de día. ¿Hay que levantarse?

—¡Claro! —emitió un grito—. Además es sábado, ¡día de parque!

—No quiero ir al parque.

—¿Por qué? —preguntó Álvaro, que seguía recomponiéndose del susto.

—Mi amiga Ane me dijo que va a llover y que las muñecas se rompen si se mojan.

—Pero no está lloviendo —dijo Laura—. Además, podemos llevar un paraguas grande por si acaso.

La niña corrió hasta la cama de sus padres y se subió de un salto. Se tiró encima de su madre, que le hizo cosquillas. Uxue empezó a reírse y a luchar por zafarse, pero no lo consiguió.

Mientras Laura disfrutaba de su mañana en familia, Nuria había quedado para desayunar con Maite. Iba con el tiempo justo pero sin apurarse. Llevaba un vaquero y una camiseta blanca. Se había vestido corriendo, justo cuando Gorka se fue de su

casa, y había salido a toda prisa, pero relajó el ritmo cuando estuvo cerca del sitio en el que había quedado con su amiga.

Era una cafetería nueva (o que acababan de renovar, no lo tenía claro) cerca de la playa de la Zurriola. Se encontró en la entrada con Maite, que iba más arreglada que ella: pelo y maquillaje perfectos.

—Parece que te han liberado después de tenerte un año cautiva —dijo al verla.

—No seas exagerada —respondió Nuria, dándole dos besos—. Es que no he tenido tiempo de arreglarme, he estado liada.

—Tu hijo está con el padre. ¿Qué has estado haciendo?

—Gorka se quedó a dormir.

—Espero que al menos te hayas duchado —dijo Maite con una sonrisa—. No hay nada más feo que aparecer oliendo a sexo.

—¡Claro que me he duchado!

—Vamos dentro, que me muero de hambre.

Las dos amigas entraron en la cafetería. Era bastante pequeña: apenas tenían un par de mesas con dos sillas para cada una. La barra no era muy grande, pero estaba repleta de dulces. Ambas pidieron un café con leche y una napolitana de chocolate. Esperaron a que la camarera les sirviera y fueron a sentarse.

—¿Cómo es que te ha dado por pedir una napolitana? —Nuria estaba desconcertada, ya que Maite no solía consumir chocolate.

—Tengo que recuperar energía. Me he pasado la noche haciéndolo con mi vecino y estoy agotada.

—¿Con qué vecino?

—El de arriba —empezó a contarle su amiga—. Yo pensaba que por vivir encima de mí la cosa prometía, pero fue desastroso. Nunca he tenido que esforzarme tanto para llegar al orgasmo. Si quisiera trabajar tanto, me masturbaría en vez de ligar.

—¿Nunca te masturbas?

—Claro que sí, pero me gusta hacerlo con calma. Lo hago durante un par de horas para saborear el placer. Pero anoche quería que me lo hiciera otro, estaba vaga. El chico es muy mono y acaba de mudarse, pero no sabe nada sobre complacer a una mujer. Tuve que sacar mi vibrador.

—¿Y no dijo nada? —Nuria estaba desconcertada con la historia que le estaba contando su amiga.

—Hizo una mueca, pero le dije que me gustaba jugar y que sería divertido. El pobrecito se lo creyó. En cuanto acabé, le dije que se largara. Una noche de viernes bastante triste, pero bueno.

—Seguro que la próxima vez lo hace mejor. Estaría nervioso.

—¡No va a haber próxima vez! Si sale mal una vez es culpa suya y mía si pasa más veces. Casi le doy un mapa para que me encontrara el clítoris. No sé qué clase de educación sexual tienen los jóvenes, pero la verdad es que deja mucho que desear. Tampoco hay que ser ingeniero aeronáutico.

—Vamos a cambiar de tema, que la camarera nos está mirando —dijo Nuria, avergonzada.

—¿Y qué? —contestó Maite muy orgullosa—. Le hemos pagado lo que hemos pedido y nuestra conversación no es de su incumbencia.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Marcos? —Nuria estaba desesperada por cambiar de tema.

—Sí.

—Pues Nekane fue el otro día a hablar con él y se lo encontró borracho.

—Seguro que borracho estaba igual de muermo que sereno.

—He decidido ir a hablar hoy con él.

—¿Por qué?

—Porque me preocupa. Es el padre de mi hijo.  
—No me lo recuerdes.  
—La cuestión es que necesito que Javi no esté en casa, o hacer que Marcos quede conmigo con alguna excusa sin que venga Javi.  
—Dile que quieres hablar con él a solas por algo del crío. Seguro que cuela.  
Nuria sacó su teléfono para mandar un mensaje a su ex.  
—¿Qué haces? —preguntó Maite, desconcertada.  
—Mandarle un mensaje. Voy a poner que necesito quedar con él hoy para hablar sobre algo urgente del cole de Gaizka, y que si puede dejar al niño con Javi.

Marcos estaba viendo una película de dibujos animados con su hijo. El niño estaba sentado en su regazo mirando fijamente la pantalla. Él estaba aburriéndose un poco, pero le gustaba pasar tiempo con el pequeño.

Javier, mientras tanto, estaba recogiendo y limpiando la habitación del niño. Guardaba los juguetes en una caja, aunque de poco sirviera, porque en cuanto acabara la película sabía que los sacaría todos de nuevo. Acababa de meter la última caja debajo de la cama e iba a buscar la escoba cuando se encontró con Marcos apoyado en la puerta.

—¿Puedes quedarte un par de horas con Gaizka esta tarde?  
—Claro —respondió extrañado—. ¿Por qué?  
—Nuria quiere que hablemos sobre algo del cole del niño y prefiere que no nos oiga mientras hablamos, así que iré a su casa a hablar y luego voy a donde estéis.  
—Han dado lluvia para la tarde, así que imagino que nos quedaremos en casa viendo alguna peli.  
—Genial. Gracias.

Marcos se fue al salón y se sentó junto al niño, que miraba tan fijamente a la tele que no se inmutó.

Javier fue a por la escoba y cuando la tuvo en sus manos, se paró a pensar en la situación: su novio estaba sentado viendo dibujos mientras él limpiaba. Empezó a enfadarse, un enfado sin sentido y descontrolado, y fue hecho una fiera, con un trapo en una mano y la escoba en la otra, hasta la sala. Tiró el trapo a Marcos y gritó:

—¡Podías hacer algo más que ver la tele!

Marcos, totalmente confuso (aquella situación lo había pillado por sorpresa), miró a su novio con los ojos como platos y asintió lentamente. Prefirió no decir nada, por si agravaba la situación—. Javier volvió al cuarto del niño y él se levantó y fue a su dormitorio a limpiar el polvo.

Nekane había quedado con Alex para pasear antes de entrar a trabajar a primera hora de la tarde. Habían bajado a la playa de La Concha y estaban descalzas, sentadas en la arena. Ella, después de un rato, se tumbó, sin toalla y sin importarle ensuciarse, y empezó a dibujar un ángel en la arena, o esa era su intención.

—Vas a llenarte el pelo de arena —dijo Alex, preocupada.

—Ya se quitará cuando me duche por la noche. Además, hay que dejar que la madre naturaleza nos rodee con sus armoniosos brazos.

—¿Desde cuándo ensuciarse con arena es estar rodeado de los armoniosos brazos de nadie?

—Los jóvenes de hoy en día no creéis en nada. El otro día le conté un cuento a Marcos y tuvo el valor de decirme que le estaba contando su vida a modo de historia.

—¿Qué historia le contaste?

—Una que se me fue ocurriendo mientras la iba contando. Ya no me acuerdo, pero tenía un final superfeliz. Tenía que animarle, no me gusta ver a nadie triste y borracho.

—Yo hace días que no hablo con él, a ver si le llamo y quedamos para tomar un café.

Nekane había cerrado los ojos y no escuchaba otra cosa que el sonido de las olas en la orilla. En momentos como ese estaba agradecida de vivir en San Sebastián. Estaba enamorada de los edificios, las calles y, cómo no, las playas. Le encantaba pasear por el monte Urgull, el paseo de La Concha o el monte Igeldo. Había hecho cientos de fotos para compartir en sus redes sociales y gracias a ellas había conseguido cantidad de seguidores. Las que más éxito tenían eran las puestas de sol, algo que aprovechaba siempre que podía.

Volvió a sintonizar sus oídos con lo que decía su amiga a mitad de una frase que no entendió, por lo que decidió que la mejor respuesta era un carraspeo. Tenía la impresión de que, al carraspear, cambiarían automáticamente de tema de conversación y no quedaría mal por no haber estado oyendo nada de lo que decía.

—¿Cuándo tienes vacaciones? —Alex no se había dado cuenta de que Nekane se había despistado—. Podemos mirar algún sitio al que ir a pasar unos días. Algo que no esté muy lejos. Así cambiamos de aires y no gastamos mucho dinero.

—¡Me encantaría! —Nekane se incorporó muy emocionada y llenó a su amiga de arena—. ¡Podemos irnos a San Francisco!

—No era eso lo que tenía en mente al decir «cerca y sin gastar mucho».

—Pues tú dirás —contestó decepcionada y con tono infantil.

—¿Qué te parece ir a Cantabria o Asturias?

—¿A pasar frío?

—Vamos a ir en verano.

—No te engañes, en el norte no existe el verano.

—Podemos ir a alguna zona con bosques. Hay muchas leyendas en esos bosques.

—¿En serio?

—Podemos investigar algo de historia antes de ir.

—¡Me encanta la idea! —Nekane volvía a estar emocionada—. ¿Crees que conoceremos a algún gnomo o a un búho bromista?

—Nunca se sabe —Alex contuvo la risa.

Marcos caminaba en dirección a casa de su ex bastante nervioso. Se preguntaba qué problema tendría su hijo en el cole y por qué no se había dado cuenta. ¿Es que era un mal padre? ¿Tenía que estar más pendiente del niño? Se sentía culpable y responsable. Esperaba que no fuera nada grave. Que no estuviera metiéndose en peleas ni siendo objeto de burla. Después de todo, lo último que quería en el mundo era que su hijo lo pasase mal por cualquier cosa.

Iba andando entre calles como un autómatas, sin prestar atención por dónde iba pero sabiendo el camino que estaba haciendo. Conocía a la perfección la ruta que iba desde su piso al de Nuria. Cuando Gaizka era bebé, iba a diario a bañarle y darle el biberón. Cuando nació, pensó que su ex no le dejaría verlo más que un par de veces por semana, pero habían llegado a un acuerdo amistoso y él podía visitar a su hijo siempre que quisiera, previo aviso a la madre.

Aquella había sido, posiblemente, la mejor época de su vida. Su hijo recién nacido y acababa de conocer a Javier. La emoción por las primeras citas se mezclaba con el entusiasmo de ver crecer a su hijo (cuando era un bebé, tenía la sensación de que cada semana estaba más grande). Sí, esa había sido la etapa más feliz de su vida, en la que más había disfrutado.

Nunca hubiera pensado que las cosas se acabarían torciendo. Aunque la situación con Javi se había relajado, no estaba seguro de querer pedirle matrimonio, y tampoco sabía si quería estar con alguien que no quería casarse con él. Sabía que era irracional y que estaba actuando como un niño, pero no podía evitarlo. Simplemente, le dolía demasiado la idea de que su chico no quisiera pasar con él el resto de su vida.

Llegó al portal de Nuria y tocó el timbre, sintiéndose muy nervioso. Ella le abrió y entró.

Se miró en el espejo que había en la entrada y tragó saliva, en un intento de darse ánimo a sí mismo. Subió las escaleras pensando en lo que fuera a decirle. Estaba convencido de que le criticaría como padre: era la única explicación que se le ocurría para que le hubiera pedido que dejara al niño con Javi. Respiraba hondo y espiraba, controlando su respiración para intentar tranquilizarse, ya que lo último que quería era discutir con la madre de su hijo.

Llegó a la puerta del piso y carraspeó antes de tocar el timbre. Esperó unos segundos y se extrañó al ver a Nuria sonriéndole mientras le hacía un gesto para que entrara. Cruzó el pasillo, intentando adivinar qué querría decirle sobre su hijo. Estaba claro que no era nada malo (de lo contrario, estaba convencido de que no estaría sonriéndole), así que empezó a imaginar qué podía ser. Quizás Gaizka era superdotado y le habían recomendado mandarlo a algún centro especial para niños genios. Él siempre había sabido que su niño era más listo que el resto, aunque nunca lo había dicho, por miedo a que la gente pensara que solo exageraba.

Se sentó en el sofá junto a su ex, que cogió aire y le dijo:

—Quiero hablar contigo sobre lo que está pasando entre tú y Javi.

De entre todas las cosas que podían pasarle, la última de ellas era que Nuria aceptara salir con él. Aunque, en realidad, ir al cine y a tomar un refresco no significara lo mismo para ella. Pero en el fondo lo importante era que había conseguido quedar a solas con la chica que le gustaba. Se había puesto un pantalón vaquero apretado (un amigo le había dicho que si marcaba culo seguro que acababan liándose) y una camisa a cuadros azules y blancos.

Se miró en el espejo antes de salir de casa: se veía guapo. Esperaba que el día acabara con el beso que tanto anhelaba. No era un chico demasiado lanzado, por lo que esperaba que, en caso de que él no se atreviera a besarla llegado el momento, fuera ella quien diera el paso. Respiró hondo, mirándose fijamente en el espejo antes de salir de casa. Sí, su gran cita estaba a punto de ser una realidad. Dejaría que ella eligiera la película, él invitaría a las palomitas y procuraría acercarse un poco a Nuria durante la proyección. Sabía que podía conseguirlo. Después de todo, lo había visto en muchas películas y siempre funcionaba.

Salió de casa con un nudo en el estómago, sintiéndose nervioso por el momento que tantas ganas tenía de que llegara. No era capaz de describir todas las emociones que corrían de un lado a otro de su cuerpo en ese momento.

Se había quedado con los ojos abiertos como platos y sin ser capaz de articular palabra al escuchar a su ex. Pasaban por su mente cientos de momentos: algunos vividos con Nuria, y otros, la mayoría, con Javier. Estaba sentado frente a la madre de su hijo, sin saber cómo tomarse que quisiera hablar con él de sus problemas de pareja. Respiró hondo, carraspeó y dijo:

—No creo que sea de tu incumbencia.

—Imaginaba que dirías eso —contestó Nuria, sonriendo—. Pero siento decirte que sí lo es. Después de todo, lo que afecta a tu relación de pareja afecta a Gaizka y, por lo tanto, a mí. Además, tengo la sensación de que estás huyendo de los problemas, igual que hacías conmigo.

—Yo no estoy huyendo de nada. Javi y yo hemos pasado una temporada rara, pero nada más. Todo está arreglándose.

—A veces actúas como un crío. Tenías excusa con veinte, pero ese barco ya zarpó. Si quieres casarte con él, tendrías que pedírselo antes de dar por hecho que no va a querer y enfadarte sin motivos, ¿no te parece?

—¿Cómo sabes todo eso? —Marcos estaba intentando procesar todo lo que su ex le estaba diciendo.

—No es que me haga especial ilusión que tengas un final feliz, pero Javi es un buen chico y no se merece que actúes de esa manera. No es justo. Y te lo digo yo, que te aguanté durante varios años.

—Nunca imaginé que me darías consejos para mi relación.

—Yo tampoco —Nuria empezó a reírse—. Pero aquí estamos. Muchos años y un hijo después, sigo conociéndote bien.

—No puedo pedirle que se case conmigo —empezó a decir Marcos—. Me dijo que no quiere casarse, ¿cómo voy a pedírselo?

—¿Te dijo exactamente eso o es lo que tú interpretaste?

—Lo dio a entender.

—¿No te das cuenta de lo tonto que estás siendo?

Javier no podía creer que fuera a vivir con alguien. Después de la muerte de David y de

haber dejado el piso que habían compartido, pensó que no volvería a convivir con alguien. Pero ahí estaba, haciendo las maletas y metiendo sus cosas en cajas. De hecho, tenía más cosas de las que creía. Estaba excitado por vivir con Marcos, aunque Nekane le había advertido de que su novio a veces no era el mejor compañero de piso. Se detuvo en el marco de la puerta y echó un último vistazo. El pasillo parecía mucho más largo que antes. Apagó la luz y sonrió al cerrar la puerta. Bajó las escaleras del portal tirando de la maleta, que pesaba bastante. Salió a la calle y ahí estaba Marcos, esperándole con la furgoneta que habían alquilado para la mudanza.

—No voy a pedírselo —dijo Marcos, enfurruñado como un niño.

—Eres igual que Gaizka —dijo Nuria, resoplando.

—¿Y si dice que no?

—¿Qué pasa si dice que no? ¿Vas a quererle menos por eso?

—No puedo estar con alguien que no piensa en estar conmigo para siempre.

—Que no quiera casarse no quiere decir que no quiera estar contigo —empezó a decir Nuria, cada vez más enfadada—. ¿Desde cuándo eres tan anticuado?

—Siempre he querido casarme.

—Bueno, yo siempre pensé que tú y yo acabaríamos casándonos. Pero ya ves.

—¿Crees que debería pedírselo?

—Y cuanto antes.

Javier estaba viendo dibujos con Gaizka, pensando en lo que Nuria podría querer decirle a su novio. Cualquier cosa que pudiera estar relacionada con el niño le afectaba (después de todo, le quería más que a nada en el mundo) y no le gustaba la idea de que pudiera estar pasándolo mal. En cuanto Marcos volviera a casa, le interrogaría sobre lo que la madre del niño le había dicho. Estaba dispuesto a encontrar una solución, fuera lo que fuese.

Se sobresaltó con la vibración de su teléfono móvil. Miró la pantalla y vio que Laura le estaba llamando.

—Creía que los sábados era tu día familiar.

—Día de parque —contestó su amiga, riéndose—. Pero han dado mal tiempo y está nublándose. Con la suerte que tengo, se pone a llover en plan diluvio universal y llego a casa calada.

—Por eso Gaizka y yo hemos decidido ver una peli. No nos gusta mojarnos.

—¿Dónde está Marcos?

—Ha quedado con Nuria para hablar de cosas del cole, o algo así.

—Seguro que no es nada malo. Gaizka es un pequeño gran hombre.

—Lo sé —contestó Javier, lleno de orgullo.

Laura no pudo contener la risa.

—¿Te estás riendo de mí?

—Claro que sí. ¿De qué otra cosa iba a estar riéndome?

—Creo que voy a colgar.

—¿Tomamos café mañana?

—Claro. Te llamo mañana.

Después de colgar, Javier miró la tele sin prestar atención a la película. Recordó el día en que Laura se puso de parto. Estaba viendo una película con Marcos cuando sonó su teléfono. Era Álvaro.

—¡Hospital! —gritaba sin parar el novio de su amiga.

—¿Qué? —Javier estaba confuso. No entendía lo que Álvaro quería decirle.

—¡He roto aguas! —gritó Laura— Dile que más le vale estar ahí cuando nazca la niña o lo perseguiré y ¡acabaré con su vida!

Había colgado apresuradamente después de escuchar a su amiga amenazándole.

Salió corriendo. A Marcos solo le dijo «Laura. Parto». Cuando estuvo en la calle, empezó a buscar su coche. No recordaba dónde lo había aparcado y fue de un lado a otro de la calle, mirando en todas direcciones, sin encontrarlo. Empezó a ponerse cada vez más nervioso y decidió que acabaría antes llamando a un taxi.

Sacó el teléfono de su bolsillo y empezó a buscar en Internet el número de teléfono de los taxis de San Sebastián, cuando escuchó el pitido de un coche junto a él. Se giró para gritar a quien fuera cuando vio que era Marcos con su coche.

Llamó a Álvaro en cuanto estuvo en el hospital. Corrió a la sala de espera en la que estaba. Laura estaba con un médico.

—¿La has dejado sola? —gritó al novio de su amiga.

—He salido para llamarte. Está en la ciento cinco.

Corrió en la dirección que el chico había señalado y entró en la habitación, donde se encontró a su amiga en una silla de ruedas, sudando. Sonrió al verla y ella empezó a llorar. Javier se acercó a Laura, le dio un beso en la frente y le dijo que todo iba a salir bien.

—¡Qué fácil es decirlo!

—Seguro que es rápido, y antes de que te des cuenta tienes a tu hija en brazos.

—¡Oh! —Su amiga no podía evitar las lágrimas—. Mírate, diciéndome tonterías para animarme.

—Solo tienes que respirar hondo.

—He mandado a ese médico a paseo. Quiero a una mujer, a alguien que entienda por lo que estoy pasando. No voy a dejar que me mire la vagina cualquiera.

—No creo que...

—¡Quiero la epidural! —chilló su amiga—. ¡Tengo miedo!

—Todas las madres que conozco dicen que... —empezó a decir Javier.

—Si vas a decirme que al ver al bebé se olvida el dolor —Laura le interrumpió—, te juro que te pego un puñetazo en la cara.

Laura siempre había sentido pánico al pensar en parir. No era ningún secreto que montó un espectáculo el día en que Uxue nació, pero empezaba a plantearse darle a su hija un hermano. Después de todo, siempre había pensado que acabaría teniendo dos hijos, niña y niño, a poder ser, y su hija ya tenía edad suficiente como para tener un hermano.

Fue al dormitorio de Uxue, donde estaba la niña jugando con su padre, y se quedó mirándolos desde el marco de la puerta. Álvaro estaba tumbado en el suelo, jugando a ser un príncipe, y su hija tenía una muñeca, que Laura asumió que era la princesa, encerrada entre dos cartones («alguna torre encantada», pensó). Sonrió mientras contemplaba la escena.

Javier se había levantado del sofá para hacer palomitas cuando sonó el timbre. Salió de la cocina y fue hasta la puerta. Al abrirla se encontró a Nekane sonriendo y con dos bolsas de patatas en las manos.

—Traigo víveres para pasar un buen rato de cine.

—Estamos viendo Cars, si te apetece —dijo Javier, invitándola a pasar.

Su amiga se sentó junto a Gaizka en el sofá mientras él repartía las patatas y palomitas en boles.

Fue al salón y ofreció patatas al niño, que cogió el bol sin apartar la vista de la tele. Nekane, a su vez, se decantó por las palomitas e hizo un gesto a Javier para ir a la cocina.

—Tienes que desenfadarte con Marcos.

—¿Qué?

—He consultado a una vidente y dice que estáis hechos el uno para el otro. Ya sé que

a veces el chico es un poco simple, pero si le has aguantado todo este tiempo, no entiendo que ahora te hayas cansado.

—¿De qué estás hablando?

—No quiero que rompáis. Quiero ser la madrina de vuestra boda y haré lo que sea para serlo.

—Estamos bastante lejos de pensar en casarnos.

—Nunca se sabe lo lejos o cerca que se está de algo. Tú solo piensa en mí como madrina de la boda. ¡Quedo genial en las fotos!

—Estás un poco chiflada.

—Me gusta pensar que soy especial —respondió ella, sonriente.

—Llámalo como quieras —Javier no pudo contener la risa.

—Tú solo prométeme que arreglaréis las cosas.

—Todo volverá a su sitio, imagino. No soy yo el que se ha comportado como un crío durante este tiempo.

—Seguro que Marcos tiene sus motivos. Simplemente recuerda: Nekane madrina.

Empezó a reírse cuando vio a Marcos detrás de su amiga. Hizo un gesto y Nekane fue con el niño al dormitorio a jugar.

Javier se sentía nervioso, ansioso e histérico. Su novio estaba delante de él, mojado (había empezado a llover unos minutos atrás) y mordiéndose el labio inferior, gesto que indicaba que estaba igual de nervioso que él.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, que se hicieron eternos. Javier no sabía qué decir y Marcos parecía que tampoco era capaz de encontrar las palabras.

—¿Qué te ha dicho Nuria? —preguntó al final Javier para romper el hielo.

—Hemos tenido una conversación interesante —respondió Marcos, con una fina sonrisa dibujada en los labios.

—¿Es algo malo o bueno?

—No quiero que sigamos así. No me gusta estar enfadado contigo.

—No soy yo el que se ha enfadado sin motivo y ha actuado como un crío.

—Supongo que me lo merezco.

—Lo que te mereces es una bofetada.

—Eres libre de dármela.

—No me tientes...

Javier miró a su pareja y empezó a estar cada vez más cabreado. No entendía nada de lo que había pasado; por qué se había enfadado y por qué no quería hablar del tema. No estaba dispuesto a aguantar ese tipo de cosas. Después de todo, creía que una pareja estaba para lo bueno y lo malo y Marcos no había actuado de la mejor manera.

—Sé que no he hecho bien, pero necesito hacerte una pregunta.

—¿Necesitas hacerme una pregunta? —Javier no podía creer que su novio tuviera tanto morro—. ¿Qué tal si empiezas por explicar tu comportamiento?

—Estaba molesto.

—¡Pobrecito Marcos! —gritó Javier—. ¡Estabas molesto! Qué pena. Qué malo soy, que hago que te enfades y no me merezco una mísera explicación.

—No es eso. Déjame explicarte.

—Creía que lo que querías era hacerme una pregunta, no explicarte. ¿O es que te ves capaz de hacer ambas cosas?

—Necesito decirte algo, pero no me ayuda que me ataques constantemente.

—¿Deberías darme pena?

—Deberías escucharme.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si tú nunca quieres hablar de nada.

Javier salió de la cocina. Necesitaba dar una vuelta y airearse. Pero Marcos le agarró de un brazo.

—Suéltame —dijo, amenazante.

—No voy a soltarte hasta que escuches lo que tengo que decirte —respondió Marcos, visiblemente nervioso.

Los dos se miraron fijamente durante unos segundos.

—¿Quieres casarte conmigo?

## Epílogo

Gaizka pensaba que los días en los que los mayores se vestían elegantes y obligaban a los niños a ir como ellos eran días malos. Su madre le vestía de forma diferente cuando iban a comer a casa de sus abuelos. Su abuelo le gustaba, pero su abuela no era demasiado buena con los niños.

Llevaba puesta una chaqueta y una corbata. Mucha gente le había dicho que estaba guapo, pero la corbata le molestaba muchísimo.

Estaba agarrado de la mano de su madre, junto a un edificio muy grande y con aspecto de ser muy viejo que estaba al lado del puerto y de la playa de La Concha. Ese día todos iban elegantes, hasta su tía Nekane, que se quejaba de que Nuria le hubiera obligado a llevar ese vestido. No entendía el motivo de tantos nervios. Incluso el amigo especial de su madre, Gorka, estaba impaciente.

—¿Dónde está Maite? —preguntó Nekane a Nuria.

—Ha dicho que iba a tomarse un copazo para aguantar toda la parafernalia.

—Menuda acompañante me he traído.

—Ya sabes que a Maite no le gustan este tipo de eventos.

—Si tú estás aquí, que eres la exnovia y madre del hijo de uno de los novios en una boda gay, ella podría hacer el esfuerzo.

—Dicho así, haces que suene como una supermamá.

Las dos se reían, mientras Gaizka las miraba confuso. No había entendido la broma. Ni siquiera le parecía que hubiera habido alguna de la que reírse. Le habían dicho que Uxue también iría a ver a sus padres casándose. No entendía qué quería decir eso de casarse, pero se alegraba de que su amiga fuera a estar con él. Si había algo en el mundo que le resultara aburrido, era estar todo el día rodeado de adultos. Vio llegar a su amiga agarrada de la mano de Laura, que saludó a su madre. Él se acercó a Uxue y preguntó:

—¿Sabes lo que es casarse?

—Mi ama me ha dicho que van a firmar un papel para estar juntos para siempre.

—¿Y cómo se hace eso?

—Se hacen unas rayas en el papel y listo.

—Entonces nosotros podemos casarnos —propuso Gaizka, muy convencido.

—Vale —contestó Uxue, sonriente—. Pero sin darnos besos como mi aita y mi ama, que es un poco cochino.

Los dos niños se rieron.

—Pero si no nos damos besos quiere decir que no nos queremos.

—Bueno, pero solo uno al día.